

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 15.

NUM. 177.

LA
ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
AYUNTAMIENTO DE MADRID

SEPTIEMBRE, 1903

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

A N A

(NOVELA)

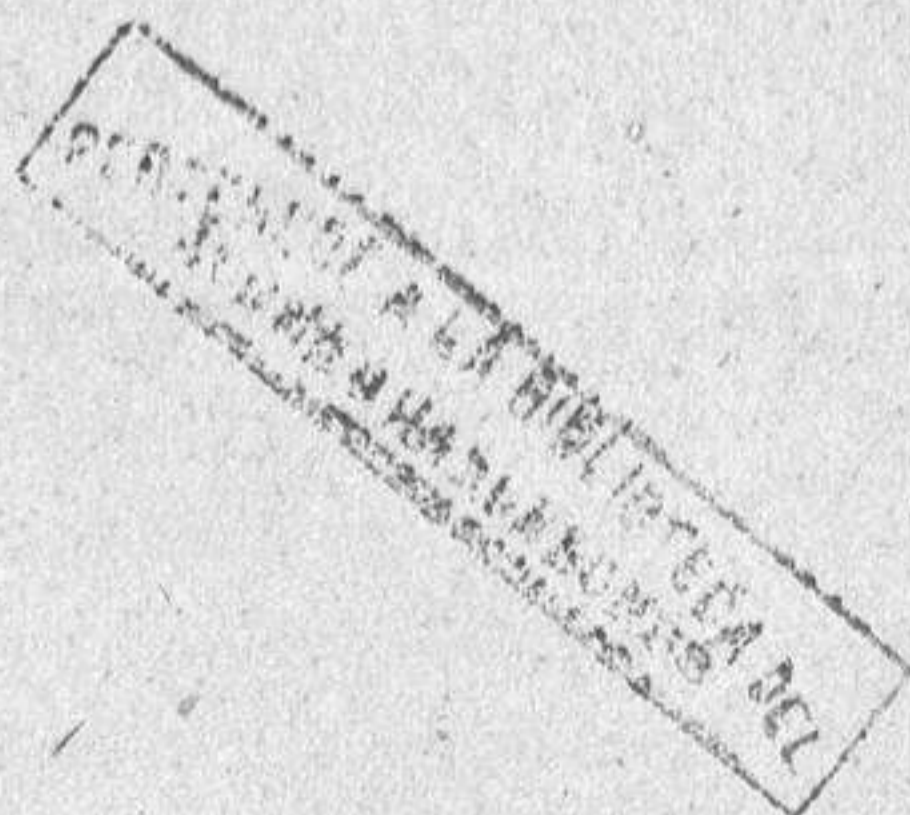
—

(CONTINUACIÓN)

IV

Por Pascua no volví á casa, á causa del examen del bachillerato, porque mi padre deseaba que lo sufriera antes de que comenzase el nuevo año escolar. Sabía bien que durante las vacaciones mis estudios no hubieran progresado gran cosa, y temía que con la holganza se me olvidase la mitad de lo que había aprendido en el año. En consecuencia, me dediqué al trabajo en cuerpo y alma. Además de las horas de clase en el colegio y de los trabajos preparativos del examen, daba lección de repaso con Selim en casa de un estudiante que había entrado ya en la Universidad, y que, por lo tanto, sabía lo que necesitábamos para el examen.

Esa época ejerció una duradera influencia sobre mí, porque mis ideas y mis pensamientos sufrieron una completa revolución, hasta el punto de que se vino abajo por completo el edificio que con tanto cuidado habían alzado mi padre y el padre Luis. El estudiante en cuestión era en todo y por todo un radical. Cuando nos exponía la historia romana, sabía harto bien comunicarme su indignación contra toda suerte de oligarquías, discutiendo acerca de las reformas de los Gracos, de manera que todos los principios aristocráticos de que hasta entonces había sido yo imbuído, se desvanecieron como niebla



por el viento. Con el acento de convicción íntima, nuestro joven maestro nos declaraba que un hombre, el cual había de adquirir en breve el grado de «estudiante universitario», debía ser superior á todos los prejuicios y mirar todas las cosas con ojos de filósofo. Generalmente hablando, él era de opinión que el hombre de diez y ocho á veintitrés años era el más adecuado para gobernar el mundo, para ejercer sobre la humanidad su saludable influencia, y que más adelante se convertía en un estúpido ó en un conservador.

De los hombres que no eran ni estudiantes ni profesores de Universidad, hablaba nuestro maestro con sincera compasión. Pero también él tenía sus ideales. Se le oía citar con preferencia á Moleschott y Büchner: eran los sabios que nombraba más á menudo y con mayor gusto. Había que oír el entusiasmo con que hablaba de los últimos progresos de la ciencia y de las sublimes verdades, las cuales, rechazadas por un pasado ciego y lleno de prejuicios, eran desenterradas ahora por los sabios modernos con infinita audacia, puestas á la luz del día y explicadas y reveladas á la humanidad.

Mientras hablaba de estas cosas fumaba una cantidad extraordinaria de cigarrillos, asegurando á este propósito que no había un hombre en toda Varsovia que pudiese superarlo en el fumar, porque había hecho de ello un ejercicio especial, y porque le daba absolutamente lo mismo echar el humo por la boca que por las narices. Y diciendo esto, se levantaba, se encapillaba el gabán, al que solía faltar más de la mitad de los botones, asegurándonos que necesitaba apresurarse para ir á otro *petit rendez-vous*. Y acompañaba el dicho con un parpadeo misterioso, indicador de que por ser nosotros demasiado jóvenes no podía ponernos al tanto de aquellos *rendez-vous*, pero que llegaría un tiempo en que lo entenderíamos sin necesidad de más explicaciones.

Aun cuando á nuestros padres no les hubiera agradado en modo alguno, nuestro estudiante poseía también buenas cualidades.

Ante todo, sabía á fondo lo que enseñaba, y era entusiasta del saber. Aun cuando no tuviese jamás un sueldo en el bolsillo, no exteriorizaba ningún pensamiento sobre si estaba bien ó mal; no vivía más que para la ciencia. Selim y yo le mirábamos como á una especie de sér superior, como una fuente inagotable de doctrina, como una altura inaccesible. Estábamos firmemente convencidos de que hubiera sido capaz, mejor que cualquier otro, de salvar en un momento dado á la humanidad de un grave peligro, él, el genio que imponía acatamiento y respeto. Y él mismo era completamente de nuestro parecer en este asunto.

Nos dejamos llevar, como es natural, por sus ideas, y en cuanto á lo que á mí se refiere, creo haber ido mucho más allá que el maestro. Era la natural reacción contra la educación hasta entonces recibida, además de que nuestro estudiante nos abrió de hecho la puerta de las incógnitas regiones de la ciencia, con las cuales no estaba en justa relación la esfera de mis conocimientos. Desde el día, pues, que abrí los ojos á las nuevas verdades, no tuve ya tiempo de volver hacia Ana mi pensamiento, que al principio no me había abandonado ni un instante. Sus cartas alimentaban el fuego del amor en mi seno; pero comparada con el mar de pensamientos que me bullía en el cerebro, nuestra vida de campo, quieta y pacífica, me parecía cada vez más mezquina é insignificante, y así también la figura de Ana se me hizo cada vez más nebulosa y desvanecida.

Por su parte, Selim procedía del mismo modo que yo por el nuevo camino, y pensaba tanto menos que yo en Ana, cuanto que había empezado á mirar por la ventana á cierta vecinita llamada Josefina. Selim ponía los ojos lánguidos, y de esta suerte, tanto el uno como la otra acabaron por contemplarse todo el día como dos pájaros en la jaula. Selim declaró con increíble firmeza: «¡O ella ó ninguna otra!» A veces se echaba en la cama con intención de estudiar, pero al poco tiempo tiraba al suelo el libro, se ponía en pie, me abrazaba y gritaba riendo como un loco:

—¡Ah, Josefina! ¡cuánto te quiero!

—¡Véte al diablo con tus simplezas!—le decía yo.

—¡Ah! verdad es que tú no eres Josefina—respondía patéticamente, y volvía á sus libros.

Llegó, por fin, la época del examen. Nos fué muy bien á ambos; quedamos libres como los pájaros del aire, y permanecemos otros tres días en Varsovia. Aprovechamos este tiempo para que nos hicieran el vestuario de estudiante y para darnos una fiesta, que nuestro maestro consideró absolutamente necesaria, la cual consistió en ir á beber á uno de los primeros establecimientos de vinos.

Desde la segunda botella, á Selim y á mí comenzó á darnos vueltas la cabeza, y nos dió por experimentar una gran ternura y una gran efusión de ánimo. Nuestro maestro tomó la palabra y nos dijo:

—Ahora ya sois hombres, y todo el mundo os está abierto, ahora podéis permitiros toda suerte de placeres, derrochar el dinero, daros buena vida. Podéis también enamoraros, mas os digo que todo eso es vanidad. Una vida exterior, sin fin, sin objetivo, sin un pensamiento por el que trabajar y luchar, es una tontería. Para vivir sabiamente y combatir como inteligentes en la lucha por la vida, es menester considerar las cosas tales como son. Yo no creo nada si antes no lo he tocado con mis propias manos, y no puedo menos de aconsejaros que hagáis lo mismo. Hay sabe Dios cuántos modos de considerar la vida, y Dios sabe cuántos conceptos en el mundo; y todos tan embrollados y confusos, que no sabría deciros la cabeza que se necesitaría tener para desentrañarlos. Por esto yo me atengo á la ciencia y no me preocupo de lo demás. La vida es una colosal locura, aunque no me descomponga ni le tire á nadie una botella á la cabeza para demostrarlo; pero no por ello es menos conveniente saberlo. Si no fuese por esto, hace tiempo que me hubiera saltado la tapa de los sesos, cosa que, según mi opinión, cada cual tiene derecho á hacer, y cosa que yo haré indudablemente en el caso de que mis convicciones

naufragasen. Nos engañamos en todo y por todo. Tu amigo y la mujer á quien amas te engañan; tú crees, y llega el momento en que comienzas á dudar. En la ciencia es cosa muy distinta. Te engolfas, por ejemplo, en la observación de los órganos de nutrición de los moluscos. Te abstraes toda la vida, sin reparar cómo poco á poco se va haciendo todo cada vez más triste y sombrío en tu alrededor; por último, se lee tu esquela de defunción y unas notas biográficas; se ve tu retrato en el *Mundo Ilustrado*, y «la comedia ha concluído». Así son las cosas y no de otra manera, jóvenes, os doy mi palabra de honor. No tenéis necesidad de creer en todas las tonterías que os dan á entender. La ciencia, es conveniente que lo sepáis, es el único terreno estable sobre el que se pueda andar; y además, se tiene la ventaja, ocupándose en cosas científicas, de poder vivir frugalmente y dormir sobre un jergón de paja. ¿Me habéis comprendido?

—¡A la prosperidad de la ciencia y á tu salud!—exclamó Selim, cuyos ojos brillaban como dos ascuas.

Nuestro maestro se pasó los dedos por su enorme pelambre, vació otro vaso de vino, dió unas chupadas á su cigarrillo y echó por las narices dos nubes de humo; después continuó:

—Al lado de las ciencias positivas... Selim, ya estás borracho... al lado de las ciencias positivas, digo, surge la filosofía, surge el libre pensamiento. También esto es más que suficiente para llenar la vida entera de un hombre. Pero yo prefiero las ciencias positivas á la filosofía, de la cual me río sencillamente porque no trata más que de vana palabrería; sólo en apariencia se estudia en ella la persecución de la verdad. Generalmente hablando, yo no puedo sufrir las palabras; me atengo de mucho mejor grado á los hechos, á la realidad. No se hace el caldo de agua pura. La libre indagación, el libre pensamiento son otra cosa; por una convicción se debe afrontar cualquier peligro. Vosotros, como vuestros padres, habéis recorrido un camino falso... ¡dejadlo! ¡Viva la libertad de pensamiento!

El sombrío establecimiento nos parecía que se iba poniendo cada vez más turbio, y la lámpara que estaba sobre la mesa nos parecía que ardía cada vez peor; el humo velaba los cuadros que colgaban de las paredes. Bajo la ventana, en el patio, un mendigo cantaba la *Salve Regina*, y en las pausas del canto sonaba en el violín una apagada melodía. Me sentí dominado por un sentimiento extraño. Yo prestaba plena fe á las palabras del maestro; sin embargo, me parecía que lo que había dicho no podía ser en ningún modo el concepto esencial de la vida. Me faltaba algo...; y, contra mi voluntad, se apoderó de mí un vivo sentimiento de deseo, por lo que, dominado por el vino y por las sensaciones del momento, pregunté en voz baja:

—¿Y no hay que hablar de las mujeres? ¿No es, pues, nada en la vida una mujer que nos ama, que nos abandona?

Selim comenzó á cantar:

La donna e mobile
qual piuma al vento...
.....
E sempre misero
chi à lei s'affida...

con lo que sigue.

Nuestro maestro me miró extrañamente, como si pensara en otra cosa; después escupió, y dijo:

—¡Oh!, tu sentimentalismo te vuelve á dominar. ¿Sabes una cosa? Selim se hará hombre mucho más pronto que tú...: á ti, de un modo ó de otro, vendrá á llevarte el diablo. Guárdate bien, querido, de que no tropieces con alguna sotana y te amargue la vida. ¡Mujeres, mujeres!—y al decir esto frunció las cejas, como tenía por costumbre.—¡Conozco todo el género! No es que tenga por qué quejarme..., Dios lo sabe...; no, no puedo quejarme. Pero sé perfectamente que al diablo no hay que darle ni siquiera el dedo meñique, porque, de otra suerte, se toma toda la mano. ¡Las mujeres! ¡el amor! Toda nuestra infelicidad está en eso: en conceder demasiada impor-

tancia á futilidades. Si quieres divertirte con las mujeres, hazlo en buen hora; pero no pongas en juego la vida. Por lo menos, que sirva la inteligencia para no pagar en dinero contante una mala merced. ¿Creéis vosotros que yo odio á las mujeres? ¡Ni siquiera soñarlo! Me agradan, por el contrario; pero no me dejo llevar nunca á la infelicidad por mi imaginación. Me acuerdo muy bien de que cuando me enamoré por primera vez de una cierta Lola, estimaba digno de adoración hasta el vestido que se ponía, aunque fuese de algodón. Y bien: ¿tenía ella acaso la culpa si en vez de volar por el cielo andaba por el fango? Ciertamente que no: yo solo tenía la culpa; yo solo, por haberme imaginado tontamente que ella tenía alas. El hombre no es más que una criatura limitada. Más de uno tiene en el corazón el propio ideal; y como tiene necesidad de amar á la primera ocasión que se le presente, se dice á sí mismo: «Es ella». Más adelante se percata de que se ha equivocado; pero á consecuencia de aquel error, el diablo se ha apoderado de él, y continúa siempre siendo un majadero.

—Pero usted admitirá que el hombre siente la necesidad de amar, y estoy seguro de que también la siente usted, como todos los demás—dije yo.

Los labios de nuestro maestro se plegaron con una sonrisa imperceptible.

—Todas las necesidades pueden satisfacerse de varios modos: en cuanto á mí, trato de satisfacer las mías; pero, como he dicho, no concedo demasiada importancia á futilidades. Yo soy, y Dios lo sabe, más dueño de mí, más sobrio que en este momento; y os digo, y repito, que no vale la pena de poner en juego la vida por las mujeres: hay fines mejores y más elevados que alcanzar. ¡A la salud de la razón y de la sociedad!

—¡A la salud de todas las mujeres!—gritó Selim.

—Muy bien está ese brindis. También ellas son criaturas amabilísimas, con tal que no se las tome en serio. ¡A su salud y prosperidad!

—¡A la salud de Josefina!—exclamé, chocando mi vaso con el de Selim.

—¡Muy bien! Ahora me toca á mí—respondió él.—¡A la salud..., sí, á la salud de tu Ana!: una vale la otra.

Al oír esto se me subió la sangre á la cabeza, y se me inyectaron los ojos.

—¡Cállate, Selim!—grité.—¡No se debe pronunciar ese nombre en una taberna!

Y diciendo esto, arrojé al suelo mi vaso, con tanta fuerza, que se rompió en mil pedazos.

—¿Estás loco?—gritó el maestro.

No, no estaba loco; pero me sentía dominado por la cólera. Yo había oído tranquilamente la opinión y las sentencias de nuestro maestro respecto de las mujeres, y hubiera podido hasta tomar parte á favor de lo que decía, porque todas aquellas cosas no me afectaban en nada, y ni á cien leguas hubiese creído que podían aplicarse á persona que me fuese cara. Pero cuando oí intercalar el nombre de mi pura, inocente y amadísima Ana en nuestra cínica conversación, me hizo el efecto de que se la hacía una gran injuria; me pareció un inaudito vilipendio, y la indignación casi me hizo perder el sentido.

Selim se quedó un instante atónito; pero después se le hincharon las venas de la frente; se le puso la cara arrebatada; le llamearon los ojos; se le descompusieron las facciones: ¡aparecía el tártaro!

—¡Ah! ¿me vas á prohibir que diga lo que quiera?—prorrumpió anhelante.

Por fortuna, nuestro maestro se puso en medio de los dos.

—¡No sois dignos del traje de estudiante que lleváis!—exclamó.—¿Queréis apalearos, queréis pegaros como los chiquillos? ¡Bonitos filósofos estáis hechos! ¡Avergonzaos! ¡Pasar de la polémica al pugilato! Vaya, bebo á la salud de la Universidad, y declaro que sois dos asnos si no llenáis vuestros vasos y no os bebéis hasta la última gota.

Nos calmamos ambos en seguida. Aun cuando Selim hubiese bebido más que yo, fue el primero en reponerse.

—Perdóname—dijo conmovido,—perdóname; he sido un tonto.

Nos abrazamos afectuosamente, y vaciamos los vasos hasta el fondo. Nuestro maestro entonó el *Gaudeamus*. Los camareros comenzaron á mirarnos por la ventana que daba á la habitación contigua. Estábamos borrachos, en la mayor extensión de la palabra. Nuestra hilaridad había llegado á su apogeo, y ya comenzaba poco á poco á declinar. El maestro se sumió primero en una grave meditación, y después, repentinamente, prorrumpió:

—Sí, todo es bellísimo, todo es buenísimo; pero la vida es, de todos modos, algo estúpido. Lo que hemos dicho hace poco no es más que un medio ficticio, exterior; en lo interior es otra cosa. Y mañana, como hoy... las mismas necesidades, la misma miseria, las mismas paredes desnudas, el mismo traje viejo, y así sucesivamente, sin concluir. Trabajo, nada más que trabajo; ¿y la felicidad... dónde? El hombre se engaña á más y mejor, y al fin se sofoca en el... basta. ¡Adiós!

Diciendo esto, se puso la gorra, hizo maquinalmente unos ademanes, que significaban el querer abrocharse unos botones ausentes, y encendió un cigarrillo. Después buscó á tientas la puerta, y dijo:

—Pagad vosotros. Yo no tengo un céntimo. No es necesario que os volváis á acordar de mí si os parece. Lo mismo digo por lo que á mí respecta. Yo no soy demasiado sentimental. ¡Adiós, mis buenos jovencillos!

En el acento con que pronunció las últimas palabras había una emoción que desmentía lo que declaraba. Su pobre corazón era como todos los otros: susceptible de amor y capaz de amar; pero la desgracia, la pobreza y la indiferencia de sus semejantes, cosas que debía de haber sufrido desde la niñez, le habían hecho sombrío, inaccesible. Era un tipo de hombre

altivo y de vivos sentimientos, y temía siempre ser rechazado si demostrase afecto á alguien.

Selim y yo permanecimos oprimidos por cierta melancolía, y nos quedamos un momento sin decir palabra; tal vez se insinuaba en nuestro ánimo el obscuro presentimiento de que no volveríamos á ver en esta vida á nuestro pobre maestro. Ni él ni nosotros teníamos entonces la menor sospecha de que incubase en su seno el germen de esa enfermedad contra la que no hay remedio: en otoño, á principios de Octubre, le mató la tisis.

Murió en tiempo de vacaciones, y pocos fueron los compañeros de estudios que acompañaron el entierro al cementerio. Sólo su anciana madre, que vendía estampas de santos y velas de cera en la puerta de la iglesia de los Dominicos, lloró á lágrima viva al hijo, á quien ella no siempre le había comprendido, pero al que, de todos modos, le había soportado con el inmenso amor de madre.

V

Al día después de nuestro gaudeamus, Mirsa nos mandó el coche para que nos recogiera, y marché con Selim para Corzelli. Teníamos en perspectiva dos días de viaje, y en cuanto alboreó saltamos de la cama. En nuestra casa dormían todos todavía; pero en la de enfrente, en medio de geranios y violetas, aparecía el rostro de Josefina. Selim se había puesto en bandolera una cartera de viaje, y en la cabeza la gorra de estudiante, para indicarle que partía... Una triste mirada fue la respuesta. Pero habiéndose él puesto una mano en el corazón, y mandado con la otra un beso hacia la ventana, la carita se ruborizó entre las flores y se retiró al interior del cuarto. El coche, enganchado á dos buenos caballos, nos esperaba, y ya era hora de marchar. Pero Selim permanecía aún en la ventana, y esperaba á que volviese la aparición en la

casa frontera. Su esperanza fue vana: la ventana permaneció vacía. Pero cuando bajamos á la calle, percibimos en el portal de la casa de Josefina, allá en el fondo, una figura de joven-cita. Selim se precipitó en el acto hacia aquel lugar, y á mí me pareció oír cuchicheos, sollozos y rumor de besos. Por fin salió mi amigo y montó conmigo en el carruaje; estaba triste y gozoso al mismo tiempo. El cochero arreó á los caballos, y ambos nos volvimos involuntariamente hacia la ventana, en la que vimos semiasomada á Josefina. Una manecita blanca hizo un ademán de despedida; después el coche rodó por el camino y nos llevó lejos de allí á mí y al ídolo de la pobre muchacha. Era muy temprano todavía: la ciudad yacía entregada al sueño; la rosada luz de la aurora iluminaba las ventanas de las casas, en las que dormían todos aún. De cuando en cuando un pajarillo despertaba al eco con sus trinos, é interrumpía el silencio el rumor de los pasos de algún transeunte; nos cruzábamos también con algunos carros que venían del campo á la ciudad, cargados de hortalizas. Era una mañana de estío, límpida, alegre, fresca, y nuestro coche rodaba suavemente por la carretera. Del río comenzó á subir un airecillo fresco, refrigerante; el puente resonó bajo los cascos de los caballos, y media hora después nos encontramos en pleno campo, rodeados de bosques.

Respirábamos á plenos pulmones aquella brisa matutina, y nuestros ojos se deleitaban con la vista del hermoso país. La tierra parecía salir del sueño: de las húmedas hojas de los árboles pendían innumerables perlas de rocío, que brillaban también en las espigas de los campos cultivados; los pájaros saludaban alegremente á la mañana con sus gorjeos. Mientras tanto, la niebla se iba desvaneciendo; aquí y allí veíanse extensiones de agua sobre los prados, y las cigüeñas volaban majestuosamente entre las áureas flores vulgarmente llamadas boca de león. Todo en rededor expresaba la gloria de la Naturaleza, como si todo renaciese á una nueva vida y cantase:

A la aurora sonríen
la tierra y la marina
cuando se tiñe el cielo
con su luz purpurina.

Lo que pasaba por nuestros corazones, se lo puede fácilmente imaginar el que recuerde la vuelta á su casa en una deliciosa mañana de verano.

Los años de nuestra infancia, los años de colegio con todos sus deberes y obligaciones, habían pasado ya para nosotros; despuntaba con todos sus atractivos y seducciones la edad de la juventud, y se nos presentaba ante los ojos la perspectiva inmensamente amplia de una vida llena de todas las alegrías de la existencia. Era una región interesante y desconocida aquella hacia la cual nos encaminábamos, y nos parecía que nos amparaba una benigna estrella, porque los dos éramos fuertes y sentíamos que nos crecían alas de águila.

La juventud es el tesoro más precioso de la vida, y de él no habíamos disipado todavía la más pequeña parte. Avanzábamos prestamente, porque en todas las principales estaciones nos esperaban caballos de relevo; viajamos toda la noche, y á la segunda tarde, dejando el bosque á la espalda, descubrimos las primeras casas de Corzelli. El camino estaba bordeado por dos filas de árboles. A poca distancia extendíanse grandes estanques, en torno de los cuales se alzaban algunos molinos.

Se oía el canto de las ranas. Los campesinos, con sus haces al hombro, volvían á sus hogares, entonando la canción de la recolección. Toda aquella buena gente se paraba al ver el coche, saludaba á Selim y le besaba la mano.

Mientras tanto, el sol se iba ocultando lentamente. Torcimos á la derecha, y apareció el palacio de Mirsa. Llamaba la campana para la cena, y al mismo tiempo en lo alto del minarete se oyó la voz del muecín, el cual anunciaba á los habitantes de la casa que la noche estrellada descendía sobre la tierra y que Alá era grande. Como si quisiese prestar su apro-

bación, una cigüeña, que se sostenía en una pata, alzó el pico hacia el cielo y lo bajó después, haciendo con la cabeza un movimiento que parecía un saludo. Miré á Selim; los ojos se le llenaban de lágrimas y demostraba una hondísima emoción.

Entramos con el coche en el patio. Ante la puerta de la casa estaba sentado el viejo Mirsa, fumando en una larga pipa y lanzando al espacio azuladas nubes. En cuanto vió á su hijo, se levantó, fué á su encuentro y le estrechó largamente, amorosamente contra su pecho, porque aun cuando era muy severo, le quería sobre todas las cosas. Luego se informó del resultado de los exámenes; y habiendo obtenido una respuesta satisfactoria, abrazó de nuevo á su hijo. Toda la numerosa servidumbre acudió á saludar al amito; también los perros le saltaban ladrando alegremente. Desde el balcón se precipitó la loba domesticada.

—¡Sula, Sula!—gritó Selim á la favorita del anciano Mirsa; y ella puso las enormes patas en los hombros del amo joven para lamerle la cara, y mostraba al aullar sus terribles defensas.

Entramos en el comedor. Yo no hacía más que mirar en redor desde que llegué á Corzelli, como quien espera encontrar grandes cambios; pero nada había cambiado. Los retratos de los antepasados, tanto el coronel como el alférez, colgaban de las paredes, y aquel terrible Mirsa, aquel coronel de húsares de tiempos de Sobieski, que me miraba siempre con sus penetrantes ojos y su cara llena de cuchilladas, me pareció más feo y espantoso. Quien había cambiado era Mirsa, el padre de Selim. Ya no eran negros sus cabellos, sino que tiraban extraordinariamente á grises; sus largos bigotes estaban casi blancos, y en sus facciones aparecía cada vez más acentuado el tipo tártaro. ¡Qué diferencia entre Mirsa y Selim, entre aquellas facciones pronunciadas, severas, hasta duras, y el rostro de ángel de mi amigo, con su dulcísima mirada! Sin embargo, nada más tierno que la mirada de Mirsa, que contemplaba al joven, siguiéndole en todos sus movimientos.

Para no perturbar á los dos, quise retirarme; pero Mirsa, hospitalario como un gentilhomme polaco, comenzó á abrazarme á mí también y me invitó á pernoctar en su casa. Le dí las gracias sin aceptar, porque experimentaba el irresistible deseo de encontrarme entre los míos; pero hube de quedarme á cenar. Salí de Corzelli ya avanzada la noche, y cuando estuve cerca de casa los gallos comenzaban ya á cantar: era ya, pues, más de media noche. En el pueblo no se veía ninguna luz, y solamente en lontananza, á orillas del bosque, brillaba todavía una vela en la choza del carbonero. Los perros ladraban. En el camino que conducía al poblado reinaba tal obscuridad, que no se veía á dos pasos de distancia. Me crucé con un coche tirado por dos caballos; dentro iba un hombre que cantaba á toda voz, pero no pude reconocerle. Me adelanté hacia la casa; las ventanas estaban cerradas. Todos dormían, y solamente los perros acudieron de todas partes ladrando en torno de mi coche. Me apeé y llamé á la puerta, pero tuve que esperar un gran rato antes de que me abriesen. Experimenté una impresión desagradable, porque creí que me esperasen. Por fin apareció una luz detrás de la ventana, y una voz de hombre somnoliento, que reconocí en seguida por la de Francisco, preguntó:

—¿Quién es?

—¡Yo!—respondí.

Francisco abrió al punto la puerta y me cogió las manos. Pregunté si estaban todos bien.

—Sí, están bien todos—contestó;—el amo ha marchado á la ciudad y estará de vuelta mañana.

Me condujo al comedor, encendió la lámpara y salió para preparar el té. Quedé un momento solo, con el corazón palpitante y como con aprensión; pero ese momento fue breve, porque no tardó en aparecer el padre Luis con camisa de dormir, la buena señora de Ives con bata y los inevitables rizos bajo la cofia, y Casimiro, que hacía ya un mes que estaba en casa, de vacaciones, á medio vestir. Todos me dieron conmovidos la

bienvenida; se quedaron maravillados de lo que yo había crecido; el padre Luis afirmó que tenía aspecto de hombre; la señora de Ives, que estaba más guapo. El reverendo me pidió con timidez la papeleta de examen, y cuando vió el buen resultado obtenido, comenzó á llorar y á llamarme su «querido jovencillo».

De repente se oyó en la habitación contigua un ligero rumor de piececitos desnudos: eran mis hermanillas. Entraron corriendo, vestidas nada más que con la camisa, y gritando repetidamente con alegría:

—¡Ha llegado Enrique! ¡ha llegado Enrique!—y se me subieron á las rodillas.

En vano la señora de Ives trató de contenerlas; dijo que no era decente que dos señoritas grandecitas ya se dejaran ver de tal manera; pero las pequeñas no le hicieron caso, me echaron los brazos al cuello y juntaron sus cabecitas con mis mejillas. Después de un rato pregunté, algo cortado, por Ana.

—¡Oh! ya verá usted lo que ha crecido—contestó la señora de Ives.—Vendrá ahora; probablemente se estará vistiendo.

No hube de esperar mucho, porque en aquel momento entró Ana en la habitación. La miré. ¡Gran Dios! ¡Lo que se había hecho en seis meses aquella pobre y delgada huerfanita de diez y seis años! Me encontraba ante una joven ya formada.

Su rostro estaba más lleno y redondeado; había tomado un color delicado y sano, y lo rosado de sus mejillas parecía como el reflejo de la aurora. De toda su persona irradiaba salud, juventud, frescura y gracia infinita; era semejante á una rosa próxima á abrirse. Observé que ella me miraba llena de curiosidad con sus grandes ojos azules, y que no le había pasado inadvertido mi estupor y la impresión que me había producido, porque en sus labios se dibujó una indescriptible sonrisa. En la curiosidad con que nos mirábamos ambos, había un poco de la vergonzosa cortedad del joven y de la muchacha. Las relaciones fraternales de un tiempo habían desaparecido de repente para no volver más.

¡Ah! ¡qué encanto había en aquella sonrisa, en aquella secreta alegría que se traslucía en sus ojos! La luz de la lámpara proyectaba sus rayos sobre los rubios cabellos de la joven; se había puesto un vestido oscuro, y se había echado sobre los hombros una talmita negra que sujetaba sobre el pecho. En todos los detalles se observaba cierta negligencia, que denotaba la prisa con que se había vestido.

Al darme la bienvenida me tendió la mano, que estreché y sentí caliente y mórbida como el terciopelo; aquel contacto me reanimó; cuando la dejé no era más que una simple niña, muy diferente de una criadita; pero ahora se había convertido en una verdadera y completa señorita que, con la expresión de la cara y con la gentil actitud, revelaba en seguida mucha educación y la frecuencia de la buena sociedad.

Sus ojos revelaban un espíritu vivo y un alma ya consciente; por todos conceptos había dejado de ser una niña, y lo demostraba aquella dulce sonrisa indefinida, aquella cierta inconsciente coquetería con que me miraba, y que evidentemente me demostraba que había comprendido bien las relaciones que corrían entre nosotros. Reconocí en seguida que, en cierto sentido, Ana me era ahora superior, porque, aun cuando yo hubiese adquirido más conocimientos, no estaba tan desenvuelto como ella. La joven conversaba y hablaba con mayor seguridad conmigo que yo con ella; hasta la preponderancia que tenía yo como amo y tutor había desaparecido, sin que yo supiese cómo.

Durante el viaje había pensado cómo habría de saludarla y cómo la habría de hablar, y había resuelto que la trataría con indulgencia y con mucha afabilidad; en aquel instante todos mis proyectos se habían desvanecido como pompas de jabón; los términos se habían invertido, ni más ni menos: yo no estaba afable con ella, y ella parecía estarlo mucho conmigo.

No logré darme cuenta en seguida de esto. Yo me había propuesto preguntarle lo que estudiaba, qué había aprendido, cómo ocupaba el tiempo, si se había granjeado la benevolen-

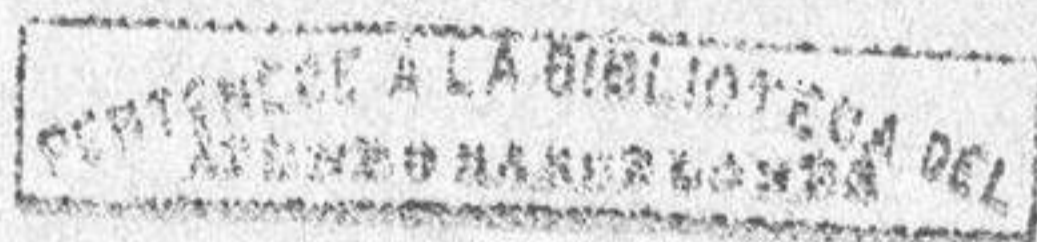
cia de la señora Ives y del padre Luis; y al contrario, era ella la que con su sonrisita en los labios me preguntaba qué había yo hecho, qué había aprendido y qué era lo que pensaba hacer en seguida. Era extraño que ocurriese todo completamente al revés de lo que había imaginado.

Después que hubimos hablado juntos una media horita, nos fuimos á descansar.

Pensativo, en parte sorprendido, en parte desilusionado y también un poco triste, me retiré á mi cuarto; pero el amor, encendido de nuevo, me invadió el corazón, y cambió por completo la impresión recibida.

La figura de Ana, tan joven, tan encantadora, que, aún somnolienta, se sujetaba con las blancas manos la manteleta, un poco en desorden sobre el pecho, mientras le caían sueltas por los hombros las rubias trenzas, se me quedó viva en la mente, y con ella ante los ojos me adormecí.

VI



A la mañana siguiente me levanté muy temprano, y corrí al jardín. Era una mañana admirable: las flores, bañadas por el rocío, brillaban temblando bajo el sol matinal.

Corrí hacia el emparrado, porque el corazón me decía que allí había de encontrar á Ana; pero secundé con harta rapidez el presentimiento del corazón: Ana no estaba. Únicamente después del desayuno me encontré á solas con ella, y pude preguntarle si le agradaba dar un paseíto por el jardín. Consintió gustosa y corrió á su cuarto, de donde volvió en seguida con un sombrero de paja que le sombreaba la frente y los ojos, y con una sombrilla en la mano. Por bajo del sombrero me dirigió una sonrisa, como si quisiera decirme: «¡Mira qué bien me sienta!»

Bajamos al jardín. Tomé el camino hacia el emparrado, y andaba pensando cómo entablar del mejor modo posible una

conversación con Ana, porque comprendía bien que ella, la cual lo hubiera logrado mucho mejor que yo, gozaba con mi cortedad y no quería venir en mi ayuda. Paseaba callado, al lado suyo, y recorría con el látigo de montar las corolas de las flores que bordeaban el camino, hasta que Ana lo cogió y dijo riendo:

—Pero, señor Enrique, ¿qué le han hecho á usted estas pobres flores?

—¡Ah, Ana! no me han hecho nada ellas, pero el caso es que no acierto ya á entrar en conversación contigo. ¡Has cambiado tanto, Ana!

—Supongamos que sea así. ¿Le desagrada acaso?

—No puedo precisamente afirmar eso—respondí con tristeza,—pero no acierto con lo que me pasa; me parece que tú y la pequeña Ana de un tiempo sois dos personas completamente diversas; la última va mezclada á todos mis recuerdos y es cara á mi corazón como una hermana, Ana, y por eso...

—Y por eso ésta de ahora—y se paró—le es extraña. ¿No es así?—preguntó sumisamente.

—Ana, ¿cómo puedes ni pensarlo siquiera?

—No es sino natural, aunque pueda ser triste—respondió.—Usted busca en su corazón aquel amor fraternal de un tiempo, y no le encuentra ya: eso es todo.

—No; en mi corazón no tengo necesidad alguna de buscar á la Ana de mi tiempo... ella ha estado siempre allí; pero en ti la busco en vano, y por lo que se refiere al corazón...

—Por lo que se refiere á su corazón—me interrumpió festiva,—puedo fácilmente imaginarme aquel en que he estado. Debe usted habérselo dejado en Varsovia.

La miré fijamente á los ojos. No sabía si lo que ella deseaba era solamente escrutarme, ó si, fiando en la impresión que me había producido la noche antes, quería jugar conmigo. De repente fui presa del acostumbrado espíritu de contradicción, y al mismo tiempo se me ocurrió también que me ponía en ridículo si continuaba mirándola fijamente con ojos de ciervo

moribundo; vencieron los sentimientos que me asaltaban, y repliqué:

—¿Y si fuese así en efecto?

Una expresión apenas perceptible de asombro y de desagrado apuntó en el sereno rostro de la muchacha.

—Entonces, si verdaderamente es así—respondió,—no soy yo quien ha cambiado, sino usted.

Al decir estas palabras se extendió por su cara una sombra de tristeza, y por algunos minutos caminó en silencio á mi lado, meditabunda. Yo me esforzaba en esconder la alegría que me habían causado sus palabras. Ella había dicho que tal vez yo amaba á otra y que había cambiado, pero que ella no; así, pues, me amaba... La alegría no me dejaba llegar al fin de esta conclusión. Y no obstante todo esto, yo no había cambiado; ella era realmente la cambiada. A la niñita aquella de seis meses antes, ignorante de todo, que no tenía la más mínima idea de las cosas de este mundo, no se le hubiera ocurrido nunca hablar como lo hacía: entonces un discurso semejante le hubiera sido completamente incomprensible; hoy lo parlaba con tanta libertad y desenvoltura como si para ella hubiera sido una cosa de todos los días.

¡Qué maravillosamente se había desenvuelto su espíritu! ¡qué ágil y elástico se había hecho!

Por lo demás, semejantes milagros no deben ser raros en las muchachas: más de una se acuesta una noche niña, y á la mañana se despierta con sentimientos de sí y del mundo completamente cambiados. Para Ana, dotada por Naturaleza de una exquisita sensibilidad, de una agudeza y de una facilidad de comprender no común, la entrada en su décimoséptimo año, la nueva esfera social, la iustrucción recibida y tal vez también la secreta lectura de alguna novela, habían sido bastante para provocar y realizar semejante metamorfosis.

Anduvimos en silencio uno al lado del otro.

Ana fue la primera en hablar.

—Así, pues, ¿está usted enamorado, señor Enrique?

—Es posible—respondí sonriendo.

—¡Entonces deseará volverse pronto á Varsovia!

—No, Ana; sería feliz si pudiese quedarme siempre aquí. Ella me dirigió una mirada; era evidente que quería decir algo, pero se calló. Pasados unos momentos, se sacudió el vestido con la sombrilla, y luego, como si respondiese á sus propios pensamientos, dijo:

—¡Qué tontísima soy!

—¿Por qué, Ana?—pregunté.

—Por nada... Sentémonos en ese banco y hablemos de otra cosa. Qué bonita vista se ve desde aquí, ¿no es verdad?—preguntó de pronto con su habitual sonrisa en los labios.

Y fué á sentarse bajo un gigantesco tilo, en un banco desde el que se descubría, en efecto, una magnífica vista: el estanque y la selva.

Ana me indicaba con su sombrilla todas aquellas bellezas, y si bien me agradaban las hermosas vistas, en aquel momento no estaba en vena de admirarlas. En primer lugar, las conocía bien; en segundo, Ana me parecía mucho más bella que cuanto me rodeaba; y en tercer lugar, pensaba en otras cosas.

—¡Qué lindos son aquellos árboles, vistos en el espejo del agua!—dijo Ana.

—Me parece que te has hecho una artista—repliqué, sin ver los árboles ni el agua.

—El padre Luis me ha enseñado á dibujar. Por lo demás, son muchísimas las cosas que he aprendido durante su ausencia. Quisiera... ¿Pero qué tiene? ¿Está enfadado conmigo?

—No, Ana, no estoy enfadado contigo; creo que me sería imposible; pero veo que eludes mis preguntas y que ambos, en vez de hablarnos libre y francamente como antes, y con nuestra antigua confianza, procuramos evitarnos. Tal vez tú lo sientes menos que yo, Ana; pero yo lo siento profundamente, y me hace daño...

Estas palabras no produjeron otro efecto que ponernos á los dos en mayor compromiso. Ana me cogió las manos; yo se las

estreché demasiado afectuosamente, y por último me incliné y, ¡oh horror!, se las besé de un modo harto inconveniente para un tutor. Entonces nuestra turbación llegó al colmo; Ana se puso encarnada como la grana, y yo no menos. Callamos los dos, no hablamos más, no nos indicamos las vistas, como si no hubiéramos sabido entablar un coloquio abierto y confidencial.

Unas veces me miraba ella; otras la miraba yo, y nos ruborizábamos.

Estábamos sentados juntos, como dos muñecos; creía oír los latidos de mi corazón. Nuestra situación llegó á hacerse al fin insoportable; de cuando en cuando me parecía sentir en mi nuca una mano invisible, como si me quisiera arrojar á los pies de Ana, y después otra que me tenía sujeto por los cabellos y no me dejaba mover. De repente Ana se puso en pie y dijo con la mayor turbación:

—Es preciso que me vaya; la señora de Ives me espera para la lección; son ya las once.

Por el mismo camino que habíamos venido, guardando un profundo silencio, volvimos á casa. Como al venir, así ahora al volver decapitaba con el latiguillo las pobres flores, de las cuales esta vez parecía que no se compadeciese Ana.

De todos modos, no podía decirse que se hubieran restablecido entre nosotros las relaciones de otro tiempo.

—¡Jesús y María—dije para mí cuando Ana me hubo dejado,—qué cosas suceden en mi pobre corazón!

Estaba tan enamorado, que me parecía que ya no comprendía nada. Mientras tanto, vino á buscarme el padre Luis y me llevó á dar una vuelta por las dependencias de la factoría. Según andábamos, me refirió una porción de cosas que nada me interesaban, aunque fingiese escucharle atentamente. Mi hermano Casimiro, que durante las vacaciones se pasaba todo el santo día fuera de casa, ya en las caballerizas, ya con la escopeta al hombro en el bosque, ya en bote en el estanque, cuando entramos en el patio de la factoría estaba examinan-

do dos jacas de nuestra yeguada. Al vernos se dirigió hacia nosotros en una jaca torda que había montado. El fogoso animal se lanzó á escape en todas direcciones, y nos dió ocasión para admirar sus andares, su gallardía y la hermosa conformación de su cuerpo. Casimiro se apeó y vino con nosotros. Visitamos los establos de las vacas, las cuadras, las cocheras, é íbamos á dirigirnos hacia los campos, cuando nos anunciaron la llegada de mi padre.

Como es natural, nos apresuramos á volver á casa. Mi padre nos recibió con mayor expansión que nunca.

Cuando supo el resultado de mi examen, me abrazó y declaró que desde allí en adelante me consideraría como á un hombre.

En efecto, se produjo un gran cambio en su manera de tratarme: se hizo conmigo más afectuoso y confidencial. Comenzó por ponerme al tanto de nuestro estado económico, y me comunicó su propósito de comprar una posesión cercana, sobre lo cual quería saber también mi parecer.

Comprendí perfectamente que de ese modo quería demostrarme la importancia que concedía á la dignidad del primogénito de la familia, considerado en adelante como mayor de edad; y además de esto, observé también el placer que le habían producido los adelantos que yo había hecho en los estudios. Nunca me había mirado con ojos tan cariñosos; el certificado que yo había traído á casa halagaba vivamente su orgullo de padre.

Noté también que, para poder conocer y apreciar mi carácter, mi modo de pensar, mis ideas en punto de honor, etc., me hacía una porción de preguntas que se referían á todo aquello. El examen paternal redundó en mi favor, porque de mis ideas filosóficas y sociales, que eran muy diversas de las suyas, no hablé para nada; sobre lo demás, la diferencia de nuestro modo de ver no era grande; por todo esto, el rostro de mi padre, severo y marcial, irradiaba una gran alegría, como no le había visto nunca.

Desde el primer día me colmó de regalos; me dió un par de pistolas, de las cuales poco tiempo antes se había servido en el duelo con el señor de Zell, y á las que iba unido el recuerdo de otros duelos semejantes habidos en su juventud; además de esto me regaló un magnífico caballo árabe y un sable que había pertenecido á uno de nuestros más remotos antepasados. El puño de la ancha hoja damasquinada estaba adornado con piedras preciosas, y tenía una imagen de la Virgen, cincelada en oro, con la inscripción «Jesús, María». El sable era una de las más interesantes reliquias de familia, objeto hacía largos años de mis más vivos deseos, y también un poco de los de Casimiro, porque conocíamos aquella magnífica hoja, que cortaba el hierro como si fuera madera. Antes de entregármelo, mi padre lo desenvainó, y la hoja brilló al aire; después me hizo con él la señal de la cruz sobre la cabeza, besó la imagen de la Virgen y dijo al confiármelo:

—¡Que ponga yo en manos dignas esta arma! ¡Yo la he llevado con honor; te corresponde ahora á ti hacer lo mismo!

Y nos abrazamos en silencio.

Mientras tanto, Casimiro había empuñado el sable; y aunque no tenía entonces más que quince años, dió tales golpes y tan diestros, que hubiera avergonzado á más de un maestro de armas.

Mi padre le miraba con satisfacción.—Ese—dijo—llegará á ser un verdadero tirador. Pero tú sabes tanto como él, ¿no es cierto?

—Cierto, papá; todavía podría enseñar algo á Casimiro. De todos los compañeros que dábamos juntos lección de esgrima, uno solo era superior á mí.

—¿Y quién era?

—Selim Mirsa.

Mi padre frunció el ceño.

—¡Ah, Mirsa! Pero tú debes ser más fuerte que él.

—Sí, hasta el punto que me ha sido posible resistirle. Por lo demás, entre Selim y yo no habrá nunca contienda.

—Así sea; pero en el mundo sucede á veces lo que es más inverosímil—respondió mi padre.

A medio día nos sentamos todos en el terrado sombreado por una parra, desde el que se dominaba el patio y un camino umbroso flanqueado por corpulentos árboles. La señora de Ives trabajaba en un mantel para la capilla; mi padre y el padre Luis fumaban en sus pipas y tomaban el café, y Casimiro seguía con interés el vuelo de las golondrinas, á las que hubiera disparado gustoso, si mi padre no se lo hubiese severamente prohibido. Ana y yo mirábamos unos grabados que yo había traído. Pero prestábamos poca atención á los dibujos, que me servían para disimular tiernas miradas que de cuando en cuando dirigía á Ana.

—¿Cómo encuentras á Ana? Se ha puesto fea, ¿no es verdad, señor tutor?—me preguntó mi padre, y miró á la muchacha haciéndola un gesto.

Yo examiné con mayor atención el grabado que tenía en la mano, y respondí detrás del cartón:

—Fea no se puede decir en verdad, pero ha crecido mucho y está muy cambiada.

—El señor Enrique me ha censurado ya ese cambio—añadió Ana, sin mostrar la menor turbación.

Admiré su calma y presencia de espíritu, porque yo no me hubiera atrevido nunca á mencionar semejante cosa.

—Vaya, vaya; más bonita ó más fea—dijo el padre Luis, —¿qué importa? Lo que tiene de bueno es que aprende pronto y bien y que es aplicadísima. La señora de Ives te puede decir lo pronto que ha aprendido el francés.

El padre Luis no hablaba una palabra de francés, y aunque había vivido algunos años bajo el mismo techo con la señora de Ives, no había conseguido aprender nada; era éste el lado débil del pobre viejo, que consideraba el conocimiento de la lengua francesa como parte substancial de una cultura un poco elevada.

—No puedo negar, señor Enrique, que Ana aprende fácil-

mente y estudia con gusto—respondió la señora de Ives;—pero, no obstante, necesito quejarme un poco de ella.

—¡Oh, señora! ¿En qué he faltado?—exclamó Ana, juntando las manos.

—¿En qué has faltado? Lo sabrás en seguida; y cuando lo sepas, te tocará defenderte—replicó la francesa.—Esta chiquita, apenas tiene un momento libre, se apodera de un libro y lee; y además, tengo fundados motivos para creer que hasta por las noches, en vez de dormir, se pasa horas enteras leyendo.

—Hace mal; pero sospecho mucho que en eso imite á la señora maestra—dijo mi padre, el cual, en ocasiones, gustaba de contradecir á la francesa.

—Es cierto; pero que se me dispense: yo tengo cuarenta y cinco años...—replicó aquélla.

—¿De veras? no lo hubiera creído—dijo mi padre.

—¡Malo!—replicó ella.

—Puede ser. Por lo demás, yo sé perfectamente que si Ana tiene en su poder alguna novela, no la ha cogido seguramente de la biblioteca, porque las llaves las tiene el padre Luis; así, pues, toda la culpa recae sobre la señora maestra.

La señora de Ives, en efecto, leía gustosa las novelas, y tenía, además, la pasión de contarlas; así había hablado con Ana de esto y de aquello. Mi padre, pues, un poco en broma, un poco en serio, había dicho la verdad.

—¡Miren! — exclamó de pronto Casimiro. — ¿Quién viene hacia aquí á caballo?

Miramos todos en dirección del camino de los tilos, y vimos una nube de polvo que avanzaba con la rapidez del viento.

—¿Quién puede ser? Viene á rienda suelta—observó mi padre, y se levantó.—Levanta tanto polvo, que no se puede ver nada.

Hacía un calor sofocante; llevaba dos semanas sin llover, y por esto, al menor movimiento que se hiciera, se levantaba por todo el camino una densa polvareda.

Observamos atentamente, y por fin, á algunos cientos de pasos de nosotros, apareció la cabeza de un caballo con las narices dilatadas, los ojos inyectados y las crines desparramadas. El bruto se acercaba á todo galope, y apenas tocaba el suelo con los cascos; sobre el caballo, inclinado sobre el cuello, al estilo tártaro, venía mi amigo Selim.

—¡Es Selim, es Selim!—gritó mi hermano.

—¡Pero está loco! ¡Qué diablos hace! El portalón está cerrado—grité yo, saltando sobre la silla.

Era demasiado tarde para abrir la puerta, á la que nadie hubiera podido llegar á tiempo. Selim avanzaba con la rapidéz del rayo, y yo estaba convencido de que iba á estrellarse contra el muro.

—¡Dios mío, ten misericordia de él!—exclamó el padre Luis.

—¡La puerta, Selim, la puerta!—grité yo, fuera de mí por el terror, mientras que, agitando los brazos, corrí con toda la fuerza de mis piernas, atravesando el patio.

A cinco pasos de la puerta Selim se irguió en la silla, y con una rápida ojeada se hizo cargo de la situación. Resonó en aquel momento en mis oídos un grito de angustia de las señoras que estaban en el terrado. El caballo se recogió sobre las patas traseras, y, sin vacilar un instante, dió un salto horrible y salvó el muro.

En cuanto llegó ante el balcón, Selim paró en seco al caballo, cuyos cascos se hundieron en el suelo. El jinete se quitó el sombrero, lo agitó en el aire y gritó:

—¿Cómo están, señoras y señores? ¿Cómo va? ¡Mis respetos! ¡Devotísimo servidor, ilustrísima—dijo á mi padre;—devotísimo servidor, reverendo; señora de Ives, señorita Ana! Henos aquí otra vez todos juntos. ¡Viva, viva!

Diciendo esto, saltó del caballo; entregó á Francisco, que había acudido, las riendas; después abrazó á mi padre, al padre Luis, y besó las manos de las señoras. La señora de Ives y Ana estaban todavía pálidas por el susto, y saludaron á Selim como á uno escapado de la muerte. El padre Luis dijo:

—¡Oh loco, loco, loco! ¡qué susto nos has dado! Creíamos todos que te estrellabas.

—¿Pero por qué?

—¿No viste la puerta? ¡Si no hubieras volado por los aires!

—Ya vi que la puerta estaba cerrada. Tengo buenos ojos.

—¿Y no tenías miedo de dar semejante salto?

Selim sonrió.

—Ni poco ni mucho, reverendo. Por lo demás, todo el mérito es de mi caballo y no mío.

—*Voilà un brave garçon!*—exclamó la señora de Ives.

—Ciertamente, y otro no se hubiera atrevido, en verdad, á dar un salto semejante—añadió Ana.

—Querrás decir que no todos los caballos hubieran podido hacerlo, pero sí se encuentran hombres semejantes... —respondí yo.

Ana me miró intensamente.

—Le aconsejo, sin embargo, que no lo intente.

Después se volvió hacia Selim, y su mirada expresaba una admiración fácil de explicarse. Aparte el acto temerario realizado por el tártaro, que á las señoras, como á cualquiera, debía asombrar, en aquel momento el joven estaba encantador. Los cabellos negros le caían por la frente; las mejillas se le habían coloreado por la impetuosa carrera, y los ojos le brillaban de alegría.

Al lado de Ana, á la que miraba interrogativamente en los ojos, formaban ambos una pareja que ningún pintor hubiera podido imaginar más hermosa.

Las palabras de Ana me habían irritado en extremo. Me pareció que aquel «Le aconsejo que no lo intente», había sido pronunciado con un acento de ironía. Miré á mi padre, para interrogarle, mientras él admiraba el caballo de Selim. Conocía su paternal ambición, y sabía que tenía celos cuando alguien me superaba en algo; y esto, por parte de Selim, le tenía herido hacía mucho tiempo: por esto esperaba obtener el

permiso para poder demostrar que yo era un jinete no inferior á mi compañero.

—Ese caballo salta muy bien, papá—dije yo.

—Pero también este diablo de muchacho se tiene en la silla magníficamente—murmuró él;—¿serías tú capaz de hacer lo que él?

—Ana lo duda—respondí amargamente;—¿me permites probarlo?

Mi padre vacilaba; dirigió una mirada al caballo, otra á la puerta, y dijo:

—Déjalo, déjalo, hijo mío.

—Naturalmente—contesté ofendido,—es mejor, porque, en comparación de Selim, se me tiene por una damisela.

—Pero, Enrique, ¿qué estás diciendo?—exclamó Selim, echándome los brazos al cuello.

—¡Salta, salta, chiquillo, y demuestra tú también lo que vales!—exclamó mi padre, cuyo orgullo había sido puesto en juego.

—¡Aquí el caballo!—ordené á Francisco, que paseaba lentamente por el patio al cansado animal.

Ana se puso repentinamente en pie.

—Señor Enrique—exclamó,—tal vez tenga yo la culpa de que quiera usted someterse á esa peligrosa prueba; pero no quiero, ¡no quiero! ¡Oh! no lo haga usted, por amor mío, no...

Diciendo esto, me dirigió una mirada que completaba sus palabras. ¡Ah! por aquella mirada hubiera dado en aquel instante la vida, la última gota de mi sangre; pero no podía ni quería desistir de mi propósito. Mi amor propio ofendido se sobrepuso á todo otro sentimiento. Oculté mi emoción y respondí secamente:

—Te engañas, Ana, si crees ser el móvil de mi resolución: intento ese salto por mi propia satisfacción, y no por otra cosa.

Salté sobre el caballo, aunque todos los presentes, con excepción de mi padre, prorrumpieron en vivas protestas, y tomé al paso el camino de los tilos; Francisco abrió la puerta y la

volvió á cerrar en cuanto salí. Mi corazón estaba lleno de amargura; hubiera intentado aquel salto aunque la tapia hubiese sido tres veces más alta. A unos trescientos pasos dí la vuelta, y puse el caballo al trote, en seguida al galope. De repente sentí que la silla se movía: evidentemente, no estaba todo en su puesto. O la cincha se había aflojado al primer salto, ó Francisco lo había hecho, y por aturdimiento ú olvido no había dicho nada.

Fuera como fuese, era demasiado tarde para detenerme y proveer. El caballo avanzaba en desenfrenada carrera hacia la tapia, y yo no podía ni quería contenerle.

—Si me tira y me quedo en el sitio, ¡no me importa!—pensé, presa de la desesperación.

Aprieto nerviosamente los flancos del caballo; el viento me zumba en los oídos, y me veo la tapia delante; impulso al caballo, y me siento lanzado por los aires; un grito repercute en mis oídos, y los ojos se me velan... Después, vuelto en mí del desvanecimiento, me encuentro echado en la hierba.

Me levanto.

—¿Qué ha pasado?—pregunto.—¿Me he caído y perdido el conocimiento?

Mi padre, el padre Luis, Selim, la señora de Ives y Ana, la cual estaba pálida como una muerta y tenía los ojos llenos de lágrimas, me rodeaban.

—¿Cómo te sientes? ¿cómo te sientes?—me fue preguntado por todas partes.

—No tengo nada. No me he hecho nada. Me he caído, pero no ha sido mía la culpa: se había aflojado la cincha de la silla.

Y en efecto: recobrado el conocimiento, me sentía perfectamente; sólo la respiración era un poco fatigosa.

—¿No sientes dolor en ninguna parte?—preguntó mi padre, palpándome los brazos, las piernas y los hombros.

—No; me encuentro muy bien.

Al poco rato pude respirar libremente. Tan sólo temía el

haberme puesto en ridículo, y debía tener un aspecto bastante cómico.

En la caída había salido rodando, estaba lleno de hierba y tenía el traje y los cabellos desordenados.

De todos modos, mi desgracia me había alegrado por una parte. Un momento antes, el objeto de la universal admiración era Selim, huésped recién llegado; mientras que ahora todos no se ocupaban más que de mí, aunque hubiese obtenido tal honor á costa de mis codos y mis rodillas. Ana, que seguía considerándose, con suficiente razón, como la causa del accidente, que podía haber tenido para mí consecuencias bastante graves, procuraba enmendar el error con ternura. En medio de aquellas circunstancias, volví á encontrar mi buen humor, que al fin se comunicó á todos los presentes, momentos antes tan consternados. Trajéronse refrescos, y Ana hizo los honores de la casa; después pasamos todos al jardín. Allí Selim comenzó á bromear como un muchacho é hizo una infinidad de locuras, en las que tomaba parte hasta Ana con la mayor complacencia.

Por último, dijo Selim:

—¡Ah! ¡Qué gusto es el estar alegres los tres juntos!

—Quisiera saber—dijo Ana—quién de nosotros tres es el más alegre.

—Decididamente, yo—respondió Selim.

—Si es que no soy yo; porque he sido dotada por la naturaleza de un temperamento alegre.

—En todo caso, el menos alegre es Enrique—añadió Selim.—Es de carácter muy serio y se inclina bastante á la melancolía. Si hubiese vivido en la Edad Media, hubiera sido, sin duda, un caballero andante ó un trovador... es decir, esto no, porque no sabe cantar. Pero nosotros—siguió diciendo, volviéndose hacia Ana—somos hechos uno para otro.

—Soy de diverso parecer—respondí:—creo que se unen bien aquellos caracteres que son opuestos entre sí, porque de esa manera el uno completa al otro.

—Por lo que á mí respecta, tantas gracias—replicó Selim; —supongamos que tú seas por tu índole inclinado á llorar, que la señorita Ana sea inclinada á reir, y que os casáis...

—¡Selim!

Él me miró y rió.

—¿Qué sucede, gentil caballero? ¡Ah, ah! ¿Te acuerdas de la oración de Cicerón «Pro Arquia»? *Commoveri videtur juvenis*, que quiere decir: «Parece que el joven se pone turbado». Pero no hay nada de malo en lo que yo digo: tú por cualquier tontada te pones como la grana, y á menudo también sin ningún motivo. Le digo, señorita, que éste se ruboriza muy fácilmente, y en este momento se ruboriza por dos.

—¡Pero, Selim!

—Bien, bien. Vuelvo á mi afirmación. Así, pues, como decía, tú, señor de las lágrimas, y Ana, señorita de la risa, os casáis. ¿Qué veríamos? Tú gemirías, ella reiría, no os entenderíais nunca, y os alejaríais cada vez más uno de otro. ¡Valientes caracteres hechos uno para otro! Al contrario, entre Ana y yo ocurriría lo opuesto... nos reiríamos siempre hasta la muerte.

—¡Ah, qué discursos pronuncia usted esta tarde!—exclamó Ana, y ambos se echaron á reir.

En cuanto á mí, no tenía ninguna gana de reirme. Selim no tenía idea del daño que me había hecho con poner tan cruelmente de relieve la diferencia de carácter entre Ana y yo. Estaba molesto, y dije con cierto resentimiento á mi amigo:

—Tienes ideas muy singulares, y me extrañan tanto más cuanto que me parecía que tú hasta ahora habías mostrado siempre cierta predilección por las personas melancólicas.

—¿Yo?—preguntó con sincero asombro.

—Sí, tú. No tienes más que acordarte de cierta ventanita, con dos plantas de geranios, una á un lado, otra al otro, y una carita que se asomaba en medio. Te puedo asegurar que no he visto nunca expresión tan melancólica como la de aquella cara.

Ana aplaudió.

—¡Muy bien, señor Selim; esa cogida vale un Perú!

Yo creí que Selim iba á quedar cortado, pero dijo solamente:

—¡Enrique!

—¿Qué hay?

—¿Sabes tú lo que se hace con los que tienen la lengua demasiado larga?

Y volvió á reirse. Ana comenzó á embromarle y á pincharle para que dijese el nombre de su bella; y él, sin hacerse rogar demasiado, dijo:

—¡Josefina!

Su sinceridad le costó cara, porque Ana ya no le dejó en paz en toda la tarde.

—¿Es bonita?—preguntó.

—No está mal.

—¿Tiene bonitos los ojos y los cabellos?

—Los tiene bonitos, pero no son de los que más me gustan.

—¿Cuáles le gustan más?

—Cabellos rubios y ojos azules... y, no lo tome á mal, pero ojos como los que miro en este momento.

—¡Oh, señor Selim!

Ana se puso seria. Selim cruzó las manos en actitud suplicante, y la miró con la dulce é indefinible expresión que le era propia.

—Señorita Ana, no se enfade—dijo.—¿Qué le ha hecho el pobre tártaro? ¡Oh, riase, riase un poquitín solamente!

Ana le miró, y al mirarle se desvaneció sobre su frente la nube que se había condensado. Él la desenojaba. Apareció en sus labios una sonrisa, sus ojos volvieron á brillar, el rostro á serenarse, y por fin dijo con dulce acento:

—Está bien, ya no estoy enfadada; pero usted debe ser más serio.

—Obedeceré; lo juro por mi amor á Mahoma.

—¿Quiere usted mucho á Mahoma?

—Como los perros quieren á los mendigos.

Y ambos volvieron á reirse.

—Ahora dígame usted otra cosa—dijo Ana:—¿de quién está enamorado el señor Enrique? Se lo he preguntado, pero no ha querido decírmelo.

—¿Enrique? Sabe—y me miró de soslayo,—creo que hasta ahora no se encuentra enamorado de nadie, pero se halla en el mejor camino para estarlo, y sé también quién es la señorita; y en cuanto á mí...

—Selim, te ruego que te calles un poco.

—¡Ah, querido joven!—exclamó Selim, y me echó los brazos al cuello.—¡Si supiese usted, señorita, qué buen muchacho es éste!

—Lo sé, lo sé,—respondió ella:—recuerdo como si fuese ahora lo bueno que fue conmigo cuando murió el pobre abuelo.

Y por un momento fuimos presa de una profunda tristeza.

—Le digo á usted...—dijo Selim para llevar la conversación á otro asunto,—le digo que cuando después de nuestro examen de admisión en la Universidad nos emborrachamos en compañía de nuestro maestro...

—¿Se emborracharon?

—Sí; es una costumbre que difícilmente puede ser abolida. Así, pues, cuando nos emborrachamos, yo bebí á su salud, señorita. Lo hice sin reflexionar, pero Enrique se puso furioso y me gritó: «¿Cómo te atreves á pronunciar ese nombre en una taberna?» Poco faltó para que nos cogiésemos de los pelos. Pero queda probada una cosa: ¡éste no permite que la toquen á usted!

—¡Qué bueno es usted, Enrique!—dijo Ana.

—Bien, quiero suponerlo—respondí, reconciliado por las palabras de Selim;—pero dime tú, Ana, si éste no es por lo menos tan bueno al referirte tales cosas.

—¡Oh, ciertamente!—dijo Ana;—ustedes son dignos uno de otro, y estarán verdaderamente bien juntos.

—¡Y usted será nuestra reina!—exclamó Selim con énfasis.

—Señoritos... Ana... les ruego que vengan á tomar el té—gritó desde la terraza la señora de Ives; y los tres fuimos alegres y contentos.

La mesa estaba preparada en el terrado; las lámparas brillaban aquí y allí, esparciendo una luz lánguida, y un enjambre de mariposas revoloteaban en torno de la luz y chocaban con las bombas de cristal; los pámpanos de la parra, que circundaba el terrado, susurraban movidos por la suave brisa de la tarde, y por detrás de los árboles surgía la luna en su argentado plenilunio.

Nuestra conversación había insinuado en mí, en Selim y en Ana una disposición de ánimo singularmente dulce y afectuosa. La tarde, plácida y serena, ejerció también su influencia sobre mi padre y el padre Luis. Sus rostros estaban serenos y puros como el cielo que nos cubría. Después del té, la señora de Ives puso sobre la mesa una baraja y comenzó á hacer «solitarios»; mi padre estaba de óptimo humor, y se puso á contar cosas del tiempo pasado, lo cual era siempre prueba de que se encontraba en el colmo de su contento.

—Me acuerdo perfectamente todavía—dijo—que una vez estábamos cerca de una aldea, en las proximidades de Krassotawsk; la noche era tan obscura que no se veía gota—y diciendo así, lanzaba hacia la luz una bocanada de humo,—y todos nosotros estábamos cansadísimos, cuando...

Y siguió la narración de un caso extraordinario y maravilloso. El padre Luis, aunque no fuese la primera vez que la oía, dejó de fumar, escuchó con suma atención, y de cuando en cuando lanzaba exclamaciones de asombro ó de interrogación. Selim y yo, apoyados uno contra otro, mirábamos á mi padre y no perdíamos una palabra de su relato.

Pero ninguno de nosotros reflejaba más vivamente la impresión recibida que Selim. Sus ojos relucían como ascuas, su cara estaba amoratada, su naturaleza oriental y su sangre ar-

diente se manifestaban fuertemente. Con mucho trabajo se mantenía quieto.

La señora de Ives, que le miraba y sonreía, llamó la atención de Ana.

Entre tanto dieron las diez. Selim se puso de pie, porque debía estar pronto de vuelta á su casa. Resolvimos acompañarle todos juntos un poco de camino; yo quería acompañarle á caballo un poco más que los otros, los cuales habían decidido llegar hasta la cruz que se alzaba al final del camino de tilos. Nos pusimos, pues, todos en camino, á excepción de Casimiro, que dormía.

Ana, Selim y yo marchamos delante. Llevábamos los caballos de las riendas; Ana iba en medio; mi padre, el padre Luis y la señora de Ives venían detrás. El camino estaba obscuro; de cuando en cuando brillaba tras de los árboles la luna, y derramaba su argentada luz por el camino solitario.

—¿Se canta una canción?—propuso Selim;—¿una canción antigua, tan bonita como la del fiel Filón?

—¡Si no la canta ya nadie!—observó Ana.—Yo sé una mucho más bonita, que empieza: «Cae en otoño la marchita hoja».

Disputaron un poco, y por último se encontraron de acuerdo en cantar primero «la canción del fiel Filón», porque mi padre y el padre Luis la oían gustosos porque les recordaba los tiempos de la juventud.

Ana puso su blanca mano en las crines del caballo de Selim, y comenzó á cantar en unión del joven tártaro:

Ya brilla el astro argentado
en el bosque silencioso;
y siento ya que ha sonado
la señal que hace mi esposo,
de mi Filón, que me ama,
y que me espera, y me llama.

Cuando hubieron acabado, los viejos gritaron detrás de nosotros:

—¡Bien, bien! ¡Ahora cantad alguna otra cosa!

Me puse yo también á cantar con ellos; Ana y Selim tenían ambos una bellísima voz, pero la de Selim tenía un timbre y una expresión especial. Cuando yo desentonaba demasiado, me encarrilaban uno y otra. Después cantaron otras dos canciones; y mientras tanto, pensaba yo por qué Ana no había cogido las crines de mi caballo, en vez de las del caballo de Selim. Su caballo le gustaba mucho; de cuando en cuando se apoyaba en el cuello del animal y le acariciaba. Por todo esto me puse triste; no veía otra cosa delante de mí que aquella mano puesta en las crines del caballo de Selim.

Llegamos así al final del camino de los tilos y á la cruz. Selim dió las buenas noches, besó la mano de la señora de Ives y quería hacer otro tanto con Ana; pero ella retrocedió, y haciendo esto me dirigió una mirada casi temerosa. Selim estaba ya en la silla, cuando Ana se le acercó de nuevo y comenzó á hablar con él.

A la luz de la luna, que en aquel sitio no estaba tapada por los tilos, pude claramente observar la expresión de sus ojos, que miraban á Selim.

—No se olvide de Enrique—le dijo Ana;—nos alegraremos de que vuelva usted. Buenas noches.

Diciendo esto, le tendió la mano. Los viejos se encaminaron hacia casa con ella, y yo y Selim seguimos á caballo. Avanzamos un rato silenciosos. Era tan clara la luna, que se podían contar las hojas de los árboles. Yo observaba que Selim iba pensativo y sus miradas eran vagas en la obscuridad de la noche. Sentía yo un irresistible deseo de hablar de ella, de dar desahogo á los sentimientos que me agitaban, pero no me era posible hablar. De repente Selim me echó la mano al cuello y exclamó:

—¡Ah, Enrique! ¡qué encantadora es tu Ana! Que el diablo se lleve á Josefina y...

Sentí que hervía mi sangre; me pareció que me había pinchado un bicho. No contesté; rechacé su mano de mi cuello, y miré sombríamente delante de mí.

Vi que él se había turbado repentinamente; calló un momento; después se volvió y me dijo:

—¿Te has enfadado tal vez conmigo?

—¡Eres pueril!

—¿Estarás tal vez celoso?

Paré el caballo.

—Buenas noches, Selim.

Vi que él verdaderamente no quería dejarme todavía; no obstante esto, me tendió maquinalmente la mano y abrió la boca como para decirme algo; pero yo volví grupas y arranqué al galope.

—¡Buenas noches!—me gritó Selim.

De repente oí detrás el galopar de un caballo, y me volví: era Selim. Me alcanzó y me dijo con voz conmovida:

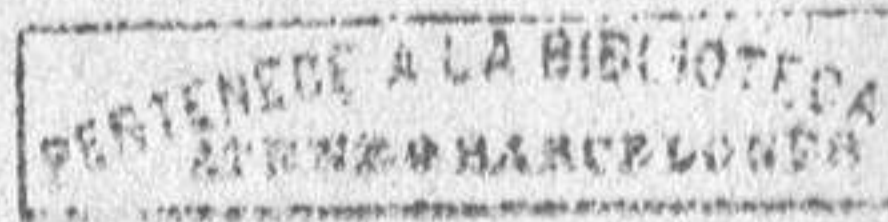
—Enrique, no he podido menos de volver, porque tú tienes algo. Primero he llorado. «¿Quiere incomodarse? ¡Pues que se incomode!», dije. Pero después he pensado en ello, y no he podido sufrirlo. Ahora dime qué es lo que tienes. ¿Me he dejado tal vez insinuar demasiado con Ana? ¿La quieres, quizás? Enrique, dímelo.

El llanto me sofocaba la voz, y al pronto no pude responder. Si hubiese secundado mi primer impulso, me habría arrojado en los brazos de mi generoso amigo, se lo hubiera confesado todo. Pero todas las veces que en mi vida había tenido ocasión de abrir mi corazón á alguien y comunicarle mis secretos pensamientos, mi orgullo, mi inflexible orgullo, que desde el principio debía ser humillado, me cortaba las palabras en la garganta. ¡Cuántas veces hube de arrepentirme de ello!

Como yo me callara, siguió diciendo Selim:

—Enrique, ¿la amas tal vez? Mira, ella me ha agradado mucho, sí, pero no he ido más allá. Si quieres, no la volveré á decir una palabra. ¡Habla! ¿La amas tú? ¿Que tienes contra mí?

—No la amo y no tengo nada contra ti. Es que no me siento bien; tal vez la caída... me encuentro un poco fatigado. No



estoy enamorado; no es más sino que me he caído del caballo. Buenas noches.

—¡Enrique!

—Te repito que estoy así únicamente á causa de la caída.

Nos despedimos de nuevo; Selim me abrazó y se fué un poco más tranquilo.

Cuando llegué á casa me encontraba de muy mal humor. Las ventanas de la sala estaban iluminadas, y vi que tocaban el piano. Entregué el caballo á Francisco y entré en la sala. Ana tocaba una romanza que yo no conocía. Cuando me vió, sonrió sin interrumpirse; me dejé caer en una butaca frente á ella y la miré fijamente. Ella tenía los ojos bajos, siguiendo los dedos. Continuó tocando un poco; después lo dejó, levantó los ojos hacia mí, y dijo con voz tierna:

—Señor Enrique...

—¿Qué quieres, Ana?

—Quisiera preguntarle una cosa: ¿le ha invitado Selim para mañana?

—No; papá desea que vayamos mañana á Urtrya, porque ha llegado un encargo de mi madre para la señora de Ustrycka.

Ana se calló y tocó un par de acordes; evidentemente pensaba en otra cosa; de allí á un momento alzó de nuevo los ojos.

—Señor Enrique...

—¿Qué quieres, Ana?

—Quisiera preguntarle una cosa: ¿es de veras tan bonita esa Josefina de Varsovia?

¡Ah! ¡era demasiado! Mi corazón estaba á punto de saltar de ira y de amargura. Me acerqué rápidamente al piano y exclamé:

—¡No tanto como tú! ¡Puedes estar tranquila y probar francamente sobre Selim el poder de tus encantos!

Ana se puso de pie, y la ofensa recibida la coloreó las mejillas.

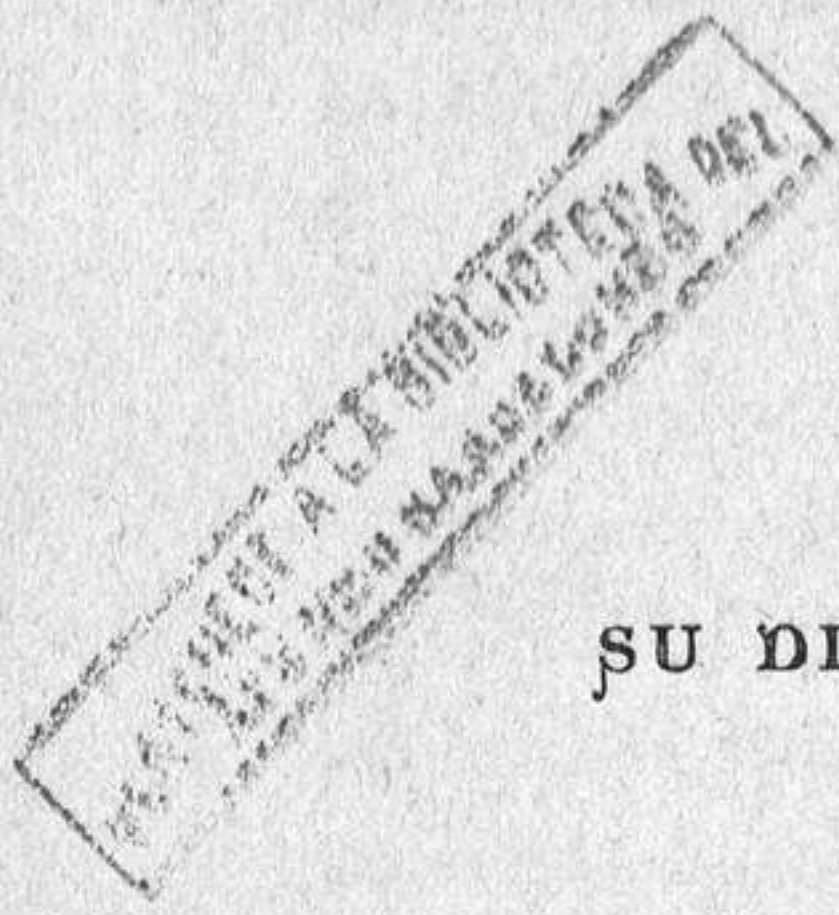
—Señor Enrique, ¿cómo puede usted hablarme de esa manera?

—No he dicho más sino lo que tú pensabas.

Diciendo esto, cogí el sombrero, me incliné y salí más que de prisa de la sala.

ENRIQUE SIENKIEWICZ

(Continuará.)



LEÓN XIII

SU DIPLOMACIA Y SUS ENCÍCLICAS

El mundo católico se halla bajo la impresión de un formidable acontecimiento: esa penosa pero temida inmersión del Papa León en la muerte. La figura de este Pontífice ha llenado en el siglo XIX un período característico, el más grande, el más interesante y el más glorioso quizás de la historia contemporánea de la Iglesia, pero muy próximo todavía á los días que corren para ser tratado con la fría imparcialidad del historiador.

Sería, por lo demás, vano y temerario empeño encerrar en el breve marco de este artículo un estudio completo; sólo se encontrarán condensadas en él opiniones é impresiones que, aunque se presten á la crítica, se fundan siquiera, mejor ó peor, en la realidad. Habiendo visto, á fuerza de engullirme las noticias y los artículos de los periódicos europeos de estos meses pasados, los desatinos y falsedades que sobre la persona y la obra de León XIII propagan, desde los más radicales hasta los más ortodoxos, he tenido el desesperado valor de leer una por una las encíclicas de Su Santidad (1) y acudir á las fuentes de historia contemporánea, donde es dable conocer

(1) El libro de un autor como el canónigo Valbuena (a), cuyas opiniones no sigo en la mayor parte de los puntos, me ha servido de mucho, sin embargo, por su carácter cerrado é intransigente contra todo lo moderno y democrático.

(a) *La luz del Vaticano*, estudio sintético de las encíclicas de León XIII. Premiado con el primero en el certamen de Barcelona con motivo del Jubileo pontificio.

con más claridad su verdadera actitud diplomática ante la democracia, el protestantismo y las grandes potencias. Esto ha hecho que la publicación de mi trabajo se haya retrasado un tanto, no verificándose en el mes de Agosto, á raíz de la muerte del Pontífice, como yo deseaba.

Si después de pasar los ojos por estas líneas consulta el lector los rotativos de todos colores que han tocado el mismo asunto, tendrá que reír para rato. Puede afirmarse, sin temor de equivocación, que la mayor parte de los periodistas que tanto hablan de León XIII no han leído una sola encíclica de este Papa, ni poseen sobre él un dato biográfico de primera mano. Ni falta que les hace para cumplir la rapsódica labor hecha sobre los diarios que en Roma salen para alivio de los redactores perezosos. Habitados á vivir al día, obligados á la *illecebrae suaviloquentiae* para con todos, se aplican en general á formar un juicio rápido, claro, y cuando se trata de muertos siempre *benévolo*, sobre el conjunto más bien que sobre los detalles de una vida ó de una figura. Un gran amigo mío (1) citaba hace poco en cierta revista reciente (2), como un caso nunca visto, el hecho de que al dar cuenta de la muerte de Girardín, que no sólo era insigne periodista, sino hábil y afortunado financiero, decía Rochefort, su enemigo, cuya hazaña ni la misma tumba fue parte á suavizar, estas ó semejantes palabras: «Por fin ha encontrado este explotador de hombres algo que no le es posible convertir en Sociedad anónima para repartir sus acciones, en cambio del dinero ajeno, entre la estulta muchedumbre, eternamente crédula é imbécil: la muerte». Tal alarde de franqueza é imparcialidad no hay que esperarla de nuestros articulistas de diario. A consecuencia de la multiplicidad de sus ocupaciones, no tienen frecuentemente una completa libertad de apreciación, contentándose con la impresión del momento, con hacer ruido, con halagar

(1) D. Santiago Pérez-Triana.

(2) *Helios*, Junio 1903.

las pasioncillas del día. A esto está reducido una gran parte de lo que ocurre con el periodismo contemporáneo, no ya en un punto de la tierra, sino en todo el mundo, desde Copenhague á Lisboa:

... *A Gadibus usque*
Auroram et Gangem...

Esta incapacidad crítica de la prensa es la causa del largo entorpecimiento en que viene vegetando el ignaro público. De León XIII, por ejemplo, se cree por parte de este público que ha sido un Pontífice más liberal que Pío IX y un diplomático consumado; y sin embargo, para los que conocen al Pontífice muerto por el examen y meditación de sus actos, y no por los retratos que hacen de él los que sólo se han fijado en las apariencias, semejante modo de ver es la más insostenible paradoja de la «criteriología» periodística.

Que el fin de León XIII ha sido siempre conciliar la civilización con la Iglesia, no puedo en principio negarlo, porque tengo en mi poder los documentos que lo acreditan, los oportunismos que lo corroboran, acusando en ese Papa una gran adhesión á la inteligencia de los tiempos. Y voy á dar algunas muestras para que el lector se convenza de mi imparcialidad.

Al ser nombrado obispo de Perusa, el cardenal Pecci eligió por asunto de su primera carta pastoral (1877) el tema de *La Iglesia y la civilización*. No es posible engañarse sobre el carácter de esta importante disertación del futuro Pontífice. El mismo autor disipa toda duda, declarando que «la sociedad, como compuesta de hombres esencialmente perfectibles, no puede permanecer inmóvil: progresa y se perfecciona». A renglón seguido pugna por que no se le tache de retrógrado, y así le vemos gloriarse de entusiasta y admirador de lo que llama «inmortales conquistas de la ciencia moderna», mostrarse muy enterado de todos sus progresos, y «saludarlos lleno de alegría» en nombre de la religión católica.

En una pastoral posterior (1878), abordando el mismo asunto, insiste en el problema político. He aquí sus palabras:

«Si la autoridad viene de Dios, debe reflejar la majestad divina para ser verdaderamente respetable, y la bondad de Dios, para que la acepten con gusto todos los que se hallen sometidos á ella. Quien tenga en sus manos las riendas del gobierno, bien sea un individuo ó una persona moral, bien deba su puesto á la elección ó al nacimiento, en un estado democrático ó en una monarquía, no ha de buscar en el poder la satisfacción de sus ambiciones y el insano orgullo de dominar á todos, sino, por el contrario, ha de emplear su potestad como medio de servir á sus hermanos, como el Hijo de Dios, que no vino al mundo para que le sirvieran, sino para servir á los demás... Los reyes de las naciones habían abusado del poder; su ambición no conocía límites, y la saciaban devorando la sustancia de los pueblos y el fruto de sus sudores; sus deseos constituían ley, y ¡desgraciado del que se negaba á cumplirla! No contentos con esto, exigían que les dieran títulos fastuosos que, puestos en parangón con la realidad, eran solemnes y crueles ironías... Otro es el poder apoyado por las enseñanzas cristianas: es modesto, laborioso, atento á fomentar el bien y contenido por la consideración de que, en el Juicio final, se reservan grandes castigos al que no haya gobernado bien. Imposible parece no comprender esto: el corazón se dilata ante una imagen tan noble de la autoridad, y la obediencia que ésta reclama, obediencia indispensable al orden y al perfeccionamiento de la sociedad, suaviza sus asperezas, haciéndose fácil y dulce... A las enseñanzas relativas á los que ejercen el poder corresponden las relacionadas con las personas sometidas á este poder. Si toda autoridad debe á Dios su existencia, su majestad, su solicitud en promover el bien, será ilícito rebelarse contra ella, porque esto equivaldría á rebelarse contra Dios. La obediencia del individuo debe ser franca, leal, y nacer del fondo del corazón, y no del temor servil de los castigos; debe envolver en sí misma la demostración de su sinceridad, y aceptar de buen grado los sacrificios que reclame, en interés de todos, aquel que ejerce el gobierno del Estado...

Más de una vez habréis oído violentas acusaciones contra la Iglesia; en no pocos casos os la habrán presentado como hostil á la libertad humana y como humilde servidora de cualquiera que ocupe el trono. Ahora podréis comprender el fundamento de tales acusaciones.»

El obispo de Perusa concluía su escrito participando á sus diocesanos la muerte de Pío IX y diciéndoles: «Pedid á Dios que se digne conceder muy pronto un nuevo jefe á su Iglesia; rogadle que cubra á éste con su protección, para que en medio de las tempestades que se agitan en el mundo, pueda conducir al puerto deseado á la navecilla mística confiada á su dirección». Pocos días después, el autor de esta pastoral era declarado Papa con el nombre, hoy tan célebre, de León XIII.

De hombre tal podrían esperarse adelantamientos esenciales en una obra en que se necesitaba particularmente la combinación de dotes variadas. Ahora bien: ¿ha respondido León XIII á las esperanzas que sus primeros actos hicieron concebir? ¿Debemos mirarle como un Papa liberal y civilizador en el verdadero sentido de estas palabras? ¿Es cierto, como el P. Maumus (1) supone y afirma, que así como el documento firmado por Pío VII, cuando era obispo de Imola, hacía presentir el Concordato entre la Iglesia y la República francesa, las pastorales del obispo de Perusa contienen el germen de un Concordato negociado sobre bases más amplias: la reconciliación entre la Iglesia y los tiempos modernos?

Esto es lo que los estudios hechos sobre su táctica y sus documentos posteriores pueden únicamente decirnos.

*
* *

El pontificado romano se ha hallado siempre en continua actividad; pero la aplicación de esta actividad ha tenido diversas fases. La actividad de León XIII, á pesar de la pérdi-

(1) *L'église et la démocratie*, introducción.

da del poder temporal, ha querido extenderse á los órdenes más variados. Se ha dicho de él que lo abarcó todo. Yo no diré tanto; pero es cierto que, si lo abarcó todo, en cambio no acertó á decidirse por nada. El fondo de su carácter diplomático fue la indecisión. Como el rayo, para ir por el camino más corto, necesita rodear más cuando las substancias que mejor conducen el fluido eléctrico se hallan muy separadas entre sí, el difunto Pontífice, viendo distanciados los elementos que le eran favorables, ha tenido que dar largos y penosos rodeos para llegar derechamente á su fin. Y es que León XIII, el *demócrata* León XIII, ha sido ejemplar típico y elocuente de esa triste habilidad con que los esclavos ennoblecidos han solido siempre poner á raya los abusos de sus dominadores. Intransigencias con la nación, aspiraciones de protección internacional, intervenciones nominales, vacilaciones de cortesano y actitudes de convencionalismo que á nadie dejan satisfecho.

Los mismos periodistas europeos, con tanto insistir en las dotes diplomáticas de León XIII, han acabado por hacer de él, como de Bacón, un hombre de mundo en el sentido más antipático (*ecligstem*) de la palabra. No invoquemos sus relaciones políticas con el canciller Bismark, donde no se encuentra nada que no hubiese sido ya objeto de reclamaciones terminantes del clero católico alemán, empeñado desde los tiempos de Pío IX en una vigorosa defensa contra la tiranía religiosa de los gobiernos protestantes. No hablemos de su tentativa para unir las Iglesias católica y anglicana, fracaso enorme, cuya resonancia ha sido como la voz sorda y ronca de la campana volteada en vísperas del día de la muerte de la Sede Romana, tan próximo ante la invasión del *Kulturkampf* internacional que arrastra y envuelve al mundo moderno.

¿Será, acaso, Rusia la que daría testimonio en pro del pontificado de León XIII? Rusia no ha hecho más que pasar por ciertas concesiones en lo relativo al ejercicio del culto. Por lo que toca al *desarme universal*, León XIII se limitó á apoyar el proyecto.

¿Será, acaso, Bélgica? Bélgica es en su mayoría católica; pero todos los laicos creen compatible el catolicismo con el liberalismo, y el haber dejado que el clero continuase, como en tiempo de Pío IX, anatematizando esa componenda, hubiera sido para León XIII dejar que se separaran de la Iglesia casi todos los políticos de aquella nación.

¿Será, acaso, Francia? Los últimos acontecimientos dicen harto claro cuán escasa fue allí su influencia y cuán poco se apreció su autoridad.

¿Será, acaso, Italia? Bastará saber que es el único pueblo en que León XIII no ha reconocido los hechos consumados.

¿Será, acaso, España? Recordemos sólo lo que León XIII hizo cuando la guerra con los Estados Unidos, recuerdo que no basta á desvirtuar la cuestión anterior de las Carolinas. Y en cuanto á los resultados de la política vaticanista en nuestra vida é historia interna de los últimos veinte años, me limitaré á remitir al lector á mi artículo sobre la *Posibilidad de una Iglesia nacional*, publicado en esta misma revista en Diciembre de 1902.

Hablando en general, no puede negarse que León XIII pasó resueltamente más allá que Pío IX por lo que hace á la conciliación del aspecto exterior y político de la Iglesia con las necesidades que la civilización nos ofrece; sin embargo, bajo esa conciliación, ¿qué ha sucedido? Formado está un laberinto, en donde no solamente el liberalismo, sino la cuestión económica, el criterio gubernamental, la democracia, todo principio social determinado, se confunden y embrollan. No; en este caso, antes se sentirá uno inclinado á dirigir elogios de religiosa sinceridad al *non possumus* claro y terminante de Pío IX.

Pero sostengo que León XIII no ha avanzado un solo paso más allá de su antecesor en cuanto al interés *eclesiástico* que encerraba el problema religioso. Al contrario, las reformas de Pío IX fueron más nobles y acertadas. Las del primero aventajan á las de éste, á lo sumo, por su tendencia más conciliado-

ra, y en alguna que otra ocasión por la mayor extensión política, extremos ambos que le hacen hallarse menos cerca de Dios que aquellos que, como Pío IX, han vivido de amor por lo atractivo, por lo dogmático, por lo santo. «Los primeros lugares en el reino de los cielos—dice Renan (1)—están reservados para los que han tocado un rayo de gracia y no han adorado más que lo ideal.» León XIII no puede incluirse en este número, porque como hombre de acción eminente, concentró toda su energía en los problemas de actualidad enfadosa, en los asuntos políticos y exteriores.

En esto todavía Pío IX tuvo una señalada ventaja, una gran superioridad. Siendo monarca temporal de los Estados Pontificios, secularizó su gobierno; prefirió ministerios formados casi completamente por laicos; admitió la práctica parlamentaria, y acogió con júbilo las formas más modernas del arte de dictar leyes. En la misma cuestión de la *libertad*, Pío IX profesó siempre opiniones mucho más claras que las de León XIII, y se mostró más consecuente en sus decisiones. Los incautos que hablan del liberalismo de León XIII y de sus triunfos sobre las faltas y reacciones de su antecesor, deberían, antes de hablar, tomarse el trabajo de leer sus encíclicas. Esta lectura les demostraría cuán lejos están de la verdad.

Y toda vez que aludo al liberalismo, me parece oportuno, aun teniendo que evitar el seguir un orden cronológico, empezar por la exposición y examen de la encíclica que más claramente se relaciona con ese asunto, y que acaso por tal razón es de las menos conocidas: la encíclica *Libertas*.

*
* *

Publicóse este curioso documento en 20 de Junio de 1888, y en él, después de lamentarse de los estragos que ha causado

(1) *Saint-Paul*, XIX.

en el mundo moderno una libertad extraviada y divorciada de la fe, aconseja y manda el Pontífice que huyan los fieles católicos de libertad tan peligrosa en todas sus formas y manifestaciones. Y va analizando y haciendo la refutación de las distintas libertades civiles.

Así dice por lo que respecta á la de cultos: «Sea la primera considerada en las particulares, la que se llama *libertad de cultos*, en tan gran manera contraria á la virtud de la religión. Su fundamento estriba en que cada cual es dueño de escoger la religión que más le acomode, ó no profesar ninguna. Pues bien: entre todas las obligaciones del hombre, la más santa es, sin duda alguna, la que nos manda adorar á Dios pía y religiosamente... Allégase á esto que no puede darse virtud verdadera sin el concurso de la religión. Y si se indaga, ya que hay varias religiones disidentes entre sí, cuál ha de seguirse entre todas, responden á una la razón y la naturaleza: la que Dios haya mandado y puedan fácilmente conocer los hombres, por ciertas notas exteriores con que quiso distinguirla la divina Providencia para evitar errores que en cosa de tan gran importancia había de producir grandes estragos. Así que, al ofrecer al hombre esta libertad de cultos de que hablamos, se le da facultad de pervertir ó abandonar impunemente una obligación santísima, é inclinarse, por lo tanto, al mal, volviendo la espalda al bien inapreciable, lo cual, como hemos dicho, no es libertad, sino depravación de ella, y servidumbre del alma envilecida por el pecado. Considerada en el Estado la misma libertad, pide que éste no tribute á Dios culto alguno público, por no haber razón que lo justifique; que ningún culto sea preferido á los otros, y que todos ellos tengan igual derecho, sin respeto alguno al pueblo, dado caso que éste haga profesión de católico. Para que todo esto fuera justo, habría de ser verdad probada que la sociedad civil no tiene para con Dios obligaciones, ó puede infringirlas impunemente; pero no es menos falso lo uno que lo otro... Así es que la sociedad, por el mero hecho de ser tal sociedad, ha de reco-

nocer como su padre y autor á Dios, y reverenciar y adorar su poder y su dominio. Prohibe, pues, la justicia, y prohíbe también la razón, que el Estado sea ateo, ó si no llega á caer en el ateísmo, que se conforme de igual modo con respecto á las varias religiones, y conceda á todas indistintamente iguales derechos. Siendo, pues, necesario al Estado profesar una religión, ha de profesar la única verdadera, la cual sin dificultad se conoce singularmente en los pueblos católicos, puesto que en ella aparecen como grabados los caracteres de la verdad».

Hablando de *la libertad de imprenta*, se expresa en estos términos: «Apenas es necesario negar el derecho á esta libertad cuando se usa de ella, no con templanza, sino traspasando toda moderación y límite... El derecho es una facultad moral que, como hemos dicho y conviene repetir mucho, es absurdo suponer que se haya concedido por la naturaleza en igual medida á la verdad y al error, á la honestidad y á la torpeza. Hay derecho á propagar en la sociedad libre y prudentemente lo verdadero y lo honesto, para que se extienda al mayor número posible de humanos su beneficio; pero en cuanto á las opiniones falsas, pestilencia la más mortífera del entendimiento, y en cuanto á los vicios, que corrompen el alma y las costumbres, es justo que la pública autoridad los cohiba con diligencia, para que no cundan insensiblemente en perjuicio de la misma sociedad. Y las maldades de los ingenios licenciosos, que redundan en daño de la multitud ignorante, no han de ser con menos fuerza reprimidas por la autoridad de las leyes, que cualquier injusticia cometida por los fuertes contra los débiles. Tanto más, cuanto que la inmensa mayoría de los ciudadanos no puede, de modo alguno, ó sólo con suma dificultad, precaver esos engaños y artificios dialécticos, singularmente cuando halagan las pasiones. Si á todos es permitida esa licencia ilimitada de hablar y escribir, nada será sagrado é inviolable; ni siquiera se respetarán aquellos grandes principios naturales, tan llenos de verdad, que constituyen el patrimonio común

y nobilísimo del género humano. Oculta así la verdad en las tinieblas, casi insensiblemente, como muchas veces sucede, fácilmente se enseñoreará de los entendimientos el error pernicioso y múltiple, con lo cual recibe tanta ventaja la licencia como detrimento la libertad, que será tanto más noble y más segura cuanto menores fueren las fuerzas de la licencia».

Seguiré extractando de la misma encíclica *Libertas* lo que se refiere á la libertad de enseñanza. Escribe el difunto Pontífice: «Es preciso que esta libertad de enseñar no salga de ciertos límites si ha de ser honesta, es decir, si no ha de trocarse impunemente la facultad de enseñar en instrumento de corrupción. Pero las verdades acerca de las que únicamente ha de versar la doctrina del instructor son de dos géneros, naturales y sobrenaturales. Las naturales, como son los primeros principios y los deducidos inmediatamente de ellos por la razón, constituyen una especie de patrimonio común del género humano; y puesto que en él se basan, como en firmísimo fundamento, las costumbres, la justicia, la religión, la misma unión social, nada sería tan impío, tan neciamente inhumano como el dejar impune su profanación y destrozo. Ni ha de guardarse menos religiosamente el preciosísimo y santísimo tesoro de las cosas que conocemos por habérnoslas revelado el mismo Dios. Las principales se demuestran con muchos é ilustres argumentos que emplearon en repetidas ocasiones los apologistas, como son: el haber Dios revelado algunas cosas; el haberse hecho carne el Unigénito de Dios para dar testimonio de la verdad; el haber fundado el mismo Unigénito una sociedad perfecta de la cual es cabeza él mismo, que ha prometido estar con ella hasta la consumación de los siglos... De aquí se entiende qué género de libertad quieren y propalan con empeño los secuaces del liberalismo; de una parte, se conceden á sí mismos y al Estado una licencia tal, que no dudan en abrir paso franco á las opiniones más perversas; de otra, ponen mil estorbos á la Iglesia, dejando su libertad en los límites más reducidos que les es dado, por más que de la doc-

trina de la Iglesia no haya de temerse inconveniente alguno, sino esperarse grandes provechos».

Por último, señala los perjuicios de la *libertad de conciencia* en esta forma: «También se proclama con gran entusiasmo lo que llaman *libertad de conciencia*, que si se toma en el sentido de ser lícito á cada cual, según le plazca, dar ó no dar culto á Dios, queda suficientemente refutada con lo ya dicho. Pero puede también tomarse en el sentido de ser lícito al hombre, según su conciencia, seguir en la sociedad la voluntad de Dios y cumplir sus mandatos sin el menor obstáculo. Esta libertad verdadera, digna de los hijos de Dios y que ampara la dignidad humana, es superior á toda injusticia y violencia, y fue deseada siempre y singularmente amada de la Iglesia... Toda libertad puede reputarse legítima, con tal de que aumente la felicidad de obrar el bien; fuera de esto, nunca... Ningún género de gobierno reprueba la Iglesia, con tal de que sea apto para la utilidad de los ciudadanos; pero quiere, como también lo ordena la Naturaleza, que cada uno de ellos esté constituido sin injuria de nadie y singularmente dejando íntegros los derechos de la Iglesia».

Entendido el asunto, la encíclica *Libertas* establece que el hombre no es libre para adorar á Dios según los principios de su conciencia; que tampoco lo es para publicar sus opiniones; que lo es menos para enseñar é instruir á sus hijos, y que no lo es de ningún modo para conservar la autonomía de su pensamiento. Razón tenía yo, por lo tanto, al expresarme sobre el particular en otra obra (1) de la manera que sigue: «La emancipación del hombre es la primera negación del pontificado. No necesitamos, para hacerlo ver, remontarnos á Gregorio XVI ni á Pío IX: el sucesor de este último, el Pontífice de la libertad, como se denomina á León XIII, nos va á revelar lo que la Iglesia piensa á estas alturas de civilización acerca de nuestros derechos político-sociales. Juzgando por el espíritu am-

(1) *Las iglesias del Estado*, V, 95.

plio que le distingue en la práctica, nos inclinaríamos á creer que admite en teoría todos los postulados del derecho moderno... Desgraciadamente, el Pontífice se ha apresurado á quitarnos esta ilusión: su encíclica *Libertas* no puede estar más terminante... El criterio de tal encíclica parece, á primera vista, mesurado y conciliador; pero en el fondo es la misma negación de Gregorio XVI y de Pío IX: *La libertad es contradicción, peligro, cierta suerte de orgullosa deificación del hombre*».

*
* *

Con esto entramos en otro orden de consideraciones, requerido por mi plan y sugerido por la encíclica *Providentissimus Deus*, de 18 de Noviembre de 1894. Para comprender el alcance y el sentido de este documento, basta saber á qué supuestas necesidades respondió y en qué situación de los espíritus fue publicado. Versa todo él sobre la interpretación de la Escritura y el desarrollo de los estudios bíblicos; y, ciertamente, su criterio es retrógrado á más no poder en unos tiempos en que los teólogos no se escandalizan, como los fieles de la época de San Agustín, porque se substituya *hedera á curcubita*. Apuntemos los antecedentes del caso.

Cincuenta años hace, después de las concienzudas investigaciones de la Asiriología, empezó á despuntar entre los mismos exégetas católicos la idea, nunca puesta en duda por los protestantes independientes y los racionalistas imparciales, de que los hebreos deben á los caldeos sus creencias: aun arqueólogos judíos, como Halévy, concedían que los relatos del *Génesis* sobre la Creación son mitos babilónicos antiquísimos, purgados del fárrago fabuloso y adaptados á la severidad del monoteísmo hebreo. Promoviéronse luego discusiones sobre los pasajes *jehovistas* y *elohistas*, como correspondientes á distintos autores; y tanto y con tanta rapidez se aclaró el problema, que al cabo los eclesiásticos más sabios de Europa: monseñor Hulst, rector del Instituto católico de París; Loisy,

profesor de lenguas orientales en el mismo Instituto; Lenormant, historiador laico afecto al catolicismo; Salvador di Bartolo, canónigo siciliano, y mil más, reconocieron, con el racionalismo y el protestantismo, que el *Génesis* es una colección de fragmentos mitológicos de todas procedencias.

Ya iba á ser admitido este modo de pensar, que hubiera introducido en la exégesis y en la ciencia católica en general la más completa libertad de pensamiento, cuando apareció en mal hora la encíclica *Providentissimus Deus*, rechazando y estigmatizando todas las causas y consecuencias de aspiración tan generosa. En ella León XIII, tratando del grupo racionalista como del enemigo sistemático de la Biblia en nuestros tiempos, reniega de los teólogos de ingenio despreocupado que les auxilian. No se ha de tolerar, añade, esa manera de soltar dificultades, que se reduciría á pervertir la enseñanza católica sobre la inspiración sobrenatural de los sagrados libros y á hacer á Dios cómplice de los errores del hombre (1).

(1) «Dolendum est multos esse qui antiquitatis monumenta, gentium mores et instituta, similiumque rerum testimonia magnis ii quidem laboribus perscrutentur et proferant, sed eo sepius consilio ut erroris labes in sacris Libris deprehendant ex quo illorum auctoritas usquequaque infirmetur et nutet... Nec enim toleranda est eorum ratio qui ex istis difficultatibus sese expediunt, id nimirum dare non dubitantes, inspirationem divinam ad res fidei morumque, nihil præterea pertinere, eo quod falso arbitrentur, de veritate sententiarum quum agitur, non adeo exquirendum quænam dixerit Deus, at non magis perpendeatur quam ob causam ea dixerit. Etenim libri omnes atque integri, quos Ecclesia tanquam sacros et canonicos recipit, cum omnibus suis partibus, Spiritu Sancto dicente, conscripti sunt; tantum vero abest ut divinæ inspirationi error nullus subesse possit, ut ea per se ipsa non modo errorem excludat omnem, sed tam necessario excludat et respuat, quam necessarium est Deum summam Veritatem nullius omnino erroris auctorem esse. Hæc est antiqua et constans fides Ecclesiæ... Consequitur ut qui in locis authenticis Librorum Sacrorum quidquam falsi contineri posse existiment, ii profecto aut catholicam divinæ inspirationis notionem pervertant, aut Deum ipsum erroris faciant auctorem... Neque ideo tamen viam sibi putet obstructam, quominus, ubi justa causa adfuerit, inquirendo et exponendo vel ultra procedat, modo præceptioni illi, ab Augustino sapienter propositæ, religiose obsequatur, videlicet; *a litterali atque veluti obvio sensu*

Así acabó la última esperanza de los hermeneutas ortodoxos de criterio amplio, y á ese desengaño les condujo el espíritu de libertad y sinceridad que gobernaba el rumbo de sus investigaciones. ¡Canten y loen ahora los liberales la amplitud de miras de León XIII!

El autor de la encíclica *Providentissimus Deus* no fue, por consiguiente, más liberal que el de la encíclica *Libertas*; y esto es demasiado cierto, por desgracia. La autoridad intelectual estuvo en él armada en corso, y la limitación de los criterios exegéticos no fue en sus escritos más que el corolario de los principios negativos que hemos visto profesaba sobre la libertad en general.

*
* *

Dentro del terreno científico, hay que conceder mayor importancia á las encíclicas *Æterni Patris* (de 1.º de Agosto de 1879) é *Immortali Dei* (de 1.º de Noviembre de 1885) sobre la orientación común de la filosofía cristiana; encíclicas que han hallado un eco inmenso en todos los círculos de pensadores adictos á la Sede de Roma, y que en tales círculos ha ganado en poco tiempo todos los ánimos. No obstante, son exageraciones palpables, aseveraciones como éstas que aventuró el herbartiano Durdik (1) en una de sus obras recientes: «Después de la encíclica *Æterni Patris*, la filosofía ha entrado en un período nuevo, habiéndose iniciado en esta dirección un movimiento poderoso que formará época en la historia».

Paréceme que no debía hacerse tanto ruido por tan poco. La extensión del movimiento neo-escolástico es innegable; pero su intensidad se me antoja nula, y conmigo opinará todo pensador imparcial y sincero.

minime discedendum, nisi quæ eum vel ratio tenere prohibeat, vel necessitas cogat dimittere, quæ præceptio eo tenenda est firmitus quo magis, in tanta novitatum cupidine, et opinionum licentia, periculum imminet aberrandi.»

(1) *Geschichte der neue philosophie*, conclusión.

Mas dejemos esto aparte. Lo que importa consignar es que León XIII, al ordenar que en todas las Universidades católicas se enseñara la *Summa* de Santo Tomás, ha causado un perjuicio inmenso al adelanto de la filosofía cristiana. El que sea aficionado á asertos destituídos de fundamento, mire y admire estas afirmaciones de los neo-tomistas, inspirados en los deseos de León XIII:

A) La Iglesia debe acomodarse en todo y por todo á las exigencias de la ciencia de nuestros días.

B) Para conseguir este fin tiene que oponer las doctrinas filosóficas del siglo XIII á las teorías modernas.

A) Estas teorías no son más que una renovación de las de los filósofos paganos, sobre todo de los griegos.

B) El principal mérito de Santo Tomás es el de haberse inspirado y declararse discípulo, para mejor conciliarlo con el Cristianismo, de Aristóteles, griego y pagano.

A) Aristóteles es el primero entre los sabios de la antigüedad: por eso debe seguirsele en los puntos esenciales.

B) No tuvo la menor idea de la Creación, de la Providencia, de la Inmortalidad del Espíritu; pero éstas son cuestiones accesorias para el filósofo cristiano.

No quiero continuar esta serie de contradicciones, sostenidas en nombre de una escuela filosófica que, olvidando todos los descubrimientos de la crítica, se empeña en conciliar el Aristóteles falsamente interpretado por los escolásticos de la Edad Media con la ciencia moderna; que cree de la manera más pueril en los resultados de esta conciliación, y que se atiene en lo demás á una obra tan poco original como la *Summa*, en la que se encierran todas las más tiránicas negaciones de los siglos de fe. Yo no conozco sistema alguno de filosofía que haya consagrado errores más funestos que la eterna metafísica de la *Summa*. Las opiniones de Santo Tomás sobre las especies sensibles é inteligibles, sobre las formas substanciales, sobre las virtudes activas y pasivas, sobre la moral y el derecho, no son seguramente, dejando aparte el mérito del conjunto, mu-

cho más convenientes para inculcarlas á la juventud, que las opiniones de que proceden, es decir, las de Aristóteles, inspiradas á su vez en el grosero sensualismo de Demócrito. Si León XIII, con su renovación del escolasticismo tomista, quiso llevarnos á este terreno, habrá que convenir en que fue notablemente reaccionario.

*
* *

Hasta aquí sólo por anticipación he hecho entrever el fondo del autoritarismo y el término de la reacción que ha descrito León XIII; pero ahora nos es preciso volverla á tomar de más cerca, y ver cómo se ha ido engrosando con todas las encíclicas, sin excluir—aunque el aserto parezca raro—las concernientes á la cuestión social: *De conditione opificum*, de 15 de Mayo de 1891, y *Graves de communi re œconomica*, de 18 de Enero de 1901. Las gentes superficiales se quedan, de ordinario, sorprendidas de ver á León XIII sosteniendo las pretensiones del llamado socialismo cristiano, al menos parcialmente. Nada más sencillo, sin embargo. «Como el socialismo, escribe Bourdeau (1), la Iglesia no concede valor alguno á todo lo que es espíritu, talento, gracia, originalidad, dotes personales. *Individualismo* es para ella sinónimo de *egoísmo*; y lo que siempre ha tratado de imponer al mundo es el ideal mismo del socialismo, la *fraternidad* sujeta á la *autoridad*. La misma organización internacional, igual reprobación de la guerra, sentido de los sufrimientos y necesidades sociales. Según Bebel, el Papa es quien desde el Vaticano ve mejor formarse la tempestad que se cierne en el horizonte. Aun el papado sería susceptible de llegar á hacerse competidor peligroso para el socialismo revolucionario si se pusiera resueltamente al frente de la democracia universal.»

Podemos, sin temor, asegurar que esto último no llegará á realizarse. Los bellos pensamientos de solidaridad económi-

(1) Citado por Lebon, *Psychologie du socialisme*, I, 3, 3.

ca, que constituyen la mayor gloria de León XIII, no le pertenecen exclusivamente; le son anteriores en el cristianismo europeo del último siglo, y casi estamos autorizados á decir que desaparecieron con él. Say declara ingenuamente que el socialismo cristiano, que iba á la cabeza en 1848, ocupa hoy el último lugar. Ni aun, pues, en este tan decantado terreno procede atribuir al Papa difunto una influencia considerable y eficaz. Las encíclicas no prueban nada en una cuestión de este género. El Papa pudo, ciertamente, valerse del socialismo para ocultar su pensamiento; pero, á pesar suyo, la verdad pasó á través de este velo, dejando en descubierto la hibridez de sus teorías sociales.

* * *

Sería cosa de todo punto imposible, dados los breves límites en que ha de encerrarse el presente artículo, proseguir el estudio de las vicisitudes de la política de León XIII en encíclicas de menos cuenta; pero estimo oportuno recordar su modo de proceder con el *Congreso de las religiones* de Chicago, tentativa la más generosa que se ha intentado en el pasado siglo, para aproximar los fieles de las distintas comuniones y unificar en lo posible sus respectivos dogmas. Hubiera sido lógico esperar de León XIII que alentara ó aprobara siquiera una aspiración tan noble. Pero engañaríase gravemente el que así pensase. Como á dicho Parlamento asistieran numerosos prelados católicos, entre los que se distinguieron el cardenal Gibbons y monseñor Keane, León XIII se apresuró á manifestar su desagrado, prohibiendo que un solo católico volviese á reuniones de ese género, y no admitiendo como válidas más que las que hiciesen separadamente y con otros fines. *Quorum tamen utilitas ne in ipsos unice derivetur ea lege indici poterunt ut aditus ad audiendum universis patentius iis etiam qui ab Ecclesia catholica sejunguntur* (1).

(1) Véase la *Civitta cattolica*, Octubre 1895.

¿En qué han quedado, señores periodistas, aquella amplitud y aquella liberalidad tan cacareadas y puestas en las nubes? Verdad es que comparando la política de Pío IX y la de León XIII, de ordinario se encuentra ésta mucho más transigente. Pero la causa de semejante diferencia es completamente sencilla, como hemos tenido ocasión de ver, y no corresponde á una verdadera oposición de criterios y procederes. Todo el resto de la política de León XIII se convierte, al lado de la otra, en algo convencional, en una mera acomodación á los elementos exteriores.

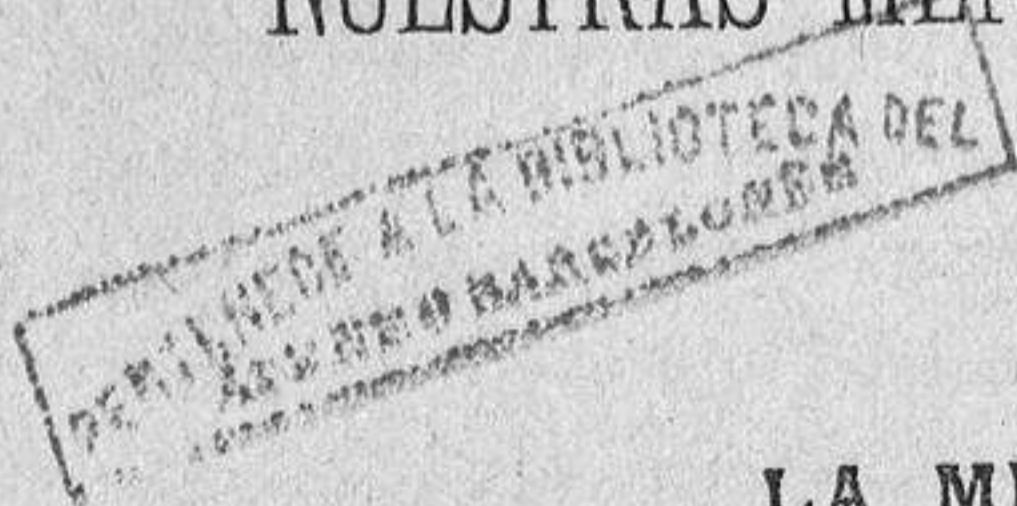
Mas no he de terminar con censuras estos breves apuntes. Mi objeto ha sido rectificar los errores del periodismo europeo sobre la personalidad y la labor de León XIII, por lo que no me ha sido posible prodigar las alabanzas. No soy tan imbécil que aspire á conmover al gigante del Vaticano con mis músculos de niño; he tratado tan sólo de mostrarme independiente ante la corriente general de los juicios. Si otros saben mucho, yo sé tal vez un poco, y para muchas cosas sé de distinta manera, y creo, con el Humorista, que veo de otro modo que el resto de los hombres. Por lo demás, nadie tan dispuesto como yo á reconocer las altas dotes personales de León XIII. Nacido trescientos años antes, su originalidad hubiera sido mayor y más perfecta, desplegándose con completa libertad, exento de las aniquiladoras opresiones de la vida contemporánea, y hubiera hallado campo ancho para sus empresas de maestro, de padre y de apóstol universal. Ya hoy, ¿qué cabe esperar de un Pontífice, como no sean reformas interiores de la disciplina, de la fe y de la moral de la Iglesia?

Después de todo, no es de creer tampoco que la fama de León XIII dure mucho tiempo entre nosotros. La historia de cada generación está llena de astros apagados que han venido á caer en el olvido. Su entrada en la vida pública se parece á la de esos buques de gran porte que ponen en revolución las aguas de un puerto; y al cabo tales hombres se muestran como la encarnación más brillante de la institución que representan.

«Lo que se ve de lejos en un edificio—dice Daudet—no es su base sólida ó bamboleante, su masa arquitectónica; es la flecha dorada y fina, bordada y labrada, que se añade para la satisfacción del golpe de vista.» Lo que se ve del pontificado en Italia y en toda Europa es León XIII. Pero de cerca las cosas pasan de otro modo. San Pedro de Roma, por gigante que sea, no puede impedir que los transtiberinos le ensucien por la base en muy mala forma. León XIII, por alto que se le haya encumbrado, es accesible al deterioro del tiempo, colaborador necesario de la justicia. Nuestros descendientes sabrán hacérsela con toda integridad, reconociendo sin escrúpulo sus equivocaciones y no ocultando sus cualidades de iniciador, de reformador y de espíritu levantado en una época de barbarie socialista. Esas cualidades llegarán, sin duda, á representar el elemento permanente del paso del difunto Pontífice por la historia de la Iglesia.

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO

NUESTRAS MENTIRAS CONVENCIONALES



LA MENTIRA SOCIAL

Consiste la mentira social española, en querer aparecer como civilizados ante el mundo civilizado, siendo en realidad salvajes; en aspirar á presentarnos en núcleo de colectividad grande, sin ser más que pueblo formado por pequeños agregados nómadas. Tenemos la cohesión física que nos da la territorialidad, geográficamente aislada del resto del continente y del planeta. A pesar de una gran rarefacción demográfica, de una orografía heterogénea y de múltiples y opuestos climas, el *regional español*, por muy regional que parezca, es ante todo y sobre todo *peninsular*, diferenciándose de los demás peninsulares de Europa, en tender al aislamiento, en oponer una resistencia sistemática, á la convivencia continental.

Esta cohesión física, esta uniformidad aparente, carece en realidad de alma, de conciencia. Hemos llegado á ser solidarios á *presión*, y no por *integración*. Nuestra individualidad está presa en las redes de la conciencia histórica muerta y de la necesidad presente rudimentaria; vive ahogada por una falsa y miserable herencia de gloria, en *mendicidad perdurable* y en *temor*, sin que en ella pueda arraigar nunca la semilla de la libertad, para tonificarla en saludable fortaleza. Nuestro yo individual es cadavérico; una forma, un receptáculo, una capacidad pasiva ó una masa de fácil plasmabilidad, que por sugestión se disgrega. No es célula de organismo social viviente, que se reproduce antes de morir, sino partícula cristalizada

en poliédricas formas, semejante al mineral que integra. Venimos á la existencia con individualidad aplastada, y la conciencia que más tarde adquirimos de ella, nunca nos es propia, aun cuando nos hagamos tal ilusión. Estamos enjaulados en una forma de individualidad, que por selección artificial se ha determinado, donde su crecimiento espontáneo es imposible. En esa forma, que no es nuestra, se contiene una materia mental ajena, y una materia emocional primitiva, que de ella constantemente se desborda.

El *yo* de nuestra infancia lo formamos haciendo gravitar sobre él toda la autoridad romana del *paterfamilias*, superviviente solamente aquí, cuando abandonado á sí mismo, no crece como salvaje arbusto, con exuberancia enorme en su ramaje, pero sin arraigo firme en la tierra que le nutre, que es la sociedad donde vegeta. El cura y el maestro, ó el director del Colegio industrial, asumiendo ambas funciones, toman por su cuenta nuestra primera generación, á ellos entregada por padres perezosos é ignorantes, para ponerle el marchamo de una instrucción palabrera sin cultivar su alma, depositando en ella el sagrado fermento de la personalidad futura. La escuela y la Universidad son fábrica de maniqués con instrucción, y no vivero de almas con carácter. Por haberse uniformizado éste, se ha perdido, como la variedad polítona del paisaje de la tarde se pierde en las obscuras monotonías de la noche. Y si la individualidad de nuestra aristocracia intelectual está castrada, ¿qué será del inmenso número de hombres sin instrucción ni cultura? La conciencia psicológica de nuestro yo individual nos revela un conglomerado estático, yacente, de substancia mental y emocional momificada. No hay panoramas interiores ni cambiantes perspectivas. Hoy como ayer, mañana como hoy. Pura identidad numérica, sin viviente renovación psicológica. Vinculamos el personalismo en la memoria. Somos porque sabemos que hemos sido; pero en cuanto actualmente somos, ¿sabemos lo que seremos? ¿Para qué sirve el saber pasado sino para el vivir futuro? Así, sin carácter y sin

personalidad psicológica integral, formada por la conciencia del esfuerzo, de la voluntad y del poder, en conjunción con los recursos mentales para el obrar escogidos, se desliza nuestro vivir individual sin trayectoria fija. Por eso el choque con los demás se hace inevitable.

La constante aspiración de una personalidad normal, es crecer siempre y sin descanso en intensidad y en extensión: *ser más y poder más*; el individuo español no aspira á eso, sino á dominar más. Hemos nacido para ser señores todos, en un pueblo natural y socialmente esclavo, porque dentro de las aspiraciones al dominio está la esclavitud de la pasión alimentada por la esperanza. Y el que desespera en dominar comienza á sentir el yugo. Es un vencido en el combate. Los españoles medimos nuestro sér, la intensidad personal de nuestro yo, por el parecer ante otros. Es éste un yo de fachada majestuosa y severa, sobrio en las luces y en la parte ornamental, con fuertes aleros para defensa de la intemperie y del sol, pero inhabitado dentro. Medimos el poder, no por la conciencia personal de nuestro esfuerzo, sino *à posteriori*, por la mayor ó menor masa rebañega que dirigimos. Después de haber sido y dominado, el yo superior se forma, y no viceversa.

Carecemos, como se ve, de mundo interno, amplio y comprensivo de la realidad, que en él se ha de reflejar. Somos interiormente como la caldera de vapor, sujeta á múltiples presiones; pero carecemos del manómetro para determinar su resistencia máxima. Vamos á ciegas hacia el porvenir, sin orientación, á la aventura, pero rastreando. ¿No fue nuestra expansión histórica, aventurera? ¿No es la lotería una aventura económica? Llevamos en nosotros el germen del ritualismo social, vinculándolo todo en puras formas aparentes, hechas ó determinadas por sugestión externa, sin acusar jamás una íntima estructura.

El individuo, como unidad de nuestro grupo social, es un centro inconsciente de acción y de pasión, formado por instintos propios semisalvajes ó feroces, y una instrucción y edu-

cación ajena, excesivamente uniforme, que no encarna jamás en aquéllos, para suavizar su indómita acometividad ó su resistencia intolerante. El núcleo de su existencia es el instinto de su personalidad, el *self-feeling* de la psicología inglesa, pero en bruto. Paradoja viviente, formada por una semiestructura mental del siglo xx, en rebelde asociación con los estados emotivos de un negro del Senegal, es un salvaje con epidermis de hombre civil, un sér falsamente educado, un producto adulterado de la civilización.

Nuestro carácter, y dentro de él toda nuestra vida individual, tienen dos fases: una, que se revela por la conciencia individual; y otra, que se refleja en la conciencia social, en la opinión. La diferenciación de la persona individual no puede precisarse jamás sin que en ella intervengan estos dos factores. Según que predomine el elemento interno sobre el externo ó social, se constituyen dos tipos de individualidad social: el yo *eyectivo*, que se forma por expansión; el yo centrífugo, con su poder generador interno, y el yo centrípeto, ó *conjuntivo*, determinado por el medio social y por las personas individuales ó sociales. Así, este yo social no es el espíritu colectivo reflejado en la conciencia social, sino el yo individual representado en el yo individual y social y en interdependencia constante con él. En cuanto mi individualidad se refleja en la conciencia individual de los demás y en la conciencia social de mi pueblo ó de mi raza, suscitando en ellos motivos de repulsión ó simpatía, tiene un aspecto social. Entre el individuo concentrado en su mundo interior, y el individuo considerado como célula social, está el yo individual social, por el cual su personalidad se hace tanto más ó mejor sociable cuanto con más perfección se adapta al espíritu social.

El yo individual social está sometido, por consiguiente, á la ley de todo organismo vivo: se determina, crece y se extingue. Pocas veces coinciden las fases de este crecimiento con la edad psicofisiológica. Hay celebridades prematuras y seniles.

Pero el crecimiento del yo individual social en nuestro agregado no es normal, ni mucho menos.

El yo centrífugo, el que quiere forjarse por el propio esfuerzo, su propio yo social, está sometido á una violenta lucha, á un batallar rudo y pertinaz, y nunca vence si no es perseverante. Consagramos la celebridad de nuestros autodidactos, después que dejan de serlo, para convertirse en dogmáticos. Echamos á rodar un nombre después de haber hecho, con intención mezquina, el vacío en derredor de una personalidad. Entre nuestros contemporáneos, ¡cuántos desalentados, cuántos vencidos en su lucha contra el silencio! Y entre nuestras celebridades, ¡cuántas almas dislocadas por haber dejado superfetar artificiosamente un yo social formado de aluvión, sobre su propio y primitivo yo psicológico!

El yo que trata de imponerse en son de lucha, por imperiosa que sea la superioridad, sucumbe. Un agregado social formado de medianías y de tontos, sólo deifica sus héroes cuando éstos se sacrifican primero en aras de la adulación. El primer dios es el que otorga la ofrenda al triunfador. Por eso se adulteran por el convencionalismo, ó envejecen en la obscuridad, tantas individualidades poderosas, que sólo viven en la subconsciencia de la raza, como reserva de inestimable valor en sus períodos de crisis, ó de prueba.

Por regla general, prevalece el otro yo, el centrípeto, el que se forma por convención, y generalmente por conveniencia, de los que jerárquicamente imperan en nuestro mundo social.

Como el animal invertebrado, tiene una masa uniforme de convencionalismo social y una epidermis brillante de mentira. Es el patrón de todas las medianías ilustres: de las celebridades de la cátedra, consagradas por la retórica ó por el servilismo; de los hombres robustos, de las figuras arrogantes, que como caballos de parada, exige el buen parecer en nuestros salones; de los tontos audaces, encaminados hacia la prensa ó la política; de los capitalistas ociosos, que pasan bos-

tezando, sin hastiarse, una vida distribuída con rutinario automatismo.

Siendo interminable la serie y tan conocidos los tipos, ¿á qué seguir?

Nuestra sociedad española no consiente jamás individualidades autócratas: tolera la accesión del luchador honrado, con tal que primero rinda pleito homenaje, inmerecido, á la fatua legión de los consagrados por la cultura de academia ó por la riqueza de patrimonio; pero nunca reconocerá el triunfo por el esfuerzo desalojado, sino por el convencionalismo tácitamente admitido.

Como el elemento mental y el elemento emocional son antagónicos en el yo individual, ese antagonismo se refleja necesariamente en el aspecto social de nuestra individualidad. Sabemos que Fulano vale más que Zutano, pero no queremos reconocerlo, ni menos anunciarlo públicamente, porque no nos conviene. Sabemos que las celebridades consagradas por la prensa son mentira, pero no queremos descubrir en ella las verdaderas celebridades. Presumimos que tal individuo en tal cargo lo haría mejor que tal otro, pero procuramos preterirlo cuando se trata de encumbrarlo. Nos repugna todo crecimiento espontáneo y rápido, como á la muchedumbre de uniforme estatura, el gigante que con ella se codea y con su vista la domina.

De todo lo cual resulta que por ley artificial, hecha ya habitual, el superhombre, ó mejor dicho, el *preterhombre*, es imposible en la vida social latina, y más imposible aún en la vida social española. Como en la conciencia individual se establecen generalmente centros definidos de asociación, según la herencia, el medio, el hábito, etc., así también en la persona social, las individualidades poderosas son otros tantos nodos que agrupan á su alrededor los elementos gregarios por tendencia, y los encauzan hacia una afirmación ó hacia un ideal. Aquí, nuestros superhombres, nuestras individualidades más fuertes, la flor de nuestra raza, se devora bár-

130
BIBLIOTECA
DE LA
ACADEMIA
DE LA
HISTORIA

baramente en fútiles torneos, azuzada por astutas medianías, ávidas del desfallecimiento y muerte prematura de los héroes, para alzarse sobre el pavés y ser espontáneamente aclamada. Por eso el aspecto social del yo individual no es uniforme y compacto. Semeja más bien á un mosaico raro, de pareceres diversos, que á un extenso panorama con unidad y armonía.



Ha sido necesario un detenido estudio de nuestra individualidad introspectiva y de nuestra individualidad social, para precisar el coeficiente de sociabilidad. Esta puede ser: ó absoluta, cuando se refiere solamente á la cualidad de las relaciones intermentales ó interemocionales y á la cooperación posible para la acción colectiva; ó relativa, cuando está en función de la herencia social y del medio social y físico. Generalmente, la mayor ó menor sociabilidad de un grupo arranca de la cantidad y calidad de los individuos que le constituyen y de la forma de su concreción demográfica en el territorio en que viven; del esfuerzo que para la existencia han de desalojar; de la ponderación de las propias energías con la eficacia virtual de la acción. Se puede asegurar que sin una individualidad poderosa no hay sociabilidad posible. El español, generalmente con más sentimiento de individualidad que conciencia individual (á diferencia del anglosajón, que con viva conciencia de su yo introspectivo, como dice Martín Hume, lo deja moldear por el medio y lo pone en consonancia con el *alter* ó *socius* de los demás), es por esto mismo poco sociable. Porque el tono sentimental no acusa, sino que exagera el material psíquico que constituye el yo introspectivo; porque el yo social, en vez de adaptarse y coordinarse al grupo, explota entre él, ó sobre él gravita.

A igualdad numérica de población, la sociabilidad de 20 millones de españoles es menor que la de 20 millones de ingleses, pues la individualidad aislada de un español es menor

que la individualidad aislada de un inglés. El área de esta individualidad en la mente social es más reducida. Un publicista español apenas pasa de 30 ó 40.000 lectores. En cambio, los norteamericanos é ingleses llegan á 300 y 500.000. Entre el mundo interno de la individualidad y su ambiente social hay una continua conjugación de vida, de ideas y sentimientos. El tono social, intensificado poderosamente por los imperceptibles estímulos de la individualidad radiante, llega á equilibrarse por fin, á formar seguro bloque de conciencia, alimentándole con veneros de renovada y de perenne vida.

En las inmensas llanuras centrales de la península española, más de 250.000 kilómetros cuadrados de suelo territorial, que huye de las brisas de los mares con sus enormes alturas geográficas de 650 metros, para ser constantemente azotado por las inclemencias del cielo, vive miserablemente una población de seis millones y medio de habitantes. Las dos Castillas, parte del reino de Aragón y del de Murcia, el Norte de Andalucía, Extremadura y León, sólo poseen el mismo número de habitantes que Londres, Liverpool, Birmingham y Manchester. Cuatro poblaciones inglesas representan más, cuantitativa y cualitativamente, que veinte provincias españolas en la humanidad. En nuestro centro territorial parece vivir la soledad errante ó vagabunda por las llanuras inmensas de una tierra desolada. El eco de la voz se pierde en la llanura. La visión se abruma en el vacío. La luz, reverberada en el ambiente, nos ofusca y anonada. Desvanécese la noción del tiempo y el estímulo para la acción, en vértigo perdurable y doloroso. La realidad es un sueño, y en él se cobija y atesora toda la verdad. En 150.000 kilómetros de tierra inglesa, y en el país de Gales, vive una población diez y siete veces más numerosa que en Castilla. ¡Y qué diferencia entre estas dos regiones! ¡Si aquélla pudiera capitalizar el sol en energías industriales y percibir su luz tonificadora y gozar de las serenidades de este cielo!...

El hombre alejado del hombre pierde la noción de socia-

bilidad humana. La inmensidad del paisaje aplasta la individualidad, la subyuga ó la fascina. Tal vez por sugestión la falsea, agrandándole formalmente, sin nutrirle cualitativamente.

Nuestra población costera, más densa y numerosa, pierde también su personalidad en el litoral. Atada, fuertemente atada al núcleo histórico de la nacionalidad medioeval, si en el mar encuentra el vehículo más fácil de sociabilidad, tras sus espaldas está el amarre, hecho en roca incommovible, de intolerancia y de inacción. Y en las dos Españas, en la de dentro y la de fuera, en la España bañada por el mar y en la del mar alejada, una población rural numerosísima se congrega en imperceptibles grupos, consagrados á cultivar con ignorancia y desamor la tierra, regándola con los sudores del trabajo, para producir el fruto que no ha de alimentarle. En vano pide en la clásica oración al buen Dios, en quien fervientemente cree y con perseverancia espera, el pan de cada día. Bajo la epitelial corteza de tierra vegetal está el tesoro. En el subsuelo se guarda la nueva savia de vida redentora, reservada por Dios para los años penuriosos, y vilmente acaparada por el hombre. Como las individualidades poderosas son centro de asociación para un grupo elemental, las ciudades y las metrópolis son puntos de convergencia é irradiación de una vida social más ó menos intensiva y extensa, según sea su importancia demográfica y económica. Son las ciudades las que suelen imprimir fisonomía á la sociabilidad total de un país. Londres y Glasgow, industriales, determinan en Inglaterra la sociabilidad industrial. Chicago y Nueva York, comerciales é industriales, dan timbre económico especial y estructura de sociabilidad adecuada, á un inmenso territorio formado por importantes elementos agrícolas, que por inducción á su vez se industrializan. París, burocrático y bullanguero, y Berlín, imperialista, en vez de cooperar, contrapesan ó restringen la acción industrial del Havre y de Hamburgo. San Petersburgo y Madrid, encéfalos de un Estado de sociabilidad medioeval,

sobre la base de una propiedad agrícola, con población económica servil y con un feudalismo más marcado en su régimen industrial exótico, desvirtúan la solidaridad más intensa, la *sinestesia* más viva de sus grandes puertos comerciales y de sus ciudades fabriles.

Hay ciudades que representan nuestra herencia social. Hay otras que simbolizan y encarnan nuestro porvenir. Entre los elementos arcaicos y atávicos, hoy preponderantes en España, y los elementos novadores; entre lo que pudiera llamarse nuestra mentalidad histórica, vinculada en anales de gloria y de pobreza, y nuestra emotividad social, nuestro estímulo por vivir mejor, se está trabando hoy el más rudo y silencioso de los combates. Los unos confían en el número. Los otros se basan en su poder y en su estrategia. Y esta lucha, que es una verdadera crisis para el alma de nuestro pueblo, determinará la integración ó la muerte del yo colectivo, desdoblado ó dislocado por fuerzas que, en vez de conjugarse, se destruyen.

Esta misma lucha se revela en el orden individual. Sobre unos predomina más la herencia, y son atávicos; en otros prepondera el porvenir, y son activos, especuladores, aventureros.

Tiempo y territorio son condición indispensable para la sociabilidad. El tiempo nos recoge hacia dentro, hacia lo que ha muerto para no volver. El territorio desmesuradamente grande, en vez de congregarnos nos disgrega. Si alguna solidaridad adquirimos, se hace pronto delicuescente, como el cloruro de sodio, al ponerse en contacto con la susceptibilidad más leve ó con el espionaje solapado. Estamos más unidos á la memoria de nuestros antepasados por las perspectivas del recuerdo vago y frío, que á los prójimos con quien vivimos en lucha desesperada por el pan, ó por la fama, sin amor. Como la fiera en las soledades de la selva, somos propensos á medir nuestra acometividad ó nuestro poder en magnitudes absolutas, agrandadas por el espejismo

mental. Tenemos idea clara y viva de los contemporáneos en el espacio y en el tiempo; pero nuestra mentalidad es puramente *representativa*. Poner en conjunción dos representaciones pertenecientes á distintas individualidades, establecer entre ellas una relación intermental, exige en el intelecto de la raza una tendencia al pensar *activo, inspectivo*, más que á la percepción puramente *representativa ó pasiva*. Todo el calor mental de nuestra alma, que tiende á irradiarse hacia otra ó conjugarse en ella, lo invertimos pródigamente en hogar estúpido de sacrificio *autolátrico*, procurando cerrar herméticamente las válvulas de nuestra personalidad para asfixiarnos en ella.

Por esta falta de interversión mental en las individualidades, es múltiple su tono, é imposible su consonancia. Siendo cuerdas de la misma calidad, y pudiendo vibrar á igual tensión, no integran nunca sus acordes. Ahora se explica cómo á la mente individual de nuestra raza se le hace inconcebible la idea colectiva, *concreta*, formada previamente por representación de acciones intermentales múltiples. Por eso, por ser incapaces de la representación total de la mentalidad de nuestro grupo, se nos resiste el obrar colectivo, ó por mejor decir, cooperativo. En la química social de un grupo sano, las acciones y reacciones mentales que tienen lugar entre los individuos que le constituyen, dan como precipitado la acción ó reacción de una voluntad colectiva, fuerte, unánime, tenaz, perseverante. En los grupos de nuestra raza, el resultado es cero. Si para pensar son intolerantes, mentalmente impenetrables, para obrar son *sinabólicos*. Sólo se mueven cuando se les arrastra ó cuando se les empuja. Cuando un fuerte peso gravita sobre ellos, no reaccionan. Si por impulsión un elemento subyacente los eleva, se dejan ir á la descuidada para fracasar después en el precipicio. Son parias de una raza degenerada, condenados fatalmente á perpetua servidumbre. Cultivan los campos de la tierra, pero no son para sí; laboran en los mundos de la mente y son asalariados serviles de la

ciencia autoritaria, brutalmente autoritaria, de un nombre más ó menos divulgado, ó de efectismos intelectualistas, pasajeros.

Por ser atomista la sociabilidad individual, no se constituyen grupos densos; y por ser atómicos estos grupos, es infinitésima la sociabilidad colectiva.

Si *à priori* y por el estudio psicológico de nuestra individualidad se explica la mentira social, *à posteriori* se comprueba por los datos de la sociometría comparada.

En todo agregado social se dan siempre tres estructuras fundamentales: la del encéfalo, que es la de la capital ó metrópoli de la nación ó del Estado; la del elemento urbano, complemento de éste, y la del rural, base ó sistema muscular del trabajo ó de la producción, cuando se trata de países esencialmente agrícolas como España. La diferencia entre una sociedad normal y una sociedad anormal consiste en que, mientras en aquélla estos tres elementos están en mutua interdependencia ó en gradual subordinación, en ésta se dan estratificaciones superyacentes de los mismos sin raigambre viva entre sí. En esto influye también el sistema arterial de nuestra territorialidad: el camino de hierro dió solidaridad estrecha á nuestros grandes agregados urbanos, estimulando su vitalidad cuando de vivir eran dignos, ó esclavizándoles á otros al no poder resistir con ellos una competencia dentro de la convivencia. Por eso hay una España urbana más cerca de las poblaciones urbanas del continente europeo que de la España rural oprimida. Las carreteras y los caminos de hierro ponen en comunicación rápida y constante nuestras villas y nuestras ciudades con la capital de la nación; pero, en cambio, olvidan la enorme masa de población rural sin convivencia actual posible con la población urbana, que ejerce sobre ella una irresistible presión, impidiéndola crecer ó haciéndola emigrar.

Hay que ver cómo los campos españoles, en labor cruenta y silenciosa, luchan en vano por redimirse, ó creen con espe-

ranza en la redención del dios Estado. Ellos son los únicos liberadores de esa deidad estúpida, forjada en la esclavitud y en el temor para tortura interminable de su cuerpo y de su espíritu, condenados ambos á la miseria y al hambre por dar cándidamente el jugo de su vida al parásito que los explota sin piedad y que creen necesario.

Cuando se asfixia su alma en la desesperación, ó se expatrian con amargura ó se entregan á la muerte sin consuelo. De ellos brota toda la vida, todo el verdor y lozanía que hace medrar nuestras ciudades populosas, nutriéndolas con savia joven, dándolas fecundadora simiente, tonificándolas en su cansancio, ó haciéndolas ubérrimas para multiplicarse y crecer. A ellos vuelven los organismos gastados y decrepitos, tuberculosos de alma y cuerpo, para retoñar á nueva vida, después de disipar en sano ambiente sus miserias. Son como timón en la ruta y como ancla en el naufragio.

Allí, en el latifundio inmenso y estéril ó en el minimifundio depauperado, viven quince millones de españoles, amargando todos los pesares de la vida, exacerbados, sin poder jamás gustar ningún deseo, ni cuajar una esperanza, ni forjar una ilusión. Y en sus almas vírgenes como tierra sin roturar, y en su corazón de niños, se guarda todo el tesoro de nuestra raza, toda una inmensa riqueza virtual no valorada ni explotada por los que forjan patria en letras de molde, como el eunuco, que, incapaz de engendrar, remeda perfectamente las actitudes y movimientos del acto genésico. Vientos novadores y tempestades renovadoras podrán tal vez purificar este ambiente lleno de productos miasmáticos, estas mansiones de la ciudad española, donde se enjaula el alma en mentira y el estómago en miseria. ¡Aire, luz y vida de los campos; alma y corazón de las aldeas y caseríos; sinceridad y fortaleza para retemplar en ellos nuestro organismo social enfermo, y para recrear la patria por él degenerada y oprimida!

Hay que urbanizar el campo y ruralizar la ciudad al mismo tiempo. Hay que dotar de glóbulos rojos la sangre cloró-

tica de nuestras ciudades y roturar el alma de la España rural, para que en ellas germine y viva la idea generadora de la acción libre, personal y solidaria.

Está roto el equilibrio entre el valor sociométrico de nuestra capitalidad, de nuestras grandes ciudades y de nuestros campos. Madrid apenas pasa de medio millón de almas. Las ciudades españolas superiores á cincuenta mil habitantes suman poco más de dos millones. Quedan diez y siete millones y medio para nuestros campos, nuestras villas y nuestras ciudades de último orden. ¿Qué nos dice respecto á esto la estadística de otros países? Veamos el tanto por ciento de la población total, que representa la población de la capital, de las grandes ciudades y de los campos en Inglaterra, Alemania, Francia y España en este cuadro comparativo:

| | Inglaterra. | Francia. | Alemania. | España. |
|---|-------------|----------|-----------|---------|
| Capital. | 11,20 % | 6,60 | 3,20 | 2,69 |
| Ciudades de 50.000 habitantes y mayores de 50.000..... | 27,00 | 9,90 | 14,60 | 10,67 |
| Población rural y ciudades inferiores á 50.000 habitantes.... | 61,80 | 83,50 | 82,20 | 86,64 |

En Inglaterra, país típico de la sociabilidad y del individualismo, predominan el nervio y el músculo, poseyendo además un gran encéfalo. Las capitales forjan iniciativas; el país, con sus brazos, las plastifica. En Francia la subordinación está en razón inversa de la masa. La capitalidad pierde importancia; pero, en cambio, ejercen más influencia las grandes ciudades, donde se cobija toda la industria y el comercio de la nación; y los campos, que sostienen una Francia rural, próspera, rica y laboriosa, sobre la cual, principalmente, gravita la enorme pesadumbre económica de un estado típica-

mente burocrático. En Alemania, el papel de la capitalidad es menor que en Francia; pero, en cambio, el de las grandes ciudades la supera. En España, la capitalidad de la nación, por su importancia social, es insignificante. Somos un país de encéfalo rudimentario, por no decir atrofiado. Nuestras grandes ciudades son, sociométricamente, superiores; pero todo se subordina, por la masa y por la calidad, al último grupo, al rural. En nuestra estructura social predominan las pequeñas ciudades, las villas, aldeas y caseríos; y el carácter de esta estructura es ser fragmentaria, atómica, incoherente. Es la más apropiada para que el morbo caciquil germine. Divide y triunfarás. Hay dos ó tres millones de españoles que constituyen una *pepiniere* de europeísmo. En cambio, hay más de diez y seis cuya sociabilidad es genuinamente marroquí.

Si se comparan ahora las capitalidades de las tres naciones indicadas, con la de España, vemos que, relativamente al grupo respectivo de población, España es la que tiene un encéfalo social más reducido en cantidad, menos resistente en calidad; por eso se llama ciudad de la muerte, y menos laborioso en acción; por eso se considera como el albergue más hospitalario para mendigos, vagabundos é histriones. Pocos viven en Madrid de su trabajo. Los más del trabajo de otros, ó explotando la caridad en estudiadas fórmulas impetratorias. Necesita, por lo tanto, crecer en importancia la capital de la nación, para que sirva en toda ella como principal foco radiador de sociabilidad, de patriotismo y de cultura, en vez de ser como la esponja absorbente de todo el jugo nacional.

Pero además es preciso que las grandes ciudades, grandes, no por su historia, sino por su presente, suban, medren: para eso hay que dotarlas de merecida autonomía; hay que fomentar en ellas la inmigración de la población económica, inactiva por falta de trabajo en los campos; deben estimularse las corporaciones municipales, haciéndolas émulas del robusto municipalismo inglés, que, como nuevo poder, se alza enfrente de las grandes empresas especuladoras con los servicios de las

ciudades, ya que amparadas vivieron mucho tiempo á la sombra del poder central por ellas asalariado.

¡Que perezcan en el olvido, que acaben de una vez su agonia esas ciudades moribundas que, como células atávicas, devoran, en *fagocitosis* perpetua, toda la vitalidad de los que, por sí y por su esfuerzo, ansían redimirse para vivir libres de los sueños de la historia, de la obsesión de la muerte y del feudo de la capitalidad, en un concierto mutuo, perseverante, de amor y de trabajo! Ellas, las encargadas de plasmar la salvaje virginidad de un pueblo menos indisciplinado que ineducado, podrán mostrar la inesperada aurora de redención al mundo civilizado, que en nuestro descrédito se goza para mantenernos en crónica convalecencia. Ven en espejismo nuestros pulmones cavernosos, sin darse cuenta del poder asimilador, de la fuerza nutritiva del enfermo. He ahí el único camino posible para lograr la sociabilidad de que carecemos, dotando á España de un sistema neurosocial robusto y poderoso. Estoy por la pedagogía social ortopédica más que por la quirúrgica.

El malogrado sociólogo francés A. Coste, en sus estimables estudios de sociometría comparada, llega á los siguientes resultados. Tomando á Francia como tipo ó unidad, y que es igual á 100, resulta que el poder sociométrico de Inglaterra es igual á 175, y el de España á 50 solamente. De suerte que Francia tiene una sociabilidad igual al doble de la nuestra, é Inglaterra una sociabilidad de tres á cuatro veces mayor. Eso depende, en gran parte, de que mientras en Inglaterra la población urbana representa el 77 por 100 de la población total, la rural sólo representa el 23 por 100. Las ciudades están pobladas por 25.000.000 de habitantes, y los campos por 7.000.000 solamente. En Francia, según el censo de 1891, la población urbana representaba solamente el 37,4 por 100 de la total, y la población rural el 62,60 por 100, teniendo las ciudades de 30.000 habitantes, y las superiores á esta cifra, una población de 8,66 millones. En Alemania la población urbana y la rural están representadas por el 50 por 100. Y en España,

donde las poblaciones superiores á 30.000 habitantes sólo ascienden á 3,06 millones, según el último censo, podemos considerar que de los 20.000.000 de población total, quince pertenecen al elemento rural y cinco solamente al elemento urbano. Tendremos, pues, que el elemento urbano representa el 25 por 100, y el rural el 75 de nuestra población total, estando, con relación á Inglaterra, invertidos los términos, y muy distantes de los coeficientes respectivos de Francia y Alemania.

Otra prueba más de nuestra insociabilidad: el falso sentido de la patria territorial, el territorialismo huero, invertebrado, y la deficiencia é imperfección de los medios circulatorios para hombres, cosas é ideas. Hay en Europa cuatro Estados que tienen, aproximadamente, el mismo territorio: España, Francia, Austria y Alemania. Unos más y otros menos, todos exceden de los 500.000 kilómetros cuadrados. En población, Austria y Francia casi se equilibran en densidad; Alemania la excede. España, por el contrario, tiene un coeficiente demográfico igual á la mitad del de los dos primeros, muy semejante al de Grecia y al de Turquía. Los extremos septentrionales, como los meridionales, de Europa, son poco hospitalarios para el hombre.

Entre éste y el territorio se establece siempre una correlación. La uniformidad territorial engendra ó determina una sociabilidad homóloga en el hombre que la habita. Los grandes valles, regados por caudalosos ríos, sirvieron de primer asiento á las poblaciones erráticas, que por el hecho de encontrar tierras fácilmente explotables, se hacen sedentarias y agrícolas. Las montañas, albergando una población poco numerosa, austera, sobria y con cierta hosquedad de carácter, más dada á las faenas del pastoreo y de la caza que á las empresas agrícolas é industriales, restringen en cierto modo el poder social de un pueblo, ó son una rémora para su adaptación rápida á las formas más progresivas de civilización. Grandes extensiones de tierra sin comunicación con el mar, se estancan en un estado determinado de progreso: ni caminan ni retroceden. Estas tres

formas podemos descubrirlas hoy en España. Hay tres tipos nacionales dentro de nuestra territorialidad: el hombre de la montaña, el de la llanura y el de la costa, que pueden combinarse entre sí, en formas más ó menos complejas é inestables. Las rugosidades de la superficie, nuestros sistemas orográficos irregulares, la separación natural por una muralla inmensa del territorio continental, la inestabilidad del suelo en muchos sitios, la impenetrabilidad del subsuelo en otros, la falta de uniformidad en las alturas geográficas, la dificultad de los accesos del mar á su hinterland peninsular, y viceversa, la variedad de producciones y de climas, son otras tantas causas que determinan en España un medio cósmico y telúrico poco adecuado para su sociabilidad rápida, normal y uniforme. La raza que aquí habita, más apta para las luchas con el hombre que para las conquistas de la naturaleza, rinde con ferviente idolatría culto y tributo al dios Terminus, mientras los que la explotan modulan en coros de resonancia universal, himnos de bendición á Minerva, madre hoy de Mercurio triunfador. Sea por lo que fuere, es lo cierto que la naturaleza, aquí, es más grande que el hombre, que éste interpreta falsamente el espíritu de territorialidad, pues en sus sueños de conquista, en la embriaguez de soberanía, hizo acotaciones en el mundo para otros. Nuestro imperio se ha disgregado, como todos los grandes imperios de la historia, por falta de *cohesión interna y por exceso de presión externa*. Forjamos una patria ideal, abstracta, en las superficies uniformes é infinitas de la mente soñadora, sin poner en nuestros planes una levadura de vida y humanismo que en la vida y en la humanidad los encarnara... Eso se ha reflejado dentro.

Hoy mismo, la sed de kilómetros cuadrados, tan científicamente ridiculizada por el eminente sociólogo ruso Novicow, pesa más en nuestra alma que las ansias de cultura y de riqueza. Tenemos idea clara del territorio amplio y sintético, no conciencia plena del territorio propio y necesario, para nuestro vivir racional y social. De ahí que, amando tanto la

patria territorial con estúpido amor abstracto, sea España el pueblo de Europa que en menor cantidad posee economía nacional. La intolerancia religiosa de judíos y católicos españoles, en empresas de proselitismo dogmático para persuadir y sumar conciencias á la causa, conviértese en tolerancia económica en nuestras grandes empresas de ferrocarriles. Un judío de París y un católico de Barcelona son los que principalmente mangonean en la primera de España. En 504.552 kilómetros cuadrados, para circulación de hombres, de mercancías y de pensamientos, sólo hay 115.024 kilómetros de vías férreas, tranvías, carreteras, caminos vecinales, telégrafos, teléfonos y cables submarinos. Francia, con 32.000 kilómetros de territorio más que España, tiene un sistema circulatorio casi seis veces superior al nuestro. Ascende á 663.223 kilómetros, correspondiendo á cada kilómetro de superficie más de un metro lineal de comunicación. En España, en cambio, sólo tenemos por cada cinco kilómetros de territorio uno de vías. Allí, la proporción entre la vía circulatoria y la superficie territorial es de $\frac{1}{1}$; aquí, de $\frac{1}{5}$. Pero como la población de España es casi dos veces menor que la de Francia, resulta que para que hubiese proporción entre la facilidad de los medios circulatorios de los dos países (teniendo en cuenta que la población que vive en territorio poco poblado necesita más facilidad que el de población numerosa, para conseguir un mismo *tonus* demográfico), el nuestro habría de tener, por cada kilómetro de superficie, 1,43 de vías de comunicación. A igualdad de población, necesitamos hoy 700.000 kilómetros de vías sobre el territorio español; pero como la población ha de crecer también gradualmente, puede decirse que, en realidad, España, para compararse con Francia en un breve período de cuarenta ó cincuenta años, ha de aumentar sus medios circulatorios en 400.000 kilómetros de vías férreas, teléfonos, telégrafos, carreteras, caminos vecinales y cables submarinos, distribuidos en proporción conveniente. El problema fundamental para acrecentar nuestra sociabilidad, ha de consistir en dotar

á España de un sistema vascular de que carece. Hay que hacer patria, no con la imaginación y dando rienda á bélicos instintos de conquista, sino con la mente y con los brazos, moldeando el territorio á imagen y semejanza de nuestras necesidades colectivas, esclavizándolo á nuestro esfuerzo, adaptándolo á un vivir á la europea. Este sistema arterial ha de ser á la moderna, abandonando el rutinario plan de carreteras nacionales y provinciales, supervivencia cara é inexplicable de los medios de comunicación de Roma en nuestra época industrial; dotándole de elementos íntimamente coordinados y no antagónicos; procurando que el camino vecinal sea un afluente de la carretera; la carretera, del ferrocarril; y el ferrocarril, de un gran puerto comercial ó de una gran arteria continental. Para que España logre una completa sociabilidad, es preciso que sus 9.000 municipios puedan vibrar al unísono del corazón nacional. Cuando las grandes noticias de que la prensa es mensajera llegan á los ámbitos rurales de la nación, murieron ya en el olvido en Madrid, Barcelona, Valencia, Bilbao y Sevilla. La vida mental y emocional, que son dos grandes elementos de sociabilidad, se reparten muy desigualmente en España, donde se ven manifestaciones esporádicas de sociabilidad pletórica, pero no un espíritu social uniforme, no un mismo tono de sociabilidad. Los elementos nodales de la cuerda son más numerosos que sus puntos vibrátiles. Hay que suprimir los nodos para que exhale una sola vibración.

La sociología contemporánea ha comprendido perfectamente el gran papel que los elementos iteradores representan en la sociabilidad de un pueblo. De su cantidad y calidad puede colegirse la perfección de aquélla. En España ha llegado el misoneísmo respecto de los medios de comunicación, á que ciertos pueblos rurales otorgasen fuertes subvenciones para impedir que por ellos se trazasen las vías férreas. Muy recientemente también, en Navarra, han explotado odios contra el maquinismo agrícola, manifestándose el fanatismo en tales términos, que la horda rural destrozó una máquina

que para trillar cereales ensayaba gratuitamente un comisionista de casas alemanas. Inglaterra, en pocos minutos, puede comunicar con colonias que distan doce ó catorce mil millas de Londres; y España necesita horas y días para un despacho telegráfico enviado desde la capital de la nación á cualquier pueblo de la Península que diste de ella algunos centenares de kilómetros solamente. Desde Vigo á Barcelona, el transpeninsular, en un recorrido de 1.400 kilómetros, precisa, por lo menos, dos días. Nueva York, que dista de San Francisco de California cinco veces más, lo hace en la mitad de tiempo, proporcionalmente á la distancia. Los vapores de nuestras grandes compañías trasatlánticas emplean mucho más tiempo en sus itinerarios que los de las alemanas, y el precio del flete es dos veces mayor. La velocidad de nuestros trenes es aproximadamente la mitad de la de los europeos. La estructura de nuestras redes y vías de irradiación es más adecuada para un territorio de un millón de kilómetros cuadrados, que para el nuestro, que apenas pasa de la mitad. La prensa de Berlín se lee en Alemania, y la de París en toda Francia, á las pocas horas, y á lo sumo al día de salir de las rotativas de la capitalidad. La prensa madrileña necesita para llegar á pueblos que no distan de la capital más que 500 kilómetros, cuatro días por lo menos. Nuestra prensa de gran circulación tiene mejor servicio telegráfico internacional que nacional. El teléfono es entre nosotros todavía un juguete caro, y el automóvil un artículo de *sport*. Tiene razón Desmoulins al decir que el camino traza la civilización.

*
* *

Tal vez sea el ambiente el que más influya en la mentira convencional aquí estudiada. Por eso, sin dedicarle la extensión que exige su trascendencia, hay que analizarlo con algún detenimiento.

En realidad, no poseemos los españoles un medio social uniforme y homogéneo. Hay multiplicidad de medios que ori-

ginan diversas adaptaciones. Mirados desde afuera, es decir, desde un medio social completo, presentan un aspecto. Observados desde dentro, es decir, cuando el observador está abismado en ellos, la perspectiva varía. He aquí, pues, dos métodos que mutuamente se completan, pero que un español no puede adoptar.

El que por algún tiempo ha vivido plena vida europea, y de repente se traslada á nuestra sociedad española, escucha dentro de sí el sufrimiento doloroso experimentado por su «yo» social, que, moldeándose por presiones constantes del ambiente libre, se deforma ó se disgrega en un vacío horroroso. Aquí no tenemos un medio integral. El pensador respira atmósfera de cultura en los ambientes franceses, italianos, ingleses ó alemanes. El alma sinceramente religiosa repliégase en sus reconditeces, huyendo del mundo y haciendo en torno suyo un vacío que mata las relaciones sociales más fuertes. Nuestra vida literaria no ha enraizado todavía en la ciencia, ni ésta se ha tallado ropaje estético, porque el cerebro del pensador y del artista se odian y detestan. La sociedad anónima para las explotaciones industriales, y la sociedad nominativa para juegos y recreos, carecen de vida de relación. Son pequeños mundos con órbitas propias trazadas á capricho, sin un plan universal que las presida para impedir choques mortales en su marcha. Cuando uno respira estos distintos ambientes tan próximos y tan distantes á la vez, padece lo indecible. Es como pulmón propenso constantemente á neumonía, en atmósfera cuyas temperaturas diversas se suceden con brusquedad vertiginosa. De la misma manera que existe una conciencia colonial en las primeras manifestaciones esporádicas de la vida psíquica del niño, y una sociedad colonial en las ínfimas especies de la escala zoológica, obedeciendo una y otra á medios homogéneos y distintos, yuxtapuestos, pero no integrados, así también en las sociedades anormales, como la española, los grupos que la constituyen viven juntos, sin convivir jamás. Pedid á un comerciante datos acerca de las

transacciones y precios de otro del oficio que tenga su clientela en distinto lugar, y no os responderá; á un universitario sobre los métodos de enseñanza de todos los demás que profesan la misma materia que él en España, y se encogerá de hombros en una actitud que oscila entre la superioridad y el menosprecio. En cambio, podrá encontrarse al día sobre el estado de su especialidad en Europa. Para él su proceder tiene explicación; pero no para España, donde la ciencia ha de ser un factor importantísimo de sociabilidad. Tal es la fuerza del medio elemental que, gravitando sobre nuestra individualidad, la tuerce ó la disloca, según sea su estructura. No tenemos suficiente poder de inhibición para sustraernos á él, ó de reacción para reobrar sobre él. El intelectual que vive mucho tiempo entre hombres rurales, ve desvanecerse en su alma un día y otro día, con perezosa inercia, la fábrica potente de mentalidad que con su esfuerzo construyó. El hombre del campo, de alma sana y corazón entero, al vivir en ciudades que, siendo nuestras, son exóticas porque pertenecen al pasado, ó á un presente ultrafuturo para nuestra población rural, mira con dolor frustrados sus propósitos de laboriosidad, de economía y buen sentido.

Al entrar en Madrid se pierden, como dice un amigo mío, dos nociones fundamentales: la de la *moralidad* y la del *duro*. Y todo esto procede de la gran dificultad que existe para poder intervertir los medios fundiéndolos en uno superior. Cuanto más disten entre sí en calidad, aun coexistiendo próximos ó juntos, más difícil será la consolidación. El injerto sólo puede hacerse cuando se dan dos savias semejantes, y éstas se logran con voluntad y con poder. De un pueblo como el escocés, que ha vivido tanto tiempo entre rocas abruptas, mirando un cielo siempre gris, tonificado por las brumas del mar y las nieblas de los lagos, ha surgido una ciudad eminentemente industrial como Glasgow, otra genuinamente intelectual como Edimburgo, y una pléyade de precursores de la lírica moderna, que busca dentro del alma, previamente nutrida de ideas y

emociones, los profundos reflejos del mundo, producidos antes por lentejuelas y oropeles de insubstancial retórica y de trabajosa rima. Es porque el hombre, al conjugarse con el medio, ó triunfa de él ó se esclaviza á él. Y al querer convivir en medios múltiples, ó los abraza en uno solo ó no consigue jamás la finalidad deliberada. De la misma manera que en el suelo territorial hay que establecer vértebras y arterias, abrir caminos y abrazar campos y ciudades, en el suelo y el subsuelo de nuestro espíritu colectivo ha de germinar primero la preciosa semilla de la solidaridad española, abriéndole profundos surcos y fáciles vías; para que en nuestra alma nacional se consolide un ambiente uniforme de convivencia espiritual, de amor y tolerancia, de piedad y de fe. Estas fuerzas, al hacerse conjuntivas, harán irrumpir de la incertidumbre un ideal iterador; del campo de las medianías, la planta del superhombre; del vivero de los odios, la reconciliación fraternal; de nuestro espíritu polémico y dogmático, un estimulante escepticismo; de los campos incultos y de las tierras vírgenes, madres de ubérrima fortaleza, amorosamente fecundadas por el trabajo del hombre, redimido de miserables patrimonios, tristes herencias y presentes dolorosos, y conscientemente restituído á una naturaleza más íntima, más propia, más suya, amándola sin egoísmos, trabajándola con fe en su obra, y descansando en la esperanza de sus dones inacabables.

ELOY L. ANDRÉ

LOS TÚMULOS REALES DE LA CAPILLA MAYOR

EN LA CATEDRAL DE TOLEDO

A la majestad, á la grandiosidad y al enriquecimiento deslumbradores con que á través de los hierros de la hermosa reja de Villalpando se muestra la incomparable y solemnísimá *Capilla mayor* de la Catedral de Toledo, después de la reforma por el insigne Cardenal Cisneros ideada,—contribuyen poderosamente, á uno y otro lado del suntuoso presbiterio, los túmulos reales que la decoran y enaltecen.

Convertidos en elementos de decoración respecto del conjunto de la *Capilla*,—en aquel superior concierto á que todo en ella armoniosamente, por lo general, se subordina, parecen hoy cual notas indispensables, cuya falta habría de advertirse desde luego, y cuyo concurso habría de ser imperiosamente reclamado por el monumento mismo. Y sin embargo: tema obligado fueron y elemento en realidad extraño, como independiente, del cual no había necesidad en la estructura de la *Capilla*, siendo obra del talento artístico de Pedro Gumiel ó de Enrique Egas, la de fundirle allí y darle al par representación adecuada y propia, en medio de todos aquellos otros elementos con singular destreza utilizados, que excitan por sí el interés y la atención individualmente, y que se combinan gallardos y se auxilian vistosos, sin desentonar jamás, aun á despecho de la diversidad de relaciones á que en su génesis se condicionan.

Porque, identificado íntima y sustancialmente con el ca-

rácter general de la *Capilla*, no se ofrecen y presentan en ella los túmulos reales como cuerpo allegadizo, del cual ha de ser dado prescindir, sin que experimente aquélla trastorno, alteración ni quebranto, según en realidad acontece con los suntuosos é interesantes túmulos reales que, sobre el lienzo absidal, y flanqueando el retablo mayor, con soberbia elegancia magnifican el crucero de la iglesia en el famoso histórico *Monasterio de San Salvador de Oña*, que á la provincia de Burgos corresponde. De condición distinta, bien que poco más ó menos de la misma época, los de la Catedral toledana integran, por así decirlo, el conjunto soberano de la *Capilla*, formando parte inseparable de ella, mientras los del *Monasterio de San Salvador* citado pueden perfectamente ser de allí removidos, sin que su desaparición se advierta, ni por ello padezca el monumento en la unidad de su decoración ni en la de su estructura.

A la una y otra parte del grandioso retablo, dando transparencia en la del presbiterio á la *Capilla mayor* de la Santa Iglesia Primada, y profusamente decoradas las concéntricas archivoltas, rásgase gallardo un arco ojivo, de construcción antigua, correspondiente á la que fue *Capilla real*, llamada un tiempo *de la Santa Cruz*, y que, fundada como regio panteón por el hijo ingrato de Alfonso X, según se afirma, era incorporada á la *Mayor* en virtud de la reforma del Cardenal Cisneros. Hasta ellos, cortando en la perspectiva el machón más interno de cada uno y apoyándose en él, llegan con sus filigranas las historiadas aletas del retablo referido; y aunque trasladada en 1498 á la particular del arzobispo Díaz Palomeque ó *del Espíritu Santo* la que se dijo *Real y de los Reyes Viejos*, — respetando no obstante la voluntad de Sancho el Bravo, dió Cisneros para memoria en tan preferente sitio de la *Capilla mayor* digno lugar como de enterramiento á algunos de los personajes de regia estirpe que en aquélla figuraban.

Encomendada sin duda la reforma general de la *Capilla* á Pedro Gumiel ó Enrique Egas, pues no es cosa ésta debida-

mente determinada en los autores, y penetrado quienquiera que fuese del pensamiento del insigne Prelado, supo con arte singular y notorio acierto transformar convenientemente para el objeto pretendido aquellos dos erguidos arcos, dándoles las condiciones adecuadas. Tres zonas ó cuerpos diferentes se reparten vistosos la altura de los arcos á que aludimos: constituye el primero y más inferior otro de escasa elevación y por extremo rebajado, el cual nace en doble proyección de los junquillos que le flanquean, se entreteje con la prolongación rectangular de los mismos, y en ella, como en propio *arrabaldá* que le encuadra, aparece comprendido é inscripto, no sin que bordeen los espacios intermedios de los salientes junquillos elegantes trepados y cardinas. Lleva el del lado de la Epístola, y no el opuesto, calado festón colgante de graciosos enlaces curvilíneos, fingiendo ambos en el interior estrecha bovedilla de cruzados nervios, y presentando en el centro del fondo del muro tres huecos cuadrangulares, adintelados y simétricos, con elegante decoración arquitectónica, en la cual las cruces emblemáticas del cardenal Mendoza se destacan, cerrados dichos huecos por doradas rejas, que descubren á través de los hierros el espectáculo esplendente de la *girola*.

Sirve este primer cuerpo, así dispuesto, como de basamento y estribo al segundo, más principal y más rico, en toda su longitud cortado, según notamos arriba, por las aletas del retablo. Fórmase por cierta manera de arco sepulcral, escarzano, de altura asemejable al inferior, aunque de menor latitud, ornado por gallardo curvilíneo festón colgante, resaltados junquillos, orlas de cardinas en relieve, y decoración de imaginaria con laboreadas repisas y filigranados doseletes, la cual sigue en su desarrollo el movimiento generador de la archivolta. No íntegra, por desventura, entre tal decoración aparece un ángel presentando pequeño escudo, cuyas armas, primitivamente allí pintadas, ha borrado sin duda el tiempo, y en pos y sobre este arco escarzano y sepulcral, surge el tercer cuerpo arquitectónico, que, aun siendo fruto de las postrimerías oji-

vales, es aquí del mejor efecto por su riqueza y su transparencia, y sube sin desentonar hasta la clave del arco en cuyo vano los tres cuerpos mencionados se espácian y desenvuelven.

Compuesto se halla por el conopio sobrepuesto, calado y con brotes del arco sepulcral de la segunda zona, é inscripto en los también calados lóbulos del trébol que de la periferia de aquél arranca, y con el cual se enlazan, entre erguidas agujas decorativas, otras secciones de círculo, que marchan en dirección encontrada y al gusto decadente de la época, fingiendo cierta especie de nudo, en el cual han creído descubrir algunos la «manera arábica». Sobre el lóbulo central del trébol mencionado, dos esbeltas agujas de junquillos, á la una y otra parte reforzadas y contenidas por laboreados ligeros botareles ó estribos que apoyan apiramidando en las agujas externas laterales, suben paralelas y ornadas de trepados á la altura, encajando en ellas piramidal calado baldaquino, á modo de filigranada marquesina, que se eleva hasta superar la clave del arco ojivo, en el que toda esta decoración figura.

Al medio así, hácese calado y gracioso templete, cuyo vano ocupa una efigie tallada en piedra y levantada sobre su repisa córrespondiente, acompañada de otras de menor tamaño, y en condiciones de exposición asemejables, ya colocadas á los lados del templete referido sobre salientes brazos, ya en los espacios practicables que hay entre las agujas, y en cuyo número figuran dos ángeles en pie, presentando sendos escudetes, uno de ellos, el de la derecha del monumento, timbrado de regia corona, y el otro desprovisto de ella, y en ambos, berradas por el polvo y el lapso de los siglos, las empresas que ostentaron, y ya por último, ángeles que abren las blancas alas en aquella elevación, plantados sobre las agujas indicadas. Florones, lazos, mameles, estatuillas, cresterías, brotes, relieves, y diversos motivos más ornamentales, de exquisita labor, y bien dispuestos dentro de su género, contribuyen brillantemente á la aérea decoración de este bello coronamiento, cuyas líneas giran y se cruzan y combinan vistosas como obra deli-

cada y de menuda orfebrería, ayudando finalmente á la riqueza del conjunto, ya en el paramento del muro, y hasta la volada imposta del cuerpo de entrelazados arquillos del *triforio*, los pintados brotes y el pintado grumo del grande arco superior, cuyas enjutas adornan, con igual procedimiento, caprichosos medallones, que apenas á aquella altura se distinguen, mientras adosan á los machones sendas estatuas en pie, que la decoración inagotable complementan.

De tal suerte aparecía prevenido y dispuesto el lugar en el presbiterio destinado para los túmulos reales, cuando en 1504 quedaba terminada la obra majestuosa del retablo, en que, bajo la dirección de Diego Copin de Holanda, habían trabajado á porfía imagineros, entalladores y pintores extranjeros y nacionales. Satisfecho debió estar Cisneros de Copin al darle el encargo de labrar los monumentos sepulcrales y al entregarlos, cual se asegura, aquel artista en 1507 pintados y dorados por Juan de Arévalo; pues compenetrándose del ambiente que en la decoración total de la *Capilla* se respiraba, logró diestra y discretamente hacer de aquéllos un motivo más de ornamentación, que resulta en realidad, y según arriba insinuamos, de tal manera indispensable en ella, como para que no se conciba integrada ésta sin el concurso de los túmulos reales á que aludimos.

De carácter, pues, predominantemente ornamental y conmemorativo, dos á dos ocupan escalonados el segundo de los cuerpos arquitectónicos que se reparten, cual dijimos, la altura de los vanos en los dos grandes y ojivos arcos, por los cuales se muestra flanqueado el retablo. Consta cada uno de los túmulos de arca ó urna sepulcral, destinada en apariencia á guardar los restos mortales del personaje para quien fue entallada, y estatua ó bulto yacente, arcas y bultos labrados unos y otros *en madera* (1) acaso por Copin, conforme se deduce del

(1) Noticia es ésta que sin dificultad facilitan á quien lo pregunte los sirvientes del templo, quienes por razón del oficio han tenido y tienen

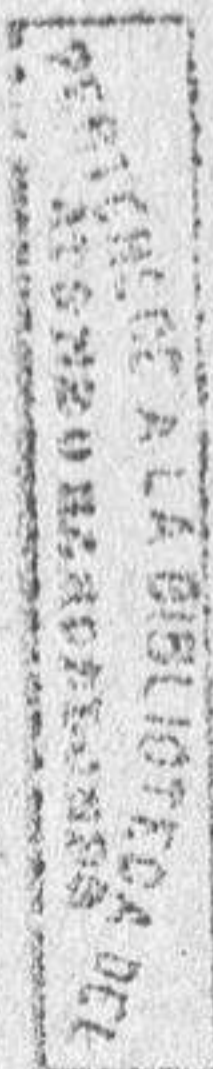
testimonio de los escritores, y pintados y dorados por Arévalo (1), sin que haya nada en los túmulos que consienta seguir afirmando, como hasta el presente ocurre, sean los mismos que existían en la antigua *Capilla real*, allí trasladados y acomodados de orden de Cisneros (2).

Análogos, casi iguales en la disposición, en la estructura y en los adornos, muéstranse los frentes rectangulares de las urnas inferiores, en el monumento sepulcral de cada lado, enriquecidos, entre otros relieves que los decoran, por dos escudos cada uno de ellos, tallados y pintados, con dos ángeles tenantes, respectivamente. De proporcionada elevación las arcos,

ocasión frecuente de advertir la materia en que fueron los túmulos labrados.

(1) Todos los que han escrito acerca de los túmulos reales, á excepción de Parro, guardan prudente reserva en orden á la materia en que están labradas las estatuas y las urnas. El autor de *Toledo en la mano* afirma, por terminante modo, no obstante (t. I, pág. 111), que son *de mármol*.

(2) Dejándose llevar de autores más antiguos, el de la *Toledo Pintoresca* primero, en 1845 decía: «Existían los sepulcros tales como hoy los vemos», y fueron colocados donde están por Diego Copin de Holanda, añadiendo que las estatuas son «de un mérito superior á lo que podía esperarse de los tiempos en que se esculpieron» (pág. 28). Parro (t. I, página 109), más explícito, escribía en 1857: «Las urnas cinerarias, con sus estatuas, son las mismas que tenían los antiguos sepulcros de estos personajes en la capilla de Santa Cruz ó Reyes viejos; y para los tiempos en que se hicieron, son las estatuas de un mérito muy superior»; Rodríguez Miguel (*Guía del viajero en Toledo*, pág. 57) expresaba en 1880: «Las urnas y las estatuas son las primitivas»; Quadrado y Lafuente (*Toledo*, tomo III de *Castilla la Nueva*, pág. 196) decían en 1886: «Existentes ya en la antigua capilla (las urnas y las estatuas), probablemente datan de su fundación las más, y ninguna más abajo de la primera mitad del siglo XIV: bien que el arte, al esculpir las estatuas tendidas sobre la cubierta, se esforzó en vencer con notable brío la rudeza entonces dominante». El vizconde de Palazuelos, por último, en su *Guía* de 1890, hacía presente, siguiendo la tradición, que «estas cuatro estatuas ya existían en la antigua capilla real de Santa Cruz, no habiéndose hecho sino ajustarlas á su adecuado lugar en la hermosa obra de Copin de Holanda» (pág. 68). Como se advierte, pues, unos á otros, y por respeto los posteriores á los que les precedieron, han repetido lo mismo, sin detenerse á examinar ni las urnas ni los bultos, que son obra conocidamente contemporánea del retablo, con el cual pudieron compararlos para convencerse.



la del tímulo del lado del Evangelio tiene los escudos partidos, y por empresas un águila negra, pasmada y de dos cabezas, llenando sola el cuartel de su derecha, y las armas reales de castillos y leones en los cuatro cuarteles que el de su izquierda se dividen. Oblicuada, para su mejor perspectiva, y colocada de suerte, como todas, que parece contemplar el retablo,—en aquel lecho funerario descansa colorida, varonil estatua yacente, cuyos contornos se dibujan sobre el frente de la urna superior del monumento.

De tamaño mayor que el natural, de buenas proporciones, tallada con manifiesto esmero, y toda ella revelando la eficacia de la transformación artística de su tiempo, que no es dable confundir, como se ha hecho con los anteriores,—envuelta aparece en los bien entendidos pliegues de amplio y señoril ropaje, que hasta los pies alcanza sin cubrirlos, pues apoyan en rojizo león emblemático, el cual algún tanto desentona del conjunto. Sobre blancos labrados almohadones reposa la viril y venerable cabeza, destacando en ellos la rizada melena que hasta el cuello baja en ondulante y ordenado bucle, y la dorada corona *gemmata* que ciñe las sienes del sepulcral simulacro, y su regia condición proclama. Pronunciadas, enérgicas y regulares, la paz y la majestad respiran al propio tiempo las rígidas fácciones de aquel semblante, de blanco pintadas como la lengua y puntiaguda barba, sin duda para simular así el alabastro ó el mármol en que á primera vista parece en su totalidad esculpida la figura, la cual, con apostura solemne, tiene ambos brazos tendidos para cruzar las musculosas y fuertes manos sobre la región abdominal, que no tocan, porque colocadas estuvieron encima acaso de la espada de que en la actualidad carece el bulto, si es que lo hubo de consentir el pliegue del ropaje que se eleva precisamente en aquel sitio. Lleva al cuello, y sobre el pecho pendiente, resaltado collar, cuyos eslabones recuerdan por modo ostensible los del Toisón de oro; amplia túnica de fimbria dorada con labor en relieve, y la esclavina labrada, de cuyos ápices pende, á cada lado, una borla.

Desbarbada, también con regia áurea corona *gemmata*, si bien más estrecha; cabello partido, melena recogida, facciones finas, pronunciadas y salientes; demostrando virilidad y fortaleza; en igual disposición, y con las propias condiciones tendida que la precedente; como ella falta de espada bajo las cruzadas manos; con los pies apoyados en otro león simbólico rojizo; vestida de análoga manera, y afiblado el manto que se recoge por bajo de la figura,—en el lecho superior, que finge ser rectangular urna cineraria, y llena labor del Renacimiento, yace otra estatua sepulcral, interesante como todas y como todas mayor que el natural, y obra quizás de la misma mano. Vivamente coloridos decoran el fondo del arco sepulcral para ambos labrado, tres grandes escudos de armas, agrupados y correspondientes sin duda á los dos personajes representados en los túmulos. Plano, partido y timbrado por real laboreada corona, ocupa, con mayores dimensiones el sitio de preferencia en jefe y al medio, el que ostenta por armas un águila negra, de una sola cabeza, en campo amarillo, dentro del cuartel de su derecha, y las reales de castillos y leones en cuatro cuarteles á la izquierda, siendo de castillos y leones sólo las armas cuarteladas de los otros dos blasones convexos que el anterior flanquean y acompañan, los cuales llevan también real corona por término y remate.

Por idéntico modo, y con sujeción á estrecha simetría presentados los túmulos del lado de la Epístola — mientras figuran en los escudetes de la urna del inferior, y destacan en los tres grandes escudos del fondo del arco las armas reales de castillos y leones, otras dos estatuas yacentes descansan sobre los fingidos lechos sepulcrales. Vestido burdo sayal franciscano, que ciñe al cuerpo anudada cuerda, desnudos los pies, esculpido con arte, doblado el brazo derecho sobre el pecho y tendido el izquierdo, falto de algún otro atributo y fracturada la mano derecha, por donde las vetas de la madera se distinguen,—deja caer la cabeza sobre los blancos almohadones el bulto del cuerpo bajo, diseñándose la rigidez de sus

facciones, blancas como en los demás simulacros, sobre el conjunto vagamente colorido del monumento. Desbarbado el semblante, lleva la cabellera partida al medio y recogida en rizosa melena, sujetándola estrecha diadema de oro: todo en esta figura respira paz y mansedumbre, todo unción y recogimiento, pareciendo que en la mano derecha hubo de tener colocado quizás un crucifijo como complemento.

Varonil, desbarbada, tocada del mismo modo que su compañera, y cual ella ceñida áurea diadema sujetando el cabello, la estatua yacente del cuerpo superior viste larga túnica ó balandrán, con orla de oro, bajo la cual asoman los pies, que apoya en otro león rojizo, cayendo sobre los hombros, fileteada de oro, la esclavina. No tiene espada tampoco, y sus facciones, pronunciadas y regulares, parecen reproducir las del simulacro del túmulo inferior, y las del que en el superior de la parte del Evangelio se muestra, con lo cual se autoriza como verosímil el supuesto, ya arriba apuntado, de que fueron las cuatro probablemente obra del propio artista. En el espacio intermedio de una á otra estatua, y en sitio no visible desde el presbiterio, vulgar cajón abierto descubre en su interior un cráneo y varios otros humanos restos, de los cuales debe estar lleno sin duda.

Tales aparecen hoy, apagados en el conjunto los matices de figuras y relieves que ofrecen uniforme tono blanquecino, los túmulos reales, en aquel tan principal como señalado sitio de la *Capilla Mayor* en la insigne Catedral toledana. Respecto de la identificación de los personajes representados en las estatuas yacentes examinadas, no se hallan de total acuerdo los escritores, y empresa no del todo fácil es, en realidad, y que ha dado motivo á manifiestas fantasías y errores. Hacen aquéllos constar cómo la piedad de Sancho IV movía el corazón de este príncipe á labrar para regio panteón en la santa Catedral primada egregia *capilla*, á espaldas de la *Mayor*, con la advocación, según afirman, *de la Santa Cruz*, á la que dijeron desde el siglo xv, con corta diferencia, *de los Reyes Viejos*;

que á aquel lugar llevó los restos del grande Alfonso VII y de Sancho III *el Deseado*, y que allí recibió él cristiana sepultura en 1295, al lado de los enterramientos de sus dos tíos, ambos arzobispos toledanos, el infante don Sancho de Castilla, hijo de Fernando III y doña Beatriz de Suavia, muerto en 1261, y don Sancho de Aragón, hijo de Jaime I *el Conquistador* y hermano de la reina doña Violante, muerto en la vega de Martos en 1275 á manos de los musulmanes, habiendo sido, para mayor honra, allí inhumado también aquel destronado descendiente de Alfonso Enríquez de Portugal, Sancho II, apellidado *Capelo*, á quien daba Toledo cariñoso hospedaje en vida y muerte, y á cuya memoria va la de ciertas obras de *Santiago del Arrabal* unida.

Asegúrase, igualmente, que en aquel panteón, destinado sólo para personas de regia estirpe, Alfonso XI, por último, mandaba sepultar los mortales restos de uno de los hijos que tuvo con doña Leonor de Guzmán, llamado Pedro y fallecido de ocho años, resolución que á nadie extrañó, aun tratándose de un hijo adulterino, añadiendo que aquel á quien dan gratuita é ilegalmente nombre de «infante D. Pedro» fue conocido por el apellido de Aguilar, cuyo señorío tuvo, así como los de Pernia y Liébana (1).

No son grandes ni todo lo expresivas que fuera de desear las noticias relacionadas con la fundación atribuída á Sancho IV, que Fernán Sánchez de Tovar consigna en la *Crónica* de este monarca, donde afirma que, fallecido el príncipe en Toledo «martes veinte é cinco días del mes de Abril [de la era 1333, año 1295 de la Encarnación], después de la media noche pasada..., el arzobispo don Gonzalo [García Gudiel], con toda la clerecía, é con las órdenes é todos los grandes omes, tomaron el cuerpo... en la mañana [del miércoles 26] é leváronlo á la iglesia de Santa María de Toledo...» «É el arzobispo dijo luego la misa, é desde que la ovo acabada, *enterraron el cuerpo*

(1) Parro: op. cit., t. I, pág. 111, nota, tomándolo de Salazar y Mendoza.

en el monumento de piedra que él (el rey) mandára facer en su vida, cerca del rey don Alfonso, emperador de España» (1).

De las palabras del cronista, rectamente interpretadas, dedúcese que don Sancho tenía dispuesto su enterramiento en la Catedral toledana; y aunque no se indica en este pasaje ni la advocación de la capilla, ni el lugar que en la Santa Primada Iglesia ocupaba, nada hay que se oponga á que estuviese detrás de la que para *Mayor* se tenía proyectada desde un principio, constandingo, además, por la *Crónica* de Alfonso X, que era aquélla denominada *de los Reyes*, y que en ella, con el cuerpo del glorioso vencedor de Aurelia, yacía el del destronado monarca portugués Sancho *Capelo* (2). No debía, con todo, ser de gran suntuosidad el *monumento de piedra*

(1) *Crónica*, cap. XIII, pág. 90 de la ed. de la *Bib. de Aut. Españoles*, tomo LXVI. En la *Crón. general* escrita el año 1404 y que, perteneciendo á la librería de Vindel, ha examinado recientemente D. Ramón Menéndez y Pidal, en el capítulo correspondiente se lee con respecto á Sancho IV: ... «et morreu enna era de mill e trezentos xxxij^o años enno mes de abril, et enterraronno en Tolledo a par do enperador don Afonso enna igllesia de Santa María da see» (*La Crónica General de 1404*, art. publ. en el n.º de Julio de 1903 de la *Rev. de Arch. Bib. y Museos*, pág. 48). Por lo demás, la *Crónica* no dice ni que Sancho IV fundase el panteón, ni que á él llevara los cuerpos de Alfonso VII y de Sancho el *Deseado*, limitándose á consignar que el sepulcro en que fue enterrado lo había él mandado hacer en vida. No se olvide que la fecha de la labra de la *Capilla mayor* no puede más allá del siglo XIV remontarse, en su parte más antigua.

(2) Hablando del refugio que halló aquel príncipe de Toledo, dice la *Crónica*: «É el rey don Alfonso de Castilla mantovo honradamente á aquel rey don Sancho toda su vida, é cuando finó mandólo enterrar en la Iglesia mayor de Toledo, é yace enterrado en la Capilla de los Reyes (*Crónica*, cap. VII, pág. 7 de la ed. de la *Bib. de Aut. Esp.*, tomo citado). Por el contexto de la frase parece inferirse que la *Capilla de los Reyes* existía ya en los días de Alfonso X, lo cual contraría la fundación atribuída á don Sancho; pero hay que tener en cuenta que esta *Crónica* fue escrita en los días de Alfonso XI, siendo de extrañar que Sánchez de Tovar nada diga del enterramiento del infante de Castilla, don Sancho, Arzobispo de Toledo, muerto en 1261, ni respecto de don Sancho de Aragón, también arzobispo de aquella metrópoli, muerto en 1275, de quien sólo expresa fue enterrado en Toledo (V. el cap. LXIII, pág. 51 de la mencionada edición de la *Crónica* de Alfonso X).

donde era inhumado Sancho IV, cuando,—es de inferir que en la propia capilla,—como testimonio y prueba de entrañable afecto, la reina doña María de Molina, años adelante, mandaba labrar otro *monumento* destinado á guardar para siempre los restos mortales de don Sancho, el cual monumento debía estar acabado en Abril del año 1309, era 1347, pues en la *Crónica de Fernando IV*, que el mismo Sánchez de Tovar escribía, se dice en aquella fecha que, por indicaciones de doña María, el rey, después de acordar lo conveniente para entrar «á la vega de Granada á correr los panes», dió á los «infantes, é á los ricos omes, é á todos los fijosdalgo», cita para Toledo, donde él les esperaría.

«É esta yda del rey á Toledo—expresa la *Crónica*—la fiso faser la reyna su madre *porque queria trasladar al rey don Sancho su padre en un monumento que ella mandara faser.*» «É desde que llegaron á Toledo *trasladaron al rey don Sancho en aquel monumento muy honradamente, é fué y (ahí) fecho por él aquel día muy grand llanto, é después moró y (ahí) el rey todo el mes de Abril, en que començava el catorceno año de su reynado, é bien la mitad del mes de mayo (1).*

Para mayor gloria de la *capilla* fundada por don Sancho, la reina doña María de Molina, en su testamento otorgado en Valladolid á 29 de Junio de la era 1359, año 1321, textualmente disponía: «Otro si mando que compren en Toledo ó en su término, heredamiento fasta en quantía de tres capellanías, e destas tres capellanías yo di a Estevan Suarez 9.000 maravedis de que compre heredades para las dos dellas, y la que finca, mando que compre heredad para ello, y de la renta deste

(1) *Crónica*, cap. XIV, pág. 215 de la ed. de D. Antonio Benavides (*Memorias de D. Fernando IV de Castilla*, t. I.); cap. XVI de la ed. de la *Bib. de Autores Esp.*, t. LXVI, pág. 162.—Barrantes Maldonado, en el capítulo XXXVIII de sus *Ilustraciones de la Casa de Niebla* (pág. 235 del tomo IX del *Memorial histórico español*), reproduce la noticia, escribiendo que Fernando IV, después de las Cortes de Madrid, fué á Toledo, «donde trasladó el cuerpo del rey D. Sancho, su padre, en una sepultura que avía mandado hazer la reina D.^a María, su madre».

heredamiento *que ponga en la capilla do yace enterrado el Rey D. Sancho, mi señor, tres capellanes perpetuos, que canten misas para siempre jamás por el alma del Rey D. Sancho, y que aya cada uno destos tres capellanes 500 maravedis cada año» (1).*

De los escritores que tratan de las cosas de Toledo, el canónigo Blas Ortiz, Vicario general del arzobispado, decía en el siglo XVI, hablando de los túmulos reales: «*Dextra laeva-que vetustiorum Regum deaurata monumenta altare circum-dant. Dextram occupant partem (la del Evangelio) Imperator Aldefonsus VII, necnon Sanctius Rex eius filius, cognomento Desideratus. Sinistram (la de la Epístola) verò Sanctius Rex, cognomento Ferox, et Petrus Infans filius Aldefonsi Regis, qui dicitur Guadalfaiarae accipitrix vulnere occissus» (2). Pisa, con referencia á Sancho III, escribe: «Falleció santamente en esta misma ciudad [de Toledo], en treynta y vn días del mes de Agosto, año de mil y ciento y cincuenta y ocho, donde su cuerpo fué enterrado en la yglesia mayor, cerca del Emperador don Alonso, su padre, en la capilla mayor de la yglesia, á la parte de la Epístola, junto al altar mayor» (3); y refiriéndose á Sancho IV, expresa: «Fué enterrado en la capilla real de esta santa yglesia, que solia estar á las espaldas de la capilla mayor, donde yazian el Emperador don Alonso y el rey don Sancho el Desseado, segun él mismo lo auia dexado mandado; y por ser hombre áspero de condición—añade—y para mucho, le llamaron don Sancho por sobrenombre el Brauo» (4).*

(1) Benavides, *Mem. de D. Fernando IV*, t. I, pág. 680, apéndice número XXXIII.

(2) *Summi Templi Tolentani descriptio*, cap. XVII, pág. 405, apéndice II del tomo III de la *Collectio Patrum Ecclesiae Toletanae*. En la traducción que de la obra de Ortiz hizo Alfonso de Cedillo, y que manuscrita se conserva en la *Bib. Provincial de Toledo* (págs. 194 y 195), los túmulos que el autor llama *deauratos*, aparecen allí *plateados*, y suprimido el nombre del infante don Pedro.

(3) *Hist.*, lib. IV, cap. IX, fol. 172 vuelto.

(4) *Op. cit.*, lib IV, cap. XXI, fol. 190 resto.

Ya en el siglo xvii, el Dr. Salazar y Mendoza, de quien muchos han copiado, consignaba: «Detrás del retablo (de la antigua *Capilla Mayor*) estaua la capilla de la Cruz, fundada por el rey don Sancho el Brauo, que oy se llama de los Reyes viejos». «*Están sepultados en ella los Reyes don Alonso el Emperador de España, Nieto de el que ganó á Toledo, y el primero que en ella se enterró.*» «El rey don Sancho el Deseado, hijo de el Emperador don Sancho el Brauo, su fundador, don Saancho Capelo Rey de Portugal, los dos Infantes Sanchos de Castilla, y de Aragón, y Arçobispos de esta santa Yglesia. Don Pedro, hijo de el Rey don Alonso el Vltimo, y de doña Leonor Nuñez de Guzmán, señor de Aguilar, de Lieuana, y Pernia.

»Los Cuerpos Reales—continúa—estuuieron en la Capilla de el Sepulchro, debaxo de el Altar mayor.» «*Muéstranse agora quatro Vultos tendidos, que representan al Emperador don Alonso, á don Sancho el Deseado, á don Sancho el Brauo y á don Pedro. Todos con ropas largas, y los tres, con Capillejas ó Caperucetas en la cabeça, y delante, sus Espadas, que assen con las manos. Don Pedro no tiene Espada, ni Caperuceta, sino Guirnalda, por hauer muerto muchacho de ocho años*» (1).

En otro de sus libros, escribía el mismo Salazar y Mendoza que en la *Capilla Mayor*, ya reformada por Cisneros, quedaron los cuerpos reales «de el Emperador don Alonso, de don Sancho el Desseado, de don Sancho el Brauo, de el Arçobispo don Sancho, Infante de Aragón», añadiendo después para corregirse, sin duda por haber leído á Blas Ortiz: «Al lado de la Epístola quedó el Infante don Pedro, hijo de el rey don Alonso el Sabio, y de la reyna doña Violante, Señor de Ledesma, Castel Rodrigo, Alfayates, Saluatierra, Montemayor, Miranda del Castañar, Granadilla, Galisteo, Sabugal y de otros lugares.» «Murió en Guadalajara, herido de vn Azor, año de mil y dozientos y ochenta y tres» (2). «Advierto esto—

(1) *Crón. del Gran Cardenal*, lib. II, párrafo III, pág. 371.

(2) La *Crónica de don Alfonso X* dice que murió en Ledesma el ex-

agrega, rectificando así, y sin que nadie lo haya aprovechado, lo dicho en la *Crónica del Cardenal Mendoza*—*porque creen muchos* que aquel don Pedro es hijo de el rey don Alonso el Vltimo, y de doña Leonor de Guzman, llamado de Aguilar, por que fué señor de Aguilar, con las villas de Lieuana y Pernia» (1). «También está en el altar mayor, aunque no con vulto que le represente, el Rey don Sancho Capelo de Portugal, que murió en Toledo» (2).

Ponderando Lozano las excelencias y la principalidad de los *Reyes Nuevos*, de quienes era capellán, sobre los *Reyes Viejos*, decía: «Sólo Don Alonso Séptimo (ó Octavo segun otros) de este nombre, que fué el que con autoridad del Papa Eugenio Tercero, se coronó Emperador de España, por mano de Don Raymundo, Arzobispo de Toledo... sólo este Rey, digo, hizo hazañas merecedoras del más augusto laurel... Don Sancho el Deseado, en un año solo que reynó, dió muestras é hizo cosas de Príncipe esclarecido. Don Sancho el Bravo, si no obscureciera en algo sus hazañas con el feo lunar de haverse rebelado contra su padre, pudieran escribirse en el Catálogo de los más memorables de la Europa.» «Enterráronlos, pues, á lo antiguo y á lo viejo en la Santa Iglesia, en la Capilla que detrás del Altar mayor hizo fabricar el Rey Don Sancho... con magnífico aparato, con honras muy sumptuosas; mas sin ninguna cosa de novedad que hiciesse notables sus entierros. Hasta la renta de la Capilla y de sus Capellanes—escribe con malsano regoci-

presado año de 1283 (cap. LXXVII, pág. 64 de la ed. de la *Bib. de Aut. Esp.*), y no hace mención de que fuera trasladado á Toledo.

(1) *Chronico de el Cardenal don Juan Tauera*, cap. XXVIII, págs. 161 y 162, donde concluye: «Si esto fuera, no le llamara la inscripción Infante, porque conforme á las leyes de Partida y á la costumbre de España, Infantes son hijos legítimos de los Reyes». Parece de aquí inferirse, que la suposición de estar allí el cuerpo del hijo de Alfonso XI estaba muy extendida en tiempo de Salazar, confundida la memoria del infante don Pedro, hijo de Alfonso X, con la del niño hijo de Leonor de Guzmán. No debía ser grande la seguridad respecto de los personajes representados, y así se deduce de lo que manifiestan todos los escritores.

(2) *Idem id. id.*

jo—la dexaron fundada sobre el pecho que pagaban los Judíos», añadiendo con manifiesta falta de caridad, después de hacer menuda enumeración de las rentas de los *Reyes Nuevos*: «Pero de los Reyes Viejos está tan olvidada la memoria, que apenas se acuerdan de ellos, si no es el día de la *Commemoración universal de los Difuntos*.» «Véase, pues—concluye con vano orgullo,—lo que va de Reyes á Reyes, y si son los Nuevos los más soberanos, y los de mayor renombre» (1).

El libro más antiguo de cuantos en nuestros tiempos han sido escritos, y del cual copian á mansalva juicios é indicaciones los que después le han sucedido, la *Toledo Pintoresca*, describiendo ligeramente los túmulos reales, y suponiendo son, con las estatuas, los primitivos de la *Capilla Real*, manifiesta (1845): «Al lado de la Epístola se colocaron los bultos (2) de don Sancho IV (3), llamado el Bravo, y del infante don Pedro, el cual murió de ocho años de edad; por lo que en lugar de la capiruceta que cubre la cabeza de don Sancho, adorna la suya una guirnalda.» «Al lado del Evangelio se pusieron los de don

(1) *Reyes Nuevos de Toledo*, lib. II, cap. I, págs. 74 á 76. Blas Ortiz (loco cit.) decía, sin embargo, que á los túmulos reales «todos los domingos (antes que el pueblo... tome agua bendita), un sacerdote destinado para ello les echa agua bendita»: «Quae quidem monumenta singulis Dominicis, antea quam populus, qui de more congregatur, aquis lustralis expietur, à Sacerdote, ei rei praefecto, aquis eisdem prius asperguntur: satis digna, et religiosa memoria,—añade; aequum est enim, ut defunctorum manes et reliquae, sed praesertim Regum, et Principum, quovis honore et pietate condecoratur». Por lo que hace á la intención de Lozano, parecen para ella escritos los versos de Zorrilla:

«Mas ¡ay! que habéis nacido
de estirpe cortesana,
y cortesanos torpes
de corazón servil,
adoraréis cobardes
la imagen soberana,
aunque los pies os ponga
sobre la frente vil».

(2) Por errata de imprenta dice *bustos*.

(3) Por igual causa dice *Sancho II el Bravo*.

Alonso VII, rey que había hecho á la Catedral (1) pingües donaciones, de don Sancho el Deseado y del infante don Sancho, hijo del rey Don Jaime el Conquistador» (2). Los Sres. D. Manuel de Assas y D. Pedro P. Blanco, en el *Indicador Toledano* (1851) escriben: «A los lados del altar mayor hay unos arcos sepulcrales, también del gusto florido, que encierran los restos de los *Reyes Viejos*, conteniendo, los del lado del Evangelio, las estatuas sepulcrales de *Sancho el Deseado*, *Alfonso VII* y el *infante Don Sancho*, hijo de Jaime el Conquistador; los de la Epístola, las de *Sancho IV* y el *infante Don Pedro*, muerto de edad de ocho años» (3).

Parro, con mayores pretensiones que los autores antes mencionados, y ánimo de rectificar cuanto se había hasta 1857 publicado respecto de Toledo, con Salazar y Mendoza asentada que en la antigua *Capilla Real* estaban enterrados «los Reyes D. Alonso VII, el emperador (primero que fue sepultado en la Catedral), su hijo D. Sancho, el Deseado, el fundador D. Sancho el Bravo, el infante D. Pedro, á quien dan el apellido de Aguilar, hijo del Rey D. Alonso XI y de Doña Leonor de Guzmán, el cual fue Señor de Aguilar, de Liébana y de Pernia; otros dos Infantes, Arzobispos de Toledo, y ambos llamados Sanchos, el uno hijo del Rey D. Jaime I de Aragón, y el otro del Rey San Fernando de Castilla, y de Doña Beatriz su mujer; y por último, el Rey de Portugal D. Sancho Capelo» (4).

Más adelante, describiendo los túmulos, expresa que en el del lado del Evangelio, «con el del emperador D. Alonso VII, está el bulto y sepulcro del... Infante D. Pedro de Aguilar..., así como al lado de la Epístola, con los restos y estatua de D. Sancho el Brabo, se colocaron en la otra urna los del Rey

(1) Por errata de imprenta dice *Cátedra*.

(2) *Toledo Pintoresca*, pág. 28. El autor sigue aquí á Salazar y Mendoza, en la *Crónica del Cardenal Mendoza*.

(3) *Indicador Toledano*, pág. 16.

(4) *Toledo en la mano*, t. I, págs. 76 y 77.

D. Sancho el Deseado, y junto á unos y otros, en los huecos de las ornacinas, los residuos (sin bultos) de... D. Sancho Capelo, Rey de Portugal, y de los Infantes de Castilla y Aragón, Arzobispos de Toledo, D. Sancho I y D. Sancho II» (1). Rodríguez Miguel (1880) reproduce lo manifestado en la *Toledo Pintoresca* (2), según en elegante deprecación lo hacen el docto Quadrado y D. Vicente de la Fuente en 1886 (3), siguiendo á Parro el vizconde de Palazuelos en su *Guía* de 1890 (4), y el parecer opuesto el novísimo autor de la *Breve reseña de la Catedral de Toledo* (1903), quien no menciona entre los personajes de los túmulos al don Pedro de Aguilar, hijo adulterino de Alfonso XI (5).

Descartados Sancho Capelo y los dos infantes Arzobispos, existe en casi todos los escritores antiguos y modernos unanimidad en afirmar que los cuatro túmulos ó monumentos corresponden á Alfonso VII, Sancho III *el Deseado*, Sancho IV *el Bravo*, y á otro personaje á quien primeramente llamó Salazar y Mendoza, de quien copian todos, *D. Pedro de Aguilar*, niño de ocho años, hijo de Alfonso XI y de su amiga doña Leonor de Guzmán, y luego, tomándolo de Blas Ortiz, en cuyas palabras no había reparado antes sin duda, diputó el infante don Pedro, hijo legítimo de Alfonso X y de la reina doña Violante, suponiéndole muerto en Guadalajara el año 1283, cuando falleció en Ledesma, según la *Crónica* del autor de las *Partidas*. De advertir es, sin embargo, que ni Blas Ortiz, ni Pisa, ni el mismo Lozano, hacen para nada mención del adulterino don Pedro de Aguilar, citado, por seguir la *Crónica del Gran Cardenal*, en la *Toledo Pintoresca*, en el *Indicador Toledano*, en la obra de Parro, en la *Guía del viajero en Toledo*, en el libro de Quadrado y La Fuente

(1) Op. cit., págs. 110 y 111.

(2) *Guía del viajero en Toledo*, pág. 57.

(3) *Toledo*, t. III de *Castilla la Nueva*, págs. 196 y 197.

(4) Págs. 67 y 68.

(5) Págs. 88 y 89.

y en el del vizconde de Palazuelos, hoy conde de Cedillo, ni los modernos con Pisa y Lozano, hacen mérito por su parte del infante don Pedro, señor de Ledesma y hermano de don Sancho *el Bravo*, fuera de Blas Ortiz y del mismo Salazar en el *Crónico* de Tavera.

De los cuatro bultos yacentes, sólo hay dos, los de la parte del Evangelio, que ciñan regia corona, llevando además uno de ellos un gran collar pendiente sobre el pecho. Es indudable, por ambos atributos, que el artista Copin de Holanda, si él fue el autor de las estatuas, quiso en éstas representar dos reyes; por su majestuoso porte, por lo venerable de su figura y por la luenga barba que le adorna, parece que en el simulacro del túmulo inferior de este lado, que Blas Ortiz llama diestro con relación al retablo, se pretendió personificar al glorioso emperador *totius Hispaniae* Alfonso VII, siendo de extrañar que el escultor, como símbolo expresivo, no hubiese colocado sobre el cuerpo de aquel monarca la espada, de que tan buen uso supo hacer en vida, y que le supuso el doctor Salazar y Mendoza, á cuyos ojos sin duda la corona se transformó, por arte de la fantasía, en «capilleja ó caperuceta».

El propio Blas Ortiz, y con él Pisa y Salazar y Mendoza, diputan como de don Sancho *el Deseado* la estatua del túmulo superior del Evangelio (1), agregando el último de aquellos escritores que también tenía «caperuceta» en la cabeza, y que asía la espada con las manos, lo cual hoy, por lo menos, no es cierto. Parro, pretendiendo interpretar los escudos que destacan en el fondo del presente arco sepulcral, opina respecto de esta estatua yacente de diverso modo, haciendo reparar por nota no ser «cosa fácil á un simple particular, reducido á sus propios recursos, obtener permiso para subir allí á registrar si tienen ó no todas las estatuas su espada, ó si alguna carece de ella, como dicen que sucede á la del D. Pedro (la superior

(1) Adviértase que Pisa, por error, coloca ambos monarcas «á la parte de la Epístola» (*loco citato*).

coronada del lado del Evangelio), pues la suma reverencia, agrega, que aquel sagrado lugar merece, no le hace accesible á todos, é impide el que se vaya á encaramar (como tendría necesidad de hacerlo) sobre una escalera de mano... para cerciorarse de la indicada circunstancia, por la cual tampoco se resolvería la duda de una manera satisfactoria» (1).

A juicio de este escritor, el águila de dos cabezas que aparece esculpida en los escudos de la urna cineraria del que se supone ser Alfonso VII, y que va en ellos contracuartelada de castillos y leones, es el águila imperial alusiva á aquel insigne príncipe, lo cual, pareciéndonos acertado y puesto efectivamente en razón, no contradice, ni mucho menos, sin embargo, el que por aquel símbolo, tal como se halla dibujado, se venga en conocimiento de la época, no en que se trasladaron arcos y simulacros al lugar que ocupan, sino en que fueron tallados; pues presentan tan notoria identidad y tan íntimo parentesco con el águila imperial que adorna la estatua orante de Carlos I en las figuras que mandó Felipe II labrar á Pompeyo Leoni para la iglesia del Monasterio del Escorial, que no sino copia parecen la una de la otra, en cuanto al dibujo en mucha parte se refiere, circunstancia bien reparable que, en unión con el carácter plateresco de los frentes de las urnas superiores, ha de tenerse muy en cuenta, pues obliga á pensar que las dichas urnas pudieron reemplazar en los días de Carlos de Gante ó de Felipe II, las que labró sin duda Copin de Holanda para los dichos túmulos, cuya terminación es señalada en el año 1507.

El hecho de mostrarse en el centro de los tres grandes escudos del fondo del arco sepulcral el que va partido con un águila negra de una sola cabeza en campo de oro, contracuartelada de las armas reales, es para el mencionado escritor, y para todos aún, testimonio heráldico de superior eficacia, por el cual se demuestra y acredita que aquél hubo, indudablemente, de ser el blasón del que llamó infante don Pedro, niño de ocho

(1) Op. cit., t. I, pág. 112 (nota).

años, hijo adulterino de Alfonso XI, pues era señor de Aguilar, y es sabido «que el distintivo heráldico de los señores de Aguilar es un águila negra en campo amarillo» (1). Esta afirmación, por él sentada como incontrovertible, y que admiten con el vizconde de Palazuelos otros, le fuerza desde luego á resolver, por modo definitivo, que la estatua colocada encima del túmulo de Alfonso VII, lejos de ser la de Sancho III *el Deseado*, es la de dicho párvulo, sin disputa.

Falló aquí la perspicaz y minuciosa observación de Parro, como por negligencia falla la de los escritores que le siguen y reproducen su criterio; porque, en primer lugar, la estatua es de un hombre y no de un niño; en segundo lugar, porque ciñe corona real, atributo de la Monarquía que no pudo nunca ser colocado sobre la cabeza de aquel tierno fruto de los adulterinos amores de Alfonso el del Salado, y que si lo ostenta Enrique II es porque la ambición desmedida de la nobleza por una parte, y el crimen nefando de Montiel por otra, sentaron sobre el trono ensangrentado de Pedro I al fratricida; en tercer lugar, porque figurando en el conjunto del arco la magnificente figura del glorioso emperador Alfonso VII, no era ni racional ni lógico, en sentido alguno, fuera colocado en jefe entre aquellos tres escudos el del hijo adulterino, predominando y ejerciendo por su posición, autoridad y supremacía; en cuarto lugar, porque á ser cual se pretende el referido blasón el de la casa de Aguilar, no pudo llevar nunca corona real, como la lleva, al igual que los demás escudos que le acompañan; y finalmente, porque no podía usar las armas reales el fruto de los amores clandestinos de Alfonso XI, y allí aparecen contra-cuarteladas con el águila.

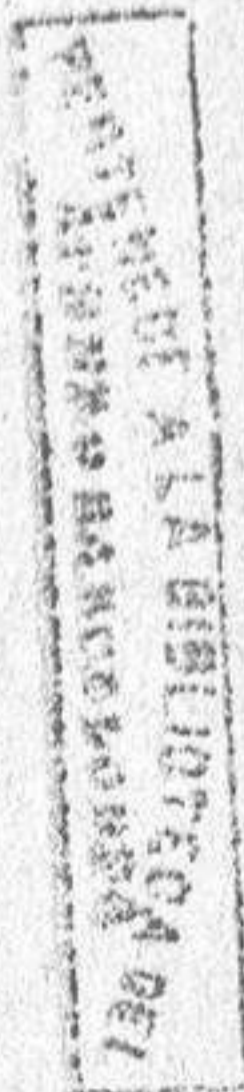
Todas estas observaciones obligan á rechazar en absoluto, como gratuita y destituída de fundamento, la afirmación solemne de Parro, á quien no pudo ocultarse nada de cuanto indica-

(1) Parro afirma que este águila tiene «una como cinta ó collar en la garganta», lo cual no es exacto; produce, sin embargo, este efecto una raja de la madera, en que está labrado el escudo.

mos, pues bien ostensible es en el monumento á simple vista y sin recurrir á medios auxiliares. Hay necesidad, por esta causa, de identificar en cuanto sea posible aquella figura, en el no demostrado supuesto de que los escudos de armas reales aludan y se refieran al emperador Alfonso VII, cuya arca decora repetido el blasón partido, con águila imperial á un lado y armas reales cuarteladas al otro. Asegúrase que en la *Capilla de los Reyes*, cuya fundación se atribuye á Sancho IV, y en la cual se ha de suponer dió Alfonso X sepultura al portugués Sancho Capelo, según la *Crónica*, fue por su linaje, sin duda, inhumado aquel don Sancho, hijo de Fernando III y de doña Beatriz de Suavia, quien falleció en 1261, siendo arzobispo de Toledo.

Notorio es que cada uno de los hijos de San Fernando usó armas distintas. Fuera de las reales, que correspondían al primogénito don Alfonso, el segundo de los hermanos, don Fadrique, si en 1256 llevaba un castillo sólo, es probable que usara después el águila de la casa de Suavia, por la parte materna, y el león por la parte del padre; de don Sancho, el arzobispo de Toledo, únicamente es conocido un sello, y como canciller y á título de electo de la Sede toledana, usó el león y el castillo, no siendo sino muy verosímil usara las armas reales por la parte paterna, y el águila por la de doña Beatriz, su madre; el infante don Enrique usó castillos y cruces, armas cuarteladas como las reales; el infante don Felipe, el castillo y el águila, emblemas de las dos líneas de que procedía, y por último, el infante don Manuel, según lo explica su hijo el insigne autor del *Conde Lucanor*, en el *Libro de las tres razones*, en «quarterones blancos e bermejos, así derechamente como los traen los reyes», «un ala de oro con una mano de ome en que tiene una espada sin vayna» en el cuartel bermejo, y un león en el «quarteron blanco».

Habría acaso podido referirse al infante don Sancho el escudo que Parro juzga de la casa de Aguilar, si se interpretase el águila como signo de la casa de Suavia, y las armas reales



como expresión de la línea paterna; y en este caso hubiera sido preciso declarar que el bulto del túmulo alto representaba al infante don Sancho de Castilla, arzobispo de Toledo; pero impide por terminante modo semejante atribución el hecho de que la estatua ciñe corona real, como dijimos, y que el escudo también la lleva, prescindiendo, que es bastante, de que fuese colocado en lugar preeminente con relación á las armas reales, estimadas como referibles al emperador en la parte alta, el escudo particular de un infante, por más que éste hubiera sido arzobispo de Toledo.

Hay, por tanto, que desechar este supuesto, más verosímil con todo que el de Parro; y aceptando el hecho de que Sancho III *el Deseado* recibió sepultura al lado de su padre el emperador, se impone la afirmación ya hecha por Blas Ortiz, Pisa y Salazar y Mendoza, de que tal simulacro lo es de aquel príncipe y no de otro alguno, y que á él son de referir los escudos de armas reales colocados á uno y otro lado del que ostenta en el cuartel de su derecha el águila. Obtenida esta conclusión, rigurosamente lógica, surge desde luego la pregunta relativa á la significación de los emblemas del escudo central, y al personaje á quien éste corresponde. Y con verdad que no son necesarios grandes esfuerzos para comprenderlo.

Basta la más somera comparación entre este de que se trata y los escudos tallados en la urna sobre la cual descansa el bulto de Alfonso VII, para convencerse, sin vacilación posible, de que los tres del fondo del arco sepulcral han sido *repintados y dorados* en época relativamente cercana, pero bastante posterior á aquella en que fueron labrados los túmulos. Ni los castillos, ni los leones, son los leones y los castillos entallados; se ve el repinte en las líneas del emblemático baluarte, y los leones, ni tienen la actitud de los del siglo XVI, ni mucho menos. Borrados sin duda por los años, por el polvo y aun por el agua bendita que los domingos arrojaba el sacerdote, según Blas Ortiz, como se han borrado los de los ángeles superiores y los del que aparece en la archivolta de imagine-

ría, encargóse la obra del repinte á quien sin poner gran cuidado ni reputar de grave la infracción, hizo lo que pudo y transformó sin conciencia el águila imperial de dos cabezas, que figuró en el cuartel de la derecha del escudo central superior, en un águila de una sola cabeza, y de representar al emperador Alfonso VII, en jefe, ejerciendo supremacía sobre Sancho III, su hijo, quedó sin expresión propia, dando origen á la errónea creencia de Parro, inadmisibile en todos conceptos.

Con traje bien distinto el uno respecto del otro, los dos bultos sepulcrales del lado de la Epístola tienen la cabeza descubierta, y ceñida á las sienes, para recoger la melena, estrecha diadema de oro, que al doctor Salazar y Mendoza y á los que le siguen pareció «Guirnalda». Circunstancia es ésta muy digna de ser advertida, pues desde Blas Ortiz sin discusión viene siendo señalada la escultura del túmulo inferior, que con el de Alfonso VII hace juego, como representativa del rey don Sancho IV *el Bravo*. Por grande que se suponga la libertad concedida al artista para la representación estatuaría de los personajes reales enterrados en la *Capilla* que se dice fundó el hijo de Alfonso X é incorporó á la *mayor* Cisneros, ha de suponerse también, en buena dialéctica, no sería tanta como para consentirle que por capricho, y contradiciendo todas las tradiciones y costumbres, figurase á aquel príncipe vistiendo humilde hábito monacal, y le despojase de la corona que supo arteramente disputar á su egregio progenitor, y arrebató contra derecho á los hijos de su hermano Fernando, los infantes de la Cerda.

Con el testimonio de las dos *Crónicas* de Sancho IV y de su hijo Fernando IV, á quien aún siguen llamando por rutina *el Emplazado*, lícito es afirmar que aquel monarca tuvo dos sepulturas ó *monumentos*: uno, el que él mismo había mandado para sí labrar en la *Capilla de los Reyes*, denominada más tarde *de la Cruz*, y otro, el que con mayor suntuosidad labró para el propio don Sancho su amante esposa, doña María de Molina, y al cual fue en Abril de 1309 trasladado el cuerpo del

mencionado príncipe; y ni en el capítulo que habla de la inhumación, ni en el que la traslación se refiere, ni en el testamento de la expresada reina, se indica por manera alguna que el cadáver hubiera sido vestido con traje monacal, como prueba de humildad y de mansedumbre. No hay, pues, razón de ningún género que autorice el despojo hecho á la figura del traje distintivo de la realeza, y menos de insignia tan expresiva como la corona, que ostentan los bultos de Alfonso VII y su hijo don Sancho *el Deseado*.

La diadema, que es símbolo é insignia propia de personajes de regia estirpe, revela, sin embargo, que aquel simulacro lo es de un individuo de la familia real, pero nunca identifica un rey. Y estas razones, que son en realidad elementales, inclinan á sospechar con vehemencia casi comparable con la certidumbre, que habiendo recibido sepultura en la *Capilla*, cual se afirma, si bien no por todos los escritores, el cuerpo de aquel infante de Castilla, don Sancho, arzobispo de Toledo, fallecido en 1261, y de quien ya arriba hablamos, pudo quizás el artista pretender representarle en este bulto, no vistiéndole en testimonio acaso de humildad los ornamentos pontificales, con manifiesta infracción de la liturgia y la costumbre, sino el tosco sayal franciscano, y dejando al descubierto sus desnudos pies, que avanzan en el espacio. No se nos oculta que para admitir semejante transformación en la figura del arzobispo hay que hacer muy grande esfuerzo; pero no es menor el que se ha de menester y se exige para admitir que aquel personaje, sin insignia regia alguna, de hábito religioso, y que por tanto nunca llevó espada, á despecho del doctor Salazar y Mendoza, que lo afirma, sea el rey don Sancho IV, «intitulado *el Feroz*», como Blas Ortiz escribe, y «hombre áspero de condición y para mucho», según Pisa.

De no ser la efigie del infante arzobispo, no hay camino para su identificación, pues ni aun es dado aceptar la hipótesis de que en ella se conmemore el destronado rey Sancho *Capelo* de Portugal, por impedirlo, primero, lo secundario de la im-

portancia de este príncipe, con relación á la historia de Castilla y á la de la Catedral; y después, porque en la hora solemne de la muerte, y en la representación sepulcral del infeliz monarca, ni hubiera sido justo ni había razón para despojarle de los atributos de la realeza, y menos para vestirle hábito religioso franciscano, en consecuencia de lo cual, repetimos, se hace, á lo menos para nosotros y con los medios de conocimiento de que es lícito disponer, imposible de decidir en orden al personaje de regia estirpe, cuyo bulto yacente fue colocado en lugar de preferencia, pues por tal ha de tomarse aquel en que se muestra, á ejemplo de lo que ocurre en los túmulos del lado del Evangelio.

Asimismo diademado aparece en la parte superior el bulto del que unos hacen el infante de Aragón don Sancho, arzobispo de Toledo, muerto en la Vega de Martos por los musulmanes de Granada el año 1275; otros, el hijo adulterino de Alfonso XI, don Pedro de Aguilar, y Blas Ortiz, seguido por Salazar y Mendoza, el citado infante don Pedro, señor de Ledesma é hijo de Alfonso X y de la reina doña Violante. Que fue de estirpe real, dícelo la diadema; y aunque por haber muerto en la guerra pudo el infante aragonés don Sancho con manifiesta é incomprensible libertad ser en traje seglar representado, no es esta razón superior que justifique ni cohoneste el que no aparezca revestido de pontifical, según parecía más propio; pero de todas maneras, muy de extrañar es que en los escudos del fondo del arco sepulcral no figuren las armas aragonesas, propias del difunto, omisión que sería inconcebible é imperdonable si, con efecto, aquel simulacro lo fuera del referido infante.

No gozaba, conforme á las leyes de Castilla, de categoría semejante el don Pedro de Aguilar, á quien la estatua es también referida; y aunque esto se suponga, sobre todo cuando reinaban los descendientes del bastardo ó, mejor, adulterino Enrique II,—como quiera que don Pedro de Aguilar era muchacho de ocho años á su fallecimiento, no era dable se le re-

presentase con cuerpo de hombre llegado á la edad viril, por lo que se hace preciso descartar semejante atribución por infundada. Queda únicamente el Señor de Ledesma, don Pedro también, hermano de Sancho IV; pero de este príncipe sólo sabemos por la *Crónica*, conforme repetidas veces llevamos dicho, que falleció en Ledesma, sin que conste fuera el cuerpo trasladado á la Catedral de Toledo, ni inhumado en la *Capilla de los Reyes*, tanto más cuanto que á su fallecimiento no gozaba, como antes, del afecto del que, levantado en armas contra su padre, se consideraba en vida de éste rey de Castilla. Inútil es decir que tampoco parece representación la efigie de Sancho *Capelo*, por muchas de las razones arriba expuestas.

En cuanto á los escudos, así los que fueron esculpidos en el frente del arca cineraria inferior, como los pintados en el fondo del arco escazano sepulcral, llevan todos armas reales de Castilla y de León, haciendo semblante de acreditar por ello, si no fueron en el repinte borradas otras empresas, que los dos personajes eran de la familia real castellana, si bien ha de confesarse que esto en absoluto no se puede afirmar, pues los escudos superiores timbrados de real corona fueron, cual decimos y es de advertir, pintados de nuevo y al mismo tiempo que los de los túmulos del lado del Evangelio, y en los escudetes que presentan los dos ángeles que en el complicado arquitectónico coronamiento aparecen en pie, se han borrado las empresas que ostentaban.

Dedúcese, pues, en conclusión, de lo expuesto, que ninguno de los bultos yacentes lo es de Sancho IV, y que respecto del otro, es desconocida la representación, siendo de reparar, por lo que importe, que así en uno como en otro monumento, de los escudetes hoy en blanco, presentados en la altura por dos ángeles á los lados del templete central, sólo uno va timbrado de regia corona.

A nuestro juicio, y mientras otra cosa documentalmente no se pruebe, aquellos túmulos reales sólo valor tienen decorativo y conmemorativo: fueron para allí mandados labrar, y

fueron colocados en memoria de los enterramientos reales que había en la *Capilla de los Reyes*, que decoró el cardenal Mendoza, poniendo en ella las cruces que eran su distintivo cardenalicio, por lo que se supuso que tuvo aquélla la advocación de la *Santa Cruz*, y que dijeron, después de los días de Enrique II, *de los Reyes Viejos*. No tienen, por tanto, otra representación, y en balde ha trabajado la fantasía de los escritores para identificar la personificación de aquellos simulacros. Quizás se descubra en las actas capitulares otra cosa; pero mientras esto no ocurra, estimamos como más lógicas y conformes á la verdad las conclusiones obtenidas.

RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS

13 de Julio de 1903.

GRADOS ANTIGUOS EN LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

Desde que el maestro Pedro Chacón escribió en el siglo xvii su *Historia de la Universidad de Salamanca*, no impresa hasta que un siglo después apareció en el *Semanario erudito* de Valladolid, nada digno se ha hecho tiempos después. Se debe exceptuar de esta regla general la *Memoria histórica de la Universidad de Salamanca*, que en 1869 publicó el laborioso D. Alejandro Vidal, y lo que en su *Historia de las Universidades* publicó el sabio D. Vicente de la Fuente, relativo á esta célebre escuela.

Estos trabajos, aunque muy dignos de elogio, no llenan, ni con mucho, el vacío histórico que se siente acerca de este estudio famosísimo en todo el mundo: á lo más, sólo pueden considerarse como el andamiaje que ha de ayudar á la construcción del edificio propio.

Cuatro años de continuo huronear por entre los estantes de la biblioteca salmantina, me han convencido de que sólo un escritor de poderosas energías podría acometer la empresa de escribir esa historia, en la que sé que varios extranjeros han soñado.

No permita Dios que venga de fuera quien nos adelante, bajo el amparo de nuestra desidia, en este asunto. Materiales abundantes hay arrinconados que nos estimulan al trabajo, y buena prueba de ello es lo que en mi cartera de apuntes tengo conservado, y que, sin más objeto que el de saciar mi propia curiosidad, he recogido.

En el archivo universitario de Salamanca hay un libro titulado *Zeremonial* (sic), en el cual existen muchísimas curiosidades poco conocidas, por lo mismo que el libro apenas ha sido consultado. En la parte que se refiere á los grados hay detalles que, aunque escritos con seriedad, excitan la risa de los que los consideramos al través de dos siglos; de lo que resulta que, escribiendo bajo la inspiración de los párrafos del citado ceremonial, necesariamente han de salir cuartillas con académica seriedad y cuartillas vivarachas y retozonas.

Respecto á los grados de Bachiller, existen diferentes estatutos y variedad de ceremonias. Repasados unos y otras, no veo en claro la razón que tuvo el historiador Sr. La Fuente para decir que en Salamanca «el grado de Bachiller era de mera solemnidad»; porque si se quiere significar que el acto de la recepción de dicho grado tan sólo consistía en presentarse con buenos modales ante una reunión de doctores, el erudito historiador no está en lo cierto, puesto que quienes pretendían alcanzar el bachillerato en artes, por ejemplo, debían explicar en las escuelas de estas artes, tres días, lecciones de lógica; otros tres, lecciones de filosofía moral, y cuatro de filosofía natural; además de esto, tenían obligación de responder, en una cuestión determinada, á todos los argumentos que quisieran oponerle los asistentes al grado. Si á esto se puede llamar mera solemnidad, aceptamos la frase, aunque bien creo que el historiador de las Universidades de España se refiera al aparato de paseos, convites y fiestas de que en los grados mayores se hacía gala.

Vidal y Díaz dice que, en los tiempos antiguos, los grados de Bachiller se concedían «con una solemnidad y rigor como no se acostumbraba en otras Universidades, lo que, si bien los hacía muy honrosos, influía para que los estudiantes se fuesen á recibirlos á otros estudios donde eran más suaves los exámenes. Quizás para evitar estas añagazas de los escolares, se modificó la Constitución, suavizando los estatutos más rigurosos. Entonces, para recibir el grado de Bachiller en cual-

quiera Facultad, bastaba que el graduando eligiese á su arbitrio el maestro ó doctor de quien deseaba recibirle. Después de hacer esta elección, debía el pretendiente prometer al rector que, lo mismo en oír lecciones que en leerlas, cumpliría los estatutos, de cuya promesa se daba cuenta al doctor ó maestro por conducto del bedel. Señalado un día lectivo para la recepción del grado, al llegar ese día, el bedel iba recorriendo las escuelas y diciendo en alta voz: «El estudiante N. N. desea recibir hoy el grado de Bachiller en la Facultad de N.»

Este anuncio de viva voz hacía que numerosa concurrencia llenase la cátedra designada para el acto, y en la cual entraba poco después el graduando pidiendo el grado por medio de una arenga. El doctor entonces le decía: «Sube á la cátedra»; y el estudiante obedecía, ocupando el lugar que había dejado el doctor, y allí arengaba ó exponía alguna lección correspondiente á su Facultad, ó hacía ambas cosas; pero en cualquier caso, con la imprescindible condición de pedir el auxilio del Altísimo al empezar y de dar gracias al Mismo al tiempo de concluir.

En la recepción de este grado, el ya Bachiller se podía gastar en convidar á los amigos cinco florines de Aragón, y no más; á no ser que el rector, teniendo en cuenta la calidad de la persona, le diese licencia para gastar hasta la última tasa, que era de quince florines. Lo que no podía menos de pagar, era: una dobla castellana para el estudio, y dos florines, uno para el notario y otro para el bedel.

El gran celo que la Universidad salmantina tuvo por la rigurosa disciplina en la recepción del grado de Bachiller, se desprende de las mismas palabras de los estatutos del año 1595, redactados, al parecer, en momentos de mal humor. La introducción dice: «Por cuanto la experiencia ha mostrado las muchas fraudes y invenciones que usan mozos ignorantes para pasar á otra Facultad, y el mucho daño que desto se sigue, *estatuymos...*»

Razón de sobra tenían los que acerca de esto legislaban,

pues por las relaciones que de aquel tiempo quedan, se sabe que algunos mozos holgazanes é ignorantes daban dinero á otros más trabajadores, para que con nombre supuesto les proporcionasen el grado; otros fingían dispensas especiales del Romano Potífice para que les dispensasen los ejercicios; otros, á título de hijos de nobles, no querían arengar ni descubrir su cabeza al entrar en el ejercicio, y así, por este estilo, cometíanse otros abusos, que trataron de desarraigar con las siguientes medidas:

«*Item statuimos* que el que se examina en gramática para pasar á otra Facultad, lleve dos testigos que juren que le conocen, y el examinador ponga en el libro los testigos y además las señas del examinado, y lo mismo se guarde cuando reprobaren á alguno, y el Rector cometiere á otro Maestro de la Facultad de latín que le examine, que también llevará libro, y si le diere cédula, torne al examinador para que lo cuente en su registro, y por el mucho trabajo que se le sigue al examinador se le pague un real por el examen, al cual encargamos proceda antes con rigor que con blandura.

»Item, si alguno truxere dispensación del Sumo Pontífice ó de otra persona para hacerse Bachiller, suplíquese de ella y hasta informar Su Santidad no sea cumplida.

»Item statuimos que cualquier estudiante que tuviere que graduarse de Bachiller, aunque sea hijo de grande ó titulado, pida el grado estando en pie, haciendo su oración ó arenga y descubierta la cabeza enfrente del Doctor que le ha de dar dicho grado y que esté de esta manera hasta que le haya recibido y que ni los bedeles ni nadie le acompañe con maza, y el grado que de esta manera no se recibiere, no valga.»

Como se ve por las precedentes ordenanzas, los Doctores salmantinos procuraban que el grado de Bachiller no fuera ejercicio de mera ceremonia, sino serio y riguroso como convenía al honor de tan renombrada Escuela.

En los grados mayores se procuraba la misma seriedad; pero como los extremos se tocan, la solemnidad de que reves-

tían estos actos les hacía caer en ridículas exageraciones. Los actos puramente científicos acostumbrados para la recepción de los grados de Licenciado y Doctor están escritos en muchas partes, y, por ende, no es cosa de monta el repetir lo que ya se sabe: por esto nos vamos á fijar principalmente en las cosas que, siendo diametralmente opuestas al progreso científico, eran sin embargo absolutamente necesarias para obtener el título de Maestro en el saber.

Es, en efecto, cosa notable el hecho de no encontrar constitución, estatuto ú ordenanza referente á estos grados mayores, que no hable de estímulos para el estómago ó el bolsillo: puede, en efecto, asegurarse que para una vez que se nombren las palabras ciencia, libros, conclusiones, arengas ó argumentos, se repitan diez veces las de propinas, convites, bizcochos, vinos y otras cosas así de materiales. Veamos la prueba.

Lo más antiguo que en la Universidad de Salamanca se conserva, respecto al ceremonial para recibir grados mayores, son las Constituciones de Martino V, y en ellas se dice: «Estatuimos que al licenciado en Derecho canónico ó civil ó en Teología ó Medicina, cuando quiera recibir el doctorado, dé al Maestrescuelas salmantino por los vestidos cincuenta florines y al Doctor ó Maestro de quien reciba las insignias otros cincuenta; y al Rector para el arca del Estudio dos doblas, y los juristas á cada Doctor dos doblas, y en Teología, Medicina y Artes, á cada Maestro de su Facultad de la Universidad que asistiese al acto dos doblas que debe dar ante el Maestrescuelas; al Notario cien reales y otros tantos al Bedel: además dará guantes y birrete al Rector y á cada uno de los Doctores y Maestros».

Esta sangría pecuniaria se quiere disimular en esta forma:

«Y si alguno de los dichos diese ó prometiese algo más para conseguir el doctorado (excepto lo de comer y beber que es costumbre dar en estos actos, ú otra cosa de tan pequeño valor que no pueda conmovearse el ánimo de quien lo reciba), otro tanto tiene que dar para la Universidad y el que lo recibe

restituirlo; de otro modo ellos y cualquiera de los que sean, quedan excomulgados *ipso facto*.»

El paréntesis engastado en el precedente estatuto, tiene más meollo de lo que á primera vista manifiesta, por cuya razón merece especificarse, poniendo en claro cuáles eran las cosas de poco valor que no podían conmover el ánimo de quien las recibía.

Copiaré al pie de la letra lo que en las primeras Constituciones que hay publicadas (las de 1538) dicen aclarando este asunto.

«El que se uviere de examinar, sea obligado á dar á cada uno de los examinadores, Doctores ó Maestros que presentes fueren... una hacha y una caxa de diacitrón y una libra de confites y tres pares de gallinas, y porque el tiempo es largo del examen, quel dicho licenciado la noche del examen sea obligado á dar una cena con tanto que no sea obligado á dar más de una ave con que no sea pavo ni gallina de las indias, sino una perdiz ó pollo ó dos tórtolas y una escudilla de manjar blanco y una fruta antes y otra después y su vino y su pan.»

En aquellos tiempos se conoce estaban inmunes para las consecuencias que resultan de nuestra frase «amor de estómago agradecido», pues que tales obsequios no podían llegar en mejor hora, según se desprende de:

«La cual cena se dé en el mismo lugar del examen al tiempo que al Maestro-escuela y Doctores pareciere y demás de esto no se pueda dar otra cosa de comer ni beber assi en el dicho lugar como fuera dél... mas por quanto los bedeles hacen algunos servicios más de los que la Constitución manda, que se les dé á cada uno de los bedeles dos pares de gallinas».

Todo esto era, por lo visto, un sencillo *piscolabis* para los antiguos doctores, que estaban acostumbrados á recibir más dádivas sin conmover su ánimo, como lo prueban los obsequios que aceptaban en los llamados *Grados con pompa*, que algunos pacatos quisieron suprimir, y contra los cuales se levantó la mayoría, decretando en el año 1622 lo siguiente:

«Item, por cuanto la experiencia ha enseñado el inconveniente que tiene dar los grados de Doctor y de Maestro sin la pompa ordinaria y ser en mucho menoscabo de la grandeza y lustre desta Universidad, estatuímos que no se pueda dispensar ni dispense en los dichos grados con otra alguna persona de ningún estado, calidad y condición que sea, sino que todos hayan de pasear y recibir los dichos grados con la pompa y conforme á las costumbres antiguas de la Universidad, y declaramos que si tal dispensación se hiciese, sea en sí ninguna y de ningún valor y efecto. Demás de lo cual, los que le votaren incurran *ipso facto* en pena de veinte mil maravedís cada uno de ellos, y los grados que en contrario se dieren, sean en sí ningunos y de ningún valor ni efecto».

Lo más raro de la disposición precedente es sin duda eso de que «todos hayan de pasear»; pero no resulta tanta rareza sabiendo que tal paseo era, entre otros varios obsequios que podían conmover el ánimo, el más principal, puesto que en él, tanto el estómago como el bolsillo sacaban no pequeña parte. Para que no se me atribuya animosidad alguna en el relato de estas pompas íntimamente ligadas á las antiguas pruebas del saber, copiaré al ya citado *Zeremoniul*, que empieza diciendo:

«Quien quiera graduarse, debe pasar á Secretaría á hacer sus depósitos de propinas en cantidad de oro ó de plata, conforme al estilo antiguo de la Universidad: hecho el depósito, el Maestro-ceremonias les entrega una minuta de lo que han de hacer y observar, y el Secretario otra de prevenciones de guantes, azúcar, dulces, cenas, bebidas, etc., etc.»

«El graduando enviará quince días antes las conclusiones al rector. El Cancelario cita día y hora para el claustro de presentación, á los graduados en todas las Facultades, y en él (en el claustro) se presentan los graduandos uno á uno y están en pie con el bonete en las manos, con mucha sumisión y compostura, y pedida la venia con sumisión de cabeza al Cancelario, padrino y demás (el Rector no asiste á este claustro), hace

breve relación de que está licenciado y desea ser doctor (esta oración no es latina).»

«Entonces se nombran dos Comisarios, que son los más nuevos, para que hagan la tasa de las propinas, y éstos se salen á otra pieza con el Secretario, y vuelven á breve rato y hacen entera relación de las que tocan á cada uno.»

«Es obligación de los Comisarios de toros, una vez que los graduandos hayan pedido la plaza, avisar al Maestro-ceremonias que prevenga se ponga la *mariseca* (1) al tiempo acostumbrado; que cierre la plaza y eche arena y se pongan las armas de la Universidad en la parte superior, y en la inferior las armas de los graduandos.

»La tarde del paseo se ha estilado siempre que los Comisarios de toros lleven á los Comisarios de la ciudad á verlos al prado que dicen Panaderos, y para esto preparan dos coches. El cortejo que se les hace es el de merienda decente y correspondiente al decoro de la Universidad, bebida y bizcochos en abundancia.

»Deben prevenir los mismos Comisarios de toros veinte docenas de garrochas, dos lanzas, seis lanzones de los que se arrojan á pulso, diez docenas de banderillas y... dos arrobas de confitones y trescientos reales de piezas menudas que han de arrojarse á la plaza.»

Dicho está, ó debe suponerse, que los gastos de estos coches, meriendas, bizcochos y demás, eran por cuenta del graduando, al cual parecería pequeño desembolso si le comparaba con el que suponía el imprescindible paseo, de cuya descripción se ocupa extensamente el Ceremonial, y que para evitar la pesadez del relato la presento en síntesis.

Señalado el día para el paseo, los graduandos (2) repartían

(1) Consiste la *mariseca* en un toro de metal, colocado en el extremo de una bandera enarbolada en el llamado Arco del toro, y que significaba que habría corrida de toros.

(2) Nótese que el Ceremonial habla siempre de graduandos, en plural, porque lo general era reunirse dos, tres ó más, en atención á que, siendo

sus conclusiones á todos y cada uno de los individuos de la Universidad por medio de un estudiante que, vestido con hábitos y bonete, montaba á caballo, y en esta forma corría de casa en casa las calles de la población, llevando consigo acompañamiento de atabalillos y trompetas. Hasta reunirse toda la comitiva en el punto de partida para el paseo, que era la casa del cancelario, exigía el Ceremonial otros muchos paseos chicos, á todos los cuales no debía faltar la charanga de atabales y trompetas. Primero iba la música á buscar á los cuatro graduados más modernos, y, reunidos, se iba á buscar á los padrinos, y desde la casa de éstos, vuelta otra vez á casa de los ahijados; allí se tocaban unas piezas musicales y se organizaba una especie de procesión, pues en casa de los aspirantes al grado había ya buen número de doctores que, con la música á la cabeza y formando dos filas, marchaban á casa del cancelario. Aún faltaba ir por el rector, de cuya comisión estaba encargado el maestro de ceremonias con las consabidas trompetas.

El conjunto de la inmensa comitiva que hacía el paseo, debía presentar un golpe de vista más propio para ser visto que para ser descrito.

Figúrense en primer lugar un enorme pelotón de muchachos y zagalones haciendo piruetas delante de los músicos que rompen la marcha; inmediatamente después de los atabales y trompetas, el alguacil del cancelario, el maestro de ceremonias y el secretario de estudios; luego, los doctores y maestros vestidos con las insignias propias de su Facultad, y montados; los eclesiásticos y religiosos en mulas con gualdrapas, y los seglares en caballos igualmente enjaezados; detrás de los doctores iban los padrinos, también á caballo y al lado de sus apadrinados, que debían llevar golilla, mangas de color y botillas, y á cuerpo para lucir mejor la espada y daga que pendían de la

tan enormes los gastos que exigían los grados con pompa, si uno solo lo pretendiese, le arruinarían.

cintura, resaltando entre los lujosos arreos de la cabalgadura; iban después los bedeles con mazas, y detrás el maestrescuelas y el rector, á los que únicamente se consentía un criado que les acompañase á caballo, á condición de que llevaran hábitos largos y bonete. Cerraban la comitiva seis pajes que llevaban las armas de los graduandos.

Este que podemos, con razón, llamar formidable ejército del humano saber, recorría las principales calles de Salamanca y paraba ante las puertas del colegio Trilingüe, donde se apeaban todos y entraban en un gran salón que para estas funciones tenía preparado la Universidad en dicho colegio.

La entrada en esta pieza del Trilingüe no tenía otro objeto que el de refrescar y recoger los obsequios que en el lenguaje universitario se llamaban colaciones. El refresco reunía todas las de ley, pues se comía de todo, aunque fuese caliente, y se bebía á proporción; todo esto en medio de un ambiente lleno de suntuosidad, á vista de las cajas que contenían las colaciones, hábilmente dispuestas en gradas cubiertas con tafetanes y sobre mesas cubiertas con manteles rizados y adornadas con exquisito gusto en los más pequeños detalles, pues el Ceremonial encarga que hasta las servilletas estén primorosamente rizadas. Para que algunos no se figuren que el relato es exagerado, copio textualmente lo que dice el Ceremonial acerca del contenido en cada caja de las colaciones:

«Cada una de las colaciones consistirá en diez y ocho libras y media de azúcar de pilón, ó treinta y una y seis onzas si la azúcar es menuda, y además ocho libras de dulces colocados con la azúcar en una caja que estará cerrada y sellada. Esta es la porción destinada á cada uno de los padrinos, al Cancelario y al Rector. Para cada uno de los Doctores asistentes, para los conservadores, ministros y alguacil del Cancelario, la colación consistirá en una ración compuesta de catorce libras y media de azúcar de pilón ó veinticuatro y diez onzas, siendo la azúcar menuda, y además cuatro libras de dulces.»

Un aficionado á estadísticas sacaría conclusiones dignas de

figurar en el capítulo de las bodas de Camacho; sin embargo, aquellos hombres no se saciaban con esto, pues dice el Ceremonial: «Repartidas las cajas de las colaciones, el Cancelario fija la hora de la cena...»

Sin comentarios; porque nos esperan los toros, en cuya fiesta también se come y se bebe, si hemos de creer al Ceremonial, que dice:

«Terminado de hacer el juramento, se sientan los graduados y tocan las chirimías, y el Maestro de ceremonias va por la gratulatoria y la pone en la parte donde se arengó; y acabada, se reparten las propinas; y acabadas las propinas, han de llevar los guantes dos ministros en dos fuentes de plata. Acostúmbrase llevar algunos guantes más, como cosa de una docena, ordinarios y finos, que arrojan al vulgo los mismos Comisarios; y da el golpe el Maestro de ceremonias y se levanta la Universidad.

»Siendo los grados en invierno (que rara vez sucede), otoño y primavera (que es lo regular), se procura que la función acabe cerca de las tres de la tarde, y á este tiempo debe estar avisado el Corregidor el que tenga dada la vuelta á la plaza; y han estilado siempre mandar recado, porque no se detenga la Universidad; y hasta que no llega el recado, ninguno sale de los estrados (en Abril erróse esta ceremonia, porque se acabó á las doce y media y se montó antes de las dos).

»Con la mayor aceleración y brevedad se forma el acompañamiento y se encamina á la plaza, entrando por la parte que cae á la Lonja del Corregidor, y de allí se encaminan derechamente á el balcón, apeándose en la plaza enfrente de él; y visto que el Corregidor toma asiento (que regularmente lo suele hacer después que ve despejada la plaza de los caballos y mulas del acompañamiento, se sienta el Cancelario, Rector y demás por antigüedad.

»No se hace en fiestas de toros de este género señal alguna por mañana, porque el encierro se hace después de sentada la Universidad. Siendo el número de tres graduandos, está

convenido con la ciudad en que se han de correr diez toros de muerte; y si pasa de este número, doce y no más. Entre toro y toro, arrojan los Comisarios confituras y dinero desde el balcón con azafates de plata, y se dan á los graduandos garrochas para tirar á los toros.

»Hasta acabada la corrida, se han de mantener todos los graduandos y padrinos con las vestiduras que llevaron durante el paseo, y los demás se las quitan; y llegando la hora que parece competente, se darán las colaciones y refresco y se avisará á los ministros que han de estar en el tablado de abajo del balcón, que suban á servir, y las chirimías tocarán durante el refresco y al desjarete de todos los toros.

»Habiendo refrescado la Universidad y acabados los toros, se acabó enteramente el acto.»

Las últimas palabras tienen algo de lamentación: «acabados los toros, se acabó enteramente el acto». ¿Querrían aquellos señores que después de los toros y refresco les diesen propina? Lamento, en verdad, el tener que deducir conclusiones grotescas después de narrar un asunto que debiera ser completamente serio; pero confieso que no se puede menos de fustigar costumbres tan extravagantes, que seguramente abotagaban los sentidos y potencias de aquella sociedad, haciéndola de tal condición, que sólo en ambientes que hoy tildaríamos de *juerguistas* respiraría á gusto; porque ciertos excesos podrían dispensarse en los grados de Doctor llamados con pompa, pero de ningún modo en los grados de Licenciado, que deberían ser los más ordinarios y corrientes; y por tanto, en ellos al menos, se debería procurar buscar la ciencia para garantizarla, y no las comidas y bebidas exquisitas para devorarlas á placer; mas no sucedía así: en los grados de Licenciado dominaba el espíritu de la satisfacción ó hartura de los sentidos, como claramente lo prueban las palabras del ya citado Ceremonial, que dice en el capítulo referente al grado de Licenciado:

«Tres días antes de los puntos, tendrá el Maestro de cere-

monias prevenido al graduando para que se baya á pesar el azúcar, y le dará la hora que le diere el Comisario de zena, y procurará estar puntual con un ministro para pesar y cerrar las cajas. Es regular que el graduando tenga el azúcar en su casa; pero si se hubiera de ir á otra parte, será bueno saberlo y avisarlo.

»El peso de la azúcar es el mismo que el de los grados mayores. Se cierran y sellan las cajas. Lo del azúcar consta de la memoria impresa.

»Señalado el día de la capilla, se ha de avisar á el sacristán para que tenga adornada la capilla de Santa Bárbara el día de los puntos, que es el antes al de entrar en capilla, y para que al amanecer del mismo día y la noche antes se toque la campana grande, como es costumbre. Ha de darle al tiempo de este aviso setenta y un reales.

»La capilla se debe adornar en esta forma: á la derecha, como se entra, ha de estar una mesa con tapete; se ponen dos velas encendidas en el altar, que ha de dar el graduando, y con las que se queda el sacristán, y ha de dar también dos hachas, todo de cera blanca, que han de tener los mozos de coro encendidas durante la misa, y por esto les ha de dar el graduando dos reales.

»Al oír la campana la mañana de los puntos, han de ir el graduando, Maestro de ceremonias y Secretario, con mucha puntualidad, de manera que esperen á los señores. Para celebrar la misa (que se dice en la capilla) han de vestirse tres, y además asistir capellanes con sobrepelliz.

»La tarde de la capilla, y como una hora ó dos antes de la dada para el acompañamiento, ha de ir el Maestro de ceremonias á la capilla, donde han de estar las cajas de azúcar y garrafas, y las pondrá por su orden en la parte donde se han de repartir, que será en la capilla del canto, en las sillas de madera que están á la derecha, y ha de prevenir á los botilleros tengan frías las bebidas, por si se pidiere de pronto el refresco, para que no haya falta.

» Poco antes de la hora señalada van por el graduando con atabales y trompetas, y vienen por calles públicas y decentes, aunque se rodee algún tanto. Conforme van entrando los señores examinadores, así deben hacer señal los atabales y trompetas, para que se les acompañe.

» Antes de empezar refrescan todos y van á la capilla, que el sacristán habrá adornado en esta manera: se ponen mesas delante de los asientos, y sobre ellas tapices ó alfombras; lo mismo se hará con la tumba que está en medio. Cuando llegue la Universidad á la capilla se encenderán dos de las cuatro velas que hay sobre el altar cubierto de tafetanes, y las orzas ó cajas de las agallas de *A* y *R* encima de él, para botar (*sic*).

» Sentado el padrino y el graduando, y cerradas ambas puertas, pone el señor Cancelario el reloj de arena, y dice al mismo tiempo: *Incipiat pro primo in nomine Domine*, á cuya voz ha de empezar á leer el graduando, levantándose y quitándose el bonete. Interin pide la venia al Cancelario y demás señores, hará la invocación de los santos, en que debe hacer expresa mención de Santa Bárbara, titular de la capilla.

» A el acabar, de la arena debe el Cancelario exponer el reloj á los señores, y, concluída, dirá *satis*, y acaba de leer el graduando.

» A este punto se ha de pedir al señor Cancelario la hora de la cena, para que esté pronto y á punto fijo.

» La cena se dispone en la capilla del canto, de rejas para afuera, porque de rejas adentro se ponen las mesas, cortando la sala con tafetanes.

» El cubierto se compone de servilleta, cuchillo, cuchara y tenedor; un salero entre dos; á cada uno dos vasos de vidrio en platos de Talavera fina; dos jarras de lo mismo, una con vino y otra con agua, que servirá para dos, excepto á los señores Cancelario y padrino, á quien se les ponen dos á cada uno. Añádense en cada mesa dos juegos de vinagreras y aceiteras. Si fuere verano, lo que se pidiere de vino y agua se

va proveyendo conforme se pide, para que no se caliente.
»Las velas que estuvieron encendidas durante la lección, se ponen á las mesas y se ponen delante de cada cubierto y una rosca de pan con leche.

»Sentados los señores en la forma dicha, ninguno desenvuelve la servilleta hasta que el Cancelario y padrino desenvuelven la suya. La ensalada ha de estar puesta delante de cada cubierto. A los señores Cancelario y padrino se les ha de poner una media fuente á cada uno y á los demás un plato. La ensalada ha de ser aderezada de diferentes géneros de fruta ó de hortalizas, acitrones, confitones, grajeas, guindas en conserva, huevos y otros géneros que componen una ensalada real».

Al llegar á este punto, me parece oportuno advertir que estamos tratando de la manera de recibir el grado en la Universidad de Salamanca.

Sigue diciendo el Ceremonial:

«Al empezar á desenvolver las servilletas, todos los ministros estarán en fila, de pie y con el sombrero quitado y sin espada (porque estén más ágiles á el servir).

»Al acabar la ensalada, se sirven los huevos. Al servir el plato al señor Cancelario y padrino, al dárselo y volverse, se les debe un género de reverencia.

»A los huevos se sigue el servir un plato de caza, el mejor del tiempo, como son dos perdigones ó perdices, pollos en su tiempo, pichones cebados ó cosa semejante que sea del mejor y más regalado gusto. No habiendo pescado, se dé roscón. Después se sirve el plato de gigote de aves con lonjas de tocino, chorizos, trozos de gazapos y de ternera, ruedas de limón y otros aderezos que le sazonen. Luego se sigue el pescado, que ha de ser, conforme al tiempo, el más exquisito, como es salmón, truchas, anguilas ó besugos: este plato es doble para el señor Cancelario y padrino, y lo es también el que se ha de seguir, que es dulce que regularmente se compone de huevos reales hilados ó molles; alguna vez ha sucedido darse manjar

blanco; pero como es plato menos costoso, se ha dado en este caso otro plato diferente, y lo mismo sucede cuando no se ha hallado pescado de lo exquisito del tiempo, y entonces se han dado cubiletes; fuera de lo cual no se permite añadir más platos.

» Por postres de la cena se sirven queso y aceitunas de Sevilla, anises y media libra de dulces secos empapelados y cerrados con obleas y palillos.

» Al entregar los platos de los postres, estarán avisados los dos bedeles para acudir instantáneamente cada uno con una jarra de vino blanco y una media fuente, y con reverente medida echarán al Cancelario y padrino á un tiempo el vino en las manos, teniendo debajo la media fuente; y acabado de lavarse los referidos señores, pasarán á dar el lavatorio á los demás, cada uno por su costado. En este acto se debe estar con mucho silencio y respeto para que los circunstantes observen la decencia y autoridad en que deben mirar á un congreso de tanta gravedad (¡.....!).

» Acabada la cena de los ministros (que es á continuación de la de los señores), se encenderán las velas en los asientos de los examinadores, y se pondrán en ellos las pandectas Canónicas ó Ziviles (*sic*).

» Dada la señal para el segundo acto, el Maestro de ceremonias avisa al Cancelario, y con el doctor más moderno y el alguacil del Maestrescuelas y un mozo que hirá (*sic*) delante con un hacha encendida, pasará á echar fuera á los ministros y sirvientes, y cerrada la puerta, se hará el juramento de no tener comunicado el argumento *directe* ni *indirecte*. Durante el juramento, el Maestro de ceremonias saldrá con el padrino por su ahijado á la puerta de la sala capitular, y entrados y cerrada la puerta de la capilla y sentados, dice el Cancelario: «*Incipiatis pro secundo in nomini domini*». Propuesta la conclusión, dice el Cancelario: *Satis*, con lo cual cesará en la parte que le coja. Entonces empiezan los argumentos, y terminados, el Maestro de ceremonias y el Secretario conducen al gra-

duando al altar de Nuestra Señora de la Estrella á dar gracias.

»Para votar tiene el Secretario el libro encima de la tumba y votan con las agallas *A* y *R*, y al bajar de votar irá dando el Secretario á cada uno de los señores su bolsa con la propina.

»Al graduando le acompañarán los atabalillos y clarines hasta su casa, y el Secretario pedirá la hora de dar el grado al día siguiente. Se observa tener allí una salsilla con limonada y bizcochos para el que quisiere. Al día siguiente se llevan también chirimías (á más de atabales y clarín, si el grado fuese de canonistas, legistas ó médicos) para traer al graduando á la capilla de Santa Bárbara, y allí hace el juramento correspondiente».

Todo esto, y algo más que en gracia á la brevedad se omite, ordena el Ceremonial respecto á la recepción del grado de Licenciado. Ante descripciones tan minuciosas, huelga todo comentario, pues de cada frase brotan espontáneamente para todos los gustos.

Discurriendo detenidamente acerca de esta descripción sobre los antiguos grados de la Universidad de Salamanca, no sé por qué hay quien se admire de que, tratándose de bodas, el novio Camacho presentase tal aparato ante nuestro celebradísimo Don Quijote de la Mancha.

IGNACIO CALVO

LECTURAS AMERICANAS

REVISTAS: *La Revista médico-farmacéutica* y *La Quincena*, de San Salvador.—El Asilo de indigentes Sara.—Policía de costumbres en la época de la dominación española.—La instrucción primaria en El Salvador.—El simbolismo de la cruz en América.—La cruz de Palenque.—Necesidad de la *sh* en la lengua hispanosalvadoreña.—*La Instrucción primaria* (Cuba).—Recuerdos interesantes de Pestalozzi.—Bibliotecas para niños.—Sus sistemas y los *ex-libris* educativos.—Ruido y orden.—*Cuba y América*.—Un episodio desconocido de *Plácido*.—*La Revista nueva*.—Industria lechera en Uruguay y Argentina.—Canalización sudamericana.—*Vida moderna*.—La federación americana.

Han comenzado á publicarse en la capital de la república de San Salvador dos nuevas revistas: la una, titulada *Revista médico-farmacéutica*, es demasiado especialista para que yo pueda incluirla en estas Lecturas; me limitaré á recomendarla á los médicos. La otra, bautizada con el nombre de *La Quincena*, es enciclopédica y contiene artículos tan interesantes como los que paso á extractar:

El pseudónimo *Ben-Hur* describe en el número 2 de la revista el Asilo de indigentes de San Salvador, llamado Asilo Sara.

«El edificio consta de nueve grandes pabellones de hombres y ocho pabelloncitos de mujeres, más dos grandes para las mismas. Los primeros han sido construídos consultando los principios de alta higiene y comodidad: son amplios, bien ventilados, y son mantenidos en estado de escrupulosa limpieza.

»Hasta ahora habitan el Asilo 147 personas: 107 mujeres y 40 hombres.

»El edificio cuenta con los siguientes talleres:

De telares,

- » zapatería,
- » curtimbre,
- » tintorería,
- » carpintería y
- » sastrería.

»De manera que á los asilados los viste y calza el establecimiento, sin acudir á manos extrañas; la tela, de munición para los hombres y de indiana para las mujeres, se fabrica en sus propios talleres y allí mismo se confeccionan los trajes. Otro tanto sucede con el calzado, con lo que se ha introducido el más saludable sistema de economías. Tuvimos oportunidad de ver funcionar los talleres de tejeduría y de zapatería, y de apreciar la excelente calidad de las telas, superiores á las que nos vienen del extranjero. Allí se confeccionan telas actualmente para el Hospicio de Huérfanas de Santa Ana.

«En el taller de curtimbre se elaboran magníficas suelas, que tienen muy buena aceptación en el mercado; eso sí, en pequeñas cantidades, porque son reducidos los recursos con que el taller cuenta por ahora.»

En cambio, la cocina deja mucho que desear. El edificio á ella destinado es estrecho, incómodo y está mal construído; pero á los asilados se les alimenta bien.

Don Alberto Luna publica un curioso documento que da á conocer cómo se ejercía la policía de costumbres en los tiempos de la colonización española. Todos los años, la autoridad eclesiástica daba un edicto invitando á la delación de los delitos y pecados contra la honestidad y buen orden de la vida. Hecha la denuncia con todo sigilo, el juez eclesiástico proveía lo que parecía justo. Si el culpable pertenecía al sexo femenino, generalmente se le recluía en un convento. Si al masculi-

no, en la cárcel, ó se le desterraba. Así, en 1770, la señora doña Elvira Montúfar, acusada por su marido de adulterio ante el arzobispo de Guatemala, fue condenada «sin fórmula de juicio» á siete años de reclusión en el convento de Santa Catarina. Pocos años después, un sargento mayor fue castigado con setenta azotes y tres años de prisión «por no sacrificar al amor con su mujer». El documento á que se refiere el Sr. Luna dice así:



«Nos el Dr. D. MANVEL ANTONIO SANDOVAL AUOGADO por los Reales Consejos, Provisor y Uicario Grál. de este Arzobispado, por el Illmo. Sr. Dr. D. Pedro Cortes, y Larraz, del Consejo de S. M., Arzobispo de esta Diocesi, &.

»POR QUANTO CON CONSIDERACION á LOS GRAVÍSIMOS perjuicios que resultan á la Iglesia, al Estado, se halla saviamente prevenido por disposiciones Canonicas y Leyes Reales, que no se permita el establecimiento, y permanencia de personas casadas, que vivan en distintos lugares separadas de sus respectivos consortes, sin justos Titulos y causas legítimas, que las indulten de su cumplimiento, para que tenga el mas exacto, y debido; mandamos á los comprehendidos en esta prohibicion, yá sean Hombres, yá Mugerres, se delaten, y presenten ante Nos, para exponer, y examinar los motivos sobre que funden su residencia, y la falta de tan precisa obligación; lo que executarán en el termino de dos Meses con apercevimiento de que pasado se procederá contra los inovedientes, y omisos por todo rigor de Derecho: Assi mismo mandamos á los que tuvieren noticia de semejantes personas caídas, nos lo manifiesten, y pongan en la nuestra, pena de Excomunion mayor: Y para que ninguno alegue ignorancia, se publique este Edicto en el primero de los dias festivos, *Inter Missarum solemnia*, fixandose en los sitios acostumbrados, cuia providencia se entienda general en todo el Arzobispado, remitiendose circùlarmente los Testimonios ó exemplares necesarios. Fecho

en la Ciudad de Santiago de Guatemala, en catorce días del Mes de Abril de mil setecientos sesenta, y nueve años.

DR. MANUEL ANTONIO SANDOVAL

Por mandado del Sr. Provisor, y Vicario General,

BARTHOLOME DE ALVARES Y SOTO,
Notario Receptor.»

Don Salvador Díaz Roa se queja del mal estado de la instrucción primaria en El Salvador. Está confiada á los Municipios, que ni tienen fondos para atender á ella ni interés por fomentarla. Los edificios—salvo algunos de capitales de departamento—son muy malos, y el menaje detestable. No hay maestros idóneos, ni podrá haberlos mientras se les siga nombrando como hasta ahora, sin atender á sus condiciones personales, y mientras se les dé tan mezquino sueldo. Hace años tratóse de remediar esta situación por un Código de instrucción pública. Se sacó á concurso su redacción, con premio de mil duros plata; pero el concurso quedó desierto. El Sr. Díaz aboga por que se repita en forma más adecuada para su buen éxito.

En el número 3, el Sr. Santiago I. Barberena aporta una *Contribución al estudio del simbolismo de la cruz en América*, de que ha hablado con anterioridad en su estudio sobre *El origen de la numeración verbal nahoa*. El autor se refiere aquí especialmente al famoso tablero de Palenque, que algunos consideran como prueba de que el cristianismo se predicó en tierra americana mucho antes de la conquista española. Sabido es que el mencionado tablero se halla hoy en el Museo Nacional de Méjico.

En el centro de él «se destaca una cruz latina, tan profusamente adornada que se requiere hacer un esfuerzo para no dejarse ofuscar por los detalles, que le dan el aspecto de un árbol, sobre cuyas frondas posa un pájaro espléndidamente ataviado».

Para muchos arqueólogos, la figura llamada cruz «es la hierática representación del *lingam* y de las funciones genésicas». El Sr. Barberena (á quien son conocidas las obras clásicas de Warnig, *Ceramic art in remote ages*; Mortillet, *le Signe de la croix avant le christianisme*; Soldi, *Langue sacrée*; Le Plongeon, *Sacred Mysteries among the mayas and the quiches*) cree lo mismo, y lo apoya en paradojas de la *Priapea*, de José Miguel Macías, y *México á través de los siglos* (tomo I), de Alfredo Chavero.

«Para M. Le Plongeon, la forma denominada *tau* (T) es el tipo primitivo de la *cruz ansata*, ó «llave del Nilo», y era el emblema de la vida futura entre los egipcios, fenicios y caldeos, el cual también se encuentra repetidas veces esculpido en los monumentos de Palenque, Copán y otras ciudades del Nuevo Mundo. En tanto que para los babilonios representaba una cruz á las deidades del agua; que para los egipcios, asirios y bretones era el símbolo de la potencia creadora y de la eternidad, y que para los indios, chinos y escandinavos era la representación del cielo y el símbolo de la inmortalidad, para los antiguos mayas era, según ese escritor, el emblema del rejuvenecimiento y de la cesación de los sufrimientos físicos.

»Para M. Le Plongeon no cabe duda de que en el *Mayax* la cruz era uno de los símbolos relacionados con los misterios y ritos religiosos, aunque entre los mayas (de la península yucateca) son pocos los vestigios materiales de ese culto que se encuentran; él sólo señala como tales el plano del santuario de Uxmal y una cruz que forma parte de una inscripción del palacio de Chichén. Aún se conserva, dice, la tradición de que la cruz era el símbolo del *dios de la lluvia* (1), lo cual explica

(1) El doctor D. Tomás Ayón dice en el tomo primero de su *Historia de Nicaragua*: «Los naturales (de Yucatán) adoraban esa cruz, teniéndola por el dios de la agua lluvia, y cuando ésta escaseaba le sacrificaban codornices. Preguntados cómo habían tenido noticia de aquella señal, contestaron que un hombre muy hermoso que había pasado por allí se las dejó, encargándoles que siempre le conservasen en la memoria. Otros

Le Plongeon observando que en Mayo se ve la *Cruz del Sur* perpendicularmente al horizonte de Yucatán; y como en esa época las lluvias renuevan la vida en los áridos campos de ese país, sus habitantes hicieron de la figura de la constelación el emblema del dios de las lluvias. Eso es lo que, según él, significa la voz *tau*, compuesta de tres raíces mayas: *ti*=aquí; *a*=agua, y *u*=mes; equivale, por consiguiente, á «éste es el mes del agua». A mejor interpretación de esa voz se llega por medio del idioma quiché: *ta*=cuando, y *au*=sembrar milpa; indicaba, pues, la época de la más importante operación agrícola para los yucatecos.

»M. Le Plongeon agrega que la forma compleja de la *cruz ansata* de los egiptólogos, formada de un cono con dos brazos laterales y un óvalo encima, tiene por prototipo el pilar conoidal con una esfera sobrepuesta, con que los babilonios representaban la vida y la muerte, y que éste es una reminiscencia del *yaxche* ó árbol sagrado de los mayas.»

El *lingam* maya-quiché era un emblema complejo en que se confundían el *acalt* ó caña de los lagos mejicanos, que representa los rayos del sol; el *árbol cruciforme*, símbolo del poder fecundante del astro del día, y las aspas del *nahui ollin*, que figura, juntamente, los cuatro signos iniciales del calendario tolteca, las cuatro estaciones, los cuatro puntos cardinales, etc.

«El *acalt*, confundido con el *lingam*, cuyo signo gráfico es la cruz latina, es la hierática representativa de la potencia generatriz, de la virtud fecundante de los rayos del sol.» Esto aclara la significación de los árboles cruciformes y el origen del dios llamado *Tohil* (derechura), autor del *cac*, el fuego. Por ello también, los toltecas llamaron á la cruz *Tona caquahuilt* ó «árbol del sustento».

decían que la causa de tener en adoración la cruz era la de haber muerto en ella un hombre más resplandeciente que el sol». (*Pedro Mártir*, capítulo I, IV década.—Las Casas, *Hist. Apolog. de las Indias*, c. CXXIII.)

El Sr. Barberena expone á continuación las diversas opiniones sobre la cruz de Palenque, sostenidas por los americanistas, y que difieren más ó menos de la suya, aunque todas rechazan el origen cristiano.

En cuanto á la cruz llamada de Cozumel, el Sr. Barberena cree que fue puesta por orden de Hernán Cortés, apoyándose en los testimonios de Bernal Díaz del Castillo y del Deán de Yucatán, D. Pedro Sánchez de Aguilar, autor del libro *Informe contra Idolorum cultores del Obispo de Yucatán* (Madrid, 1639). Lo mismo cabe decir de otras cruces: la de Huatulco, la de Tepic, etc.

Concluye el autor diciendo:

«Haciendo caso omiso del antiguo establecimiento de los normandos en los confines boreales de América, porque no ejercieron influencia alguna en los pueblos cultos de este continente, es completamente falso que haya habido tales prédicas (1). En cuanto á las tradiciones y prácticas judías y católicas que se dice conservaban los indios, no merece el asunto seria refutación.

»El bautismo que se pretende acostumbraban administrar los mayas á sus hijos, no era más que la ceremonia del *caputzibal* (nacimiento de nuevo), que se practicaba en la fiesta denominada *enkú* (bajada del dios), con los niños que habían llegado á la pubertad, y en la cual ocasión les quitaban la concha con que desde que nacían llevaban cubierta la parte honesta. De esa manera solemnizaban los mayas el supremo instante en la vida del hombre, en que, allá en oscuros límites

(1) M. E. Beauvois es uno de esos *ilusos*, hablando en la *Revue Critique* (1886, t. II, págs. 141 y 147) del libro de M. Reville sobre las religiones de los indios de Méjico, de la América Central y del Perú, dice que el nombre que los mejicanos daban al «árbol de la vida», que es como llama ese irlandés *ilustre*, y como designaba San Avito al Crucifijo, *signum vitale crucis*. Según dicho crítico, hubo dos predicaciones del Cristianismo en América antes de la llegada de los españoles: una en el siglo XIV y otra en el XV.

de lo fisiológico y en lo más hondo del organismo, el *Verbo se hace carne*.

»Concluiré diciendo algo sobre el origen del vocablo *cruz*: el bernardino Pablo Perzon, el erudito holandés Gerardo Juan Vosio, los humanistas españoles Raimundo Miguel y Gómez de la Cortina, el lexicógrafo cubano José Miguel Macías y otros filólogos, han propuesto etimologías, á cual más ingeniosas, de esa palabra; pero *anch'io sono pittore* (de brocha gorda) y he fraguado la mía: en mi concepto, es contracción del quiché *qu-ruz*, unión de estas dos raíces *qu*, raíz de *qua*, «fuente, manantial», y por metonimia «agua», y *ruz*, raíz de *ruzrut*, «cosa que corre con ansia y precipitación»; equivale, pues, á «agua corriente», y alude á los riachuelos que se forman durante la benéfica estación de las lluvias, los cuales exoneran á los indígenas de Yucatán de bajar en busca de agua á sus profundos *zenotes*. Esta etimología está de acuerdo con la interpretación que hemos dado al tablero de la *cruz*».

En el núm. 4, D. Carlos Bonilla razona sobre la necesidad de *sh* en la lengua hispanosalvadoreña. Todo idioma, al pasar de un pueblo á otro, de una región á otra, recibe necesariamente el influjo local y el de las condiciones del nuevo grupo humano á que se extiende. Así le ha ocurrido al castellano en América.

En El Salvador, aunque muchas de las palabras indígenas se han castellanizado, existen otras que aún conservan su pronunciación primitiva, y para la cual el castellano no tiene letras aparentes, como sucede en el sonido silbado de las palabras «shashaco», «shila», «shuco», etc., que necesitan la combinación *sh*, de que carece el castellano, y que tenemos necesidad de prestar al inglés para que la ortografía corresponda á la fonación.

«He aquí algunas palabras del idioma vulgar indígena, con su significado español, que necesitan la *sh* inglesa, y que muchos al escribirlas usan la *ch* española, que con su sonido

fuerte desfigura la suavidad de la pronunciación original.»

La lista que el Sr. Bonilla presenta comprende 37 palabras, á las cuales podrían añadirse muchas más.

La Instrucción primaria (Habana) reproduce en su núm. 10 (Diciembre 1902) un artículo del *Boletín de las Escuelas primarias*, de Costa Rica, que contiene curiosos recuerdos de Pestalozzi, tomados de un libro rarísimo impreso en Lausana (y no puesto á la venta) hace unos treinta años, por un Sr. Vulliemins, discípulo que fue del gran pedagogo. He aquí el retrato que Vulliemins traza de su maestro:

«Imaginaos—dice—un hombre muy feo, con el cabello de punta, la cara muy picada de viruela, y por añadidura cubierta de pecas; la barba, corta y erizada como un cepillo y siempre en desorden; siempre sin corbata; pantalones cortos, mal cortados, cayendo sobre medias que á su vez se pierden en gruesos zapatos; una manera de andar brusca; ojos que ora se agrandan para echar rayos, ora se cierran en señal de contemplación íntima; facciones que á veces expresan profunda tristeza, á veces dulce beatitud; el habla lenta ó precipitada, tierna ó melodiosa, ó rápida como el huracán: esa fue la fisonomía del que llamábamos «tío Pestalozzi».

»Tal cual yo acabo de pintarlo, nosotros lo queríamos; lo queríamos todos, porque á todós nosotros él nos quería; lo queríamos con una sinceridad tal, que si alguna vez nos veíamos privados de su presencia, nos sentíamos tristes; y cuando volvía á mostrarse, no podían nuestras miradas desprenderse de su persona.»

La escuela de Pestalozzi—establecida en un antiguo casti-
llo de Iverdún—contaba con unos 200 á 250 alumnos, con más un personal numeroso de profesores jóvenes. Se jugaba mucho al aire libre (partidas de barra, luchas con pelotas de nieve, etc.), se tomaban duchas de agua fría todas las mañanas y siempre se iba con la cabeza descubierta. Cierta día se le ocurrió al padre de Vulliemins colocar sobre la cabeza de su hijo un sombrero. Gran estupefacción y gritería enorme de los

condiscípulos. El sombrero, después de servir de juguete, fué á parar al río.

«La enseñanza—escribe el autor—se dirigía más bien á la inteligencia que á la memoria, y su objeto era la cultura armónica de los gérmenes depositados dentro de nosotros por la Providencia.

»Empeñaos—les repetía Pestalozzi—en desarrollar el niño, pero no en adiestrarlo como se adiestra á un perro y como con demasiada frecuencia se adiestran los niños en nuestras escuelas. Nuestros estudios versaban en esencia sobre el número, la forma y el lenguaje.

»El idioma nos lo enseñaban con ayuda de la intuición; se nos enseñaba á mirar bien, y por ese medio á formarnos una idea precisa de las proporciones de las cosas. Cuando lo habíamos comprendido bien, no teníamos dificultad en expresarlo con claridad.

»Los primeros elementos de geografía nos los enseñaban sobre el terreno, empezando por dirigir nuestro paseo hacia un valle estrecho de los alrededores de Iverdún, donde corre el río Burón. Nos lo hacían contemplar en conjunto y en detalle hasta obtener la noción exacta y completa. En seguida nos mandaron proveernos á cada uno de un montón de arcilla que yacía en capas sobre una de las barrancas del río, sirviéndonos de pedazos de papel que al efecto habíamos traído. A la vuelta del castillo se nos repartían sitios en largas mesas, y cada uno de nosotros debía modelar sobre la parte que le era destinada, con la arcilla húmeda, el valle que acabábamos de estudiar.»

Así continuaron observando el relieve cada vez en un área más extensa, hasta abarcar, desde la cumbre del Montela, todo el valle de Iverdún. Entonces pasaron ya á los mapas.

De un modo también intuitivo se enseñaba la geometría y la aritmética. Las cuentas se hacían «mentalmente y en alta voz, sin el recurso del papel ó de la pizarra».

Pero lo que «con énfasis se llamaba el *método* de Pestalozzi era, á la verdad, para nosotros un enigma. Lo era también para nuestros institutores. Al par de los discípulos de Sócrates, cada uno de ellos interpretaba á su manera la doctrina del maestro; pero lejos estamos de los tiempos en que las divergencias engendraban la discordia; nuestros principales maestros, después de haber profesado cada cual como el único que había comprendido á Pestalozzi, acabaron por afirmar que Pestalozzi ni se había comprendido á sí mismo ni había sido comprendido por nadie.

»A la época en que yo daba mis primeros pasos en el Instituto, habitado por una juventud sana y vigorosa, las escenas que más adelante debían causar su ruina no se habían producido. La fe en Pestalozzi mantenía todavía unida toda esa vasta familia, aunque se supiera ya que el maestro era mejor filósofo que administrador. En su ingenuidad, ignoraba lo que era desconfiar; no creía en la malicia, y, fácil de engañar, debía, tarde ó temprano, caer de decepción en decepción; pero en la época de que hablo tenía todavía poder sobre corazones y voluntades. Un rasgo característico os dará una idea del espíritu que reinaba en un principio en el establecimiento.

»Los educacionistas que más tarde llenaron el mundo con sus debates no recibían ninguna remuneración en dinero, por cuanto se les suministraba todo lo necesario para la vida ordinaria.

»La caja en que se depositaban los escolares estaba colocada en el aposento del «padre de familia», y cada uno de esos maestros tenía una llave á su disposición; cuando se necesitaba un gabán, botas, medias, etc., cada uno sacaba para sus necesidades, y así siguieron las cosas durante más de un año, sin que ningún grave desorden hubiese alterado la paz del recinto. Era como la iglesia primitiva.

»También nosotros los alumnos, en los primeros tiempos, tentábamos de darnos cuenta de los fines de Pestalozzi, de penetrarnos de sus ideas y aun de reproducirlo.»

Vulliemins fue el iniciador de una de esas imitaciones en sistema mutuo, que agradó sobremanera á Pestalozzi.

En los números 15, 16 y 17 de la misma revista aparecen extractados hábilmente los artículos de Miss K. L. Smith sobre las Bibliotecas para niños en los Estados Unidos. Existen en casi todas las poblaciones de importancia, representando un movimiento interesantísimo en favor de la cultura de la infancia y del despertamiento en ella de la afición al libro. Existen hoy cuatro tipos diferentes de esas bibliotecas:

1.º La Biblioteca de New-York (pública y gratis), en la cual ocupan el mismo local y gozan de los mismos privilegios los adultos y los niños.

2.º La Biblioteca de Utica, en la que hay un departamento especial para los libros de los niños.

3.º La Biblioteca del Instituto de Pratt, en la cual tienen los niños un cuarto separado que se comunica con el cuarto de los adultos.

4.º La Biblioteca pública de Minneápolis, en la cual los niños tienen un cuarto en el piso bajo del edificio, completamente separado del salón que está reservado para las personas mayores.»

Por lo común, los bibliotecarios son maestros con larga práctica escolar; y, por de contado, en las bibliotecas no hay sólo libros, sino también mapas, pinturas, modelos de dibujo, grabados para que los niños los recorten y pinten, etc.

«Los niños hacen infinitas preguntas á los empleados, y es preciso tener una naturaleza en simpatía con ellos para comprender sus necesidades. Es de rigor siempre una persona que vigile los niños en el salón. Algunas bibliotecas tienen un límite fijado para los que piden libros prestados, y la admisión á las bibliotecas de miembros menores de doce años es una ley reciente. Hay muy pocos casos de maldades, aunque la tentación á llevarse un libro interesante es fuerte; pero el número de libros que faltan al año es insignificante, y no mayor que el de los sustraídos en las bibliotecas para adultos.

En algunas ciudades se exhiben públicamente durante algún tiempo los libros destinados al uso de los niños. Esto despierta el interés de los pequeños lectores y les guía en la elección.

Se ha puesto especial cuidado en educar á los niños en punto á la manera de tratar los libros. Para ello se adaptan toda clase de medios sugestivos: ligas de lectores con reglamentos, á cuya ejecución se obligan; inscripción con compromiso de tales ó cuales reglas de conducta; *ex-libris* con advertencias sugestivas. Véase como ejemplo el *ex-libris* llamado Maxon, uno de los más populares:

«En una ocasión sucedió que un libro de esta biblioteca empezó á hablar con el niño que lo tenía en su mano. He aquí lo que decía el libro:

»No me toques con manos sucias, pues me daría vergüenza que el otro niño que ha de pedirme prestado me encontrase sucio.

»No me dejes fuera á la intemperie y lluvia. A nosotros, los libros, nos da catarro, lo mismo que á los niños.

»No me manches con la pluma ó lápiz: esto me desfigura.

»No te recuestes sobre mí con tus codos: esto duele mucho.

»No me abras y me coloques en la mesa boca abajo. ¡A que no te gustaría á ti que te trataran de esta manera!

»No coloques entre mis hojas un lápiz, ni nada que sea más grueso que una hojita de papel. De lo contrario, me lastimas la espalda.

»Cuando hayas acabado de leerme, si acaso temes olvidarte del lugar en que terminaste tu lectura, no dobles las esquinas de mis hojas, sino coloca una marca de libros, bonita y pequeña, para señalar el punto; ciérrame y recuéstame en un lugar donde yo pueda descansar de una manera cómoda y segura.

»No te olvides de que yo tengo que ir á visitar á muchos niños después que tú me hayas dejado. Además, yo quisiera volver á encontrarte algún día, y me daría mucha pena y ver-

güenza que tú me encontraras sucio, viejo, descosido y manchado. Ayúdame á conservarme nuevo y limpio, y yo te ayudaré á ser feliz.»

Otro ejemplo, de medio distinto:

La Biblioteca Pública de Milwaukee contiene más de ocho mil libros. En este salón se les concede mucha latitud á los niños y se les permite que ellos mismos vayan á los estantes y escojan el libro ó libros que deseen leer. Se apela al honor y dignidad de los niños para mantener el orden y para que no sufran los libros que se les entregan. El lema de la Biblioteca es: «Este salón de lectura está bajo la protección de los niños y niñas de Milwaukee».

«Tal parece que los niños sienten toda la responsabilidad que sobre ellos pesa, y, justo es consignarlo, en ningún salón de lectura hay mayor orden ni limpieza, y jamás se ha cometido allí ningún acto de vandalismo contra la propiedad de la Biblioteca.»

Además de las exposiciones á que antes nos referimos, se usan otros procedimientos para despertar la atención de los lectores. En la citada Biblioteca de Milwaukee, «para que se familiaricen los niños con los grandes autores y con aquellos que ellos más leen ó sobre niños y educación han escrito, se celebran los aniversarios del nacimiento y muerte de los ya citados autores, poniendo en la pared principal del salón el cuadro, fotografía ó grabado del autor, la lista de sus obras principales y la fecha de su nacimiento y muerte».

En Minneápolis se anuncia con anticipación exhibiciones especiales de dibujos sobre un tema concreto: v. gr., la historia de la bandera nacional. El anuncio atrae siempre á muchos niños, y la exhibición va acompañada de explicaciones. También se dan conferencias para los niños, siempre en relación con los libros y grabados que hay en la Biblioteca, y se permite á los oyentes que hagan preguntas.

La Biblioteca de Detroit se dedica preferentemente á la colección de revistas y periódicos, y es el punto de reunión de

los vendedores de periódicos, limpiabotas, mensajeros y empleados de la ciudad, más ó menos pobres de ropa, pero siempre con las manos limpias.

El salón de la de Boston está muy artísticamente adornado con retratos de grandes hombres y grabados exquisitos, y abundan las revistas ilustradas; pues el objeto es hacer *que el niño no vea en el salón de lectura un cuarto de penitencia, sino que sea un salón que le ofrezca comodidad, á fin de que llegue á encariñarse con el local y una siempre en su mente la lectura y el estudio con el bienestar físico y la grata compañía de condiscipulos queridos.*

Es de notar que los niños observan casi siempre una conducta muy superior á la de los adultos en las Bibliotecas.

«Hace tiempo varios bibliotecarios se reunieron y formularon una serie de preguntas referentes al mejor sistema para mantener el orden y ensanchar la esfera de utilidad de sus respectivas Bibliotecas. Estas preguntas fueron sometidas á la consideración de los niños que asistían á esos salones de lectura, y se les pidió su opinión sobre el particular. Casi todos contestaron de una manera muy respetuosa y hábil, dando pruebas de haber meditado mucho sobre el asunto y de conocer á fondo la materia de que se trataba.

»De un estudio comparativo de los libros pedidos, resulta que los varones prefieren obras de viajes y tratados de Historia, y las niñas poesías y cuentos de hadas. Los muchachos escogen mejores libros, obras de más mérito literario y de temas más nobles y morales que las niñas.»

Por último, se ha observado que en las bibliotecas para niños que tienen ayudantes para aconsejar á los lectores y escogerles los libros que más pueden interesarles é instruirles, la concurrencia es más regular y el provecho mayor.

En el núm. 18 (Abril último) el Sr. Méndez (Domingo F.) publica una discretísima nota titulada *Ruido y orden*, que creemos interesante reproducir casi íntegra. «Si en una escuela no se *percibe ruido*, es porque ocurre una de las dos cosas siguien-

tes: ó á causa de una exagerada ó impuesta dominación, hasta cierto punto perjudicial, porque impide al niño revelar sus pensamientos y le cohibe de hacer algunas interrogaciones, mantiene el maestro á sus alumnos en completo silencio; ó algo peor aún: el tiempo que había de emplearse en explicar las asignaturas se emplea en mantener el mal llamado *orden*; porque el verdadero, el otro, no se impone; se crea, se consigue, se obtiene por medio distinto al constante regaño, á la mirada severa y al fruncido y hosco ceño.»

Entre los muchos medios que hay para obtener orden, el mejor y más práctico es tener á los niños en labor constante; que no vean decaer el ánimo del maestro, que cada día vean que éste aporta algo nuevo al material ya acumulado. Y esta variación y renovación en el trabajo, así como el constante engranaje entre los conocimientos anteriores y los presentes, mantendrán sus espíritus en completa actividad, no pudiendo, por tanto, distraerse ni ocuparse de otra cosa que la que se trata de transmitirles.

«Podemos, por tanto, afirmar que en la escuela que se *trabaja se hace ruido*, sin que esto quiera decir que la *algazara* y el *escándalo* sean indicios de que se trabaja; al hablar de *ruido* nos referimos al necesario, al imprescindible que implica la explicación á *viva voz* de las materias y el mutuo cambio de pensamiento entre los alumnos y el maestro; pudiéndose afirmar también que en la escuela que se trabaja, á pesar del *ruido necesario*, hay orden.»

En *Cuba y América* correspondiente al mes de Abril, el Sr. E. Sánchez relata *un episodio desconocido de la vida de Plácido*, que, según el autor, es una nueva prueba de la inocencia del célebre cubano en punto del delito de conspiración de que se le acusó. Según parece del testimonio de D. Sebastián A. Morales, gran amigo de *Plácido*, éste estuvo dos veces en Trinidad, una en 1836, otra en 1843, para dedicarse al trabajo del *carey*, en que era «artista primoroso».

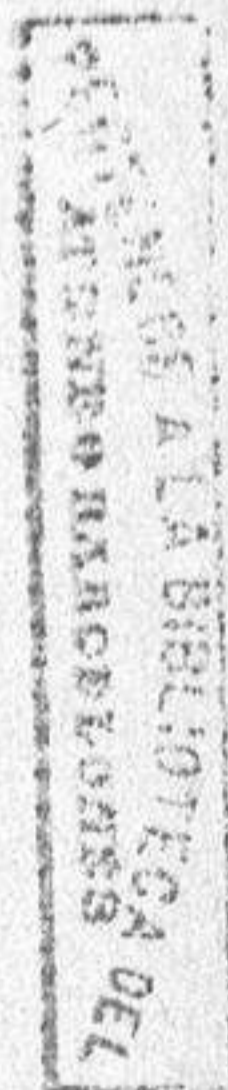
Fue allí muy festejado por sus muchos amigos, y compuso

numerosas poesías. Entre las fiestas á que asistió se cita la celebrada en el ingenio *Guinia de Soto*, propiedad de D. Justo G. Cantero, con motivo de la instalación del primer tren Derosne, y una cena que le dieron varios amigos, entre ellos el poeta Fernando Hernández Echerri. A esta última reunión atribuyó carácter faccioso una denuncia (hasta hoy de autor desconocido), hecha ante el comandante general D. Pedro de la Peña, hombre, al parecer, duro é inflexible. Formado expediente, el asunto hubiese tenido mal fin á no mediar el Sr. Cantero (también complicado), quien, merced á su gran fortuna—dice el Sr. Sánchez,—logró que el expediente no pasara á mayores. *Plácido* fue puesto en libertad, tras dos meses de cárcel, sin que se le hubiese probado el delito de conspiración ni otro alguno. En 17 de Noviembre de 1843 regresó *Plácido* á Matanzas. El brigadier Peña le aconsejó que *se fuera á España*; pero él rechazó el consejo, así como antes se había negado á trasladarse á México, cosa á que le instaban algunos amigos, temerosos ya de mayores males que los de Trinidad.

La Revista Nueva, de Montevideo (Mayo), publica un interesante estudio del Dr. G. Terra, sobre *La industria lechera*. Tomaremos de él los datos referentes á América, que han de ser los de más novedad para nuestros lectores. Según dice el autor, están tomados del reciente libro de Manuel Bernárdez, *Tambos y Rodeos*.

La primera lechería montada según los adelantos modernos, la fundó en la Argentina Juan Rabadan, en 1886. Años después, D. Vicente L. Casares estableció en Buenos Aires una gran empresa, que hoy cuenta con 40 lujosos despachos. En Montevideo no ocurrió lo mismo hasta hace cuatro ó cinco años. Uno de los fabricantes, Eastman, vende 2.500 litros diarios. Su establecimiento cuenta con máquinas de vapor para hacer manteca y producir el hielo para conservar en sótanos la leche. Lo mismo ocurre en los de D. Juan A. Capurro y la Sociedad La Alianza. Toda la leche se pasteuriza.

«Pero aún hay una gran lucha á sostenerse entre el tambo



urbano, el lechero de los tarros antihigiénicos que transporta á domicilio el producto de 530 tambos de los alrededores de Montevideo—casi todos á la antigua,—y la lechería moderna que utiliza la pasteurizadora y el hielo.

»En Buenos Aires, de 200.000 litros diarios que consume la ciudad, sólo 40.000 son vendidos por la Martona, la Granja Blanca y la Marina; 20.000 son del tambo urbano, y los 140.000 restantes del basco lechero.

»Entre nosotros, La Alianza, Eastman y Capurro, en conjunto, no venden 6.000 litros; los 50.000 restantes que forzosamente se consumen por nuestra población son vendidos á la antigua.

»Pero el triunfo no es dudoso; no hace mucho tiempo que París consumía 100.000 litros de leche por día, y con los nuevos procedimientos industriales absorbe hoy diariamente 500.000. Es indiscutible que el consumo crece con la baratura y las buenas condiciones que presenta el artículo.

»Un higienista le decía á Bernárdez: «Insistan, repitan, golpeen en esto; digan á plena voz hasta que se oiga y se haga evidencia, digan que sin leche pura no hay infancia sana, ni adolescencia robusta, ni vida medio vigorosa, ni raza fuerte, ni pueblo viril; que los pueblos viejos como Inglaterra se defienden del alcoholismo, que es un flagelo en la Europa septentrional, un factor poderoso de degeneración, con el uso de la leche, que es el rey de los alimentos; que en la lucha antialcohólica los Gin-Palace van siendo desalojados por los Coffees Houses, donde se expende leche que alimenta y reconstituye. ¡Digan, repitan, inculquen esto...!!»

La leche está hoy en Montevideo barata, y es un buen negocio, sobre todo si se vende, en su estado natural, en campos cercanos á la vía férrea, á distancia menor de 100 kilómetros. Rinde entonces el 20 por 100. En 1900 entraron en Montevideo 47.000 tarros de leche. En 1901, 125.311.

«La fabricación de la manteca como artículo de exportación, se inicia en la Argentina hace apenas tres ó cuatro años

con la instalación de la gran fábrica La Unión Argentina (Limitada), que se fundó en 1889 á iniciativa del señor Jorge Guerrero, bajo el régimen cooperativo de producción.

»Empezó La Unión Argentina á trabajar el 1.º de Mayo de 1899, contando en esa fecha con 36 remitentes de leche y crema. El 1.º de Mayo de 1900 tenía 222; en 1901, 252; y en 1902 sumaban 1.140 por haberse adherido una asociación judía de colonización. El aumento de la crema enviada á la fábrica no está en relación con el número de remitentes, porque lo que producen los judíos, por ejemplo, en conjunto es insignificante.

»La manteca fabricada fue el primer año 1.050.132 kilos, exportándose 533.881; el segundo año, 1.156.887 kilos, y se exportaron 721.000 kilos; el tercer año, es decir, 1901, la producción total es de 1.537.474 kilos.»

En 1900 la exportación fue de 264.000 pesos oro, y en 1902 de 280.000. Sin embargo, es éste un negocio que lucha aún con grandes dificultades, mayores en Uruguay que en la Argentina, por la falta de asociaciones análogas á las *fruitieses* de Francia.

Muy grandes son también las de la fabricación de quesos. Los alemanes y los suizos, en el departamento de la Colonia, han logrado, al parecer, vencerlas en gran parte; pero, en general, la exportación decrece.

La misma *Revista* recomienda el artículo sobre canalización sudamericana publicado en el diario *La Libertad*, Córdoba, en 20 de Abril, por el Dr. A. Rodríguez del Busto. El señor Rodríguez dice:

«Hoy hago una vez más la emisión de mis ideas de canalización sudamericana para convencer, especialmente á los hombres dirigentes, de que la traza de mi plan de canalización de este continente es la única conveniente, la única que puede producir la verdadera transformación que está llamada á experimentar Sud-América, la única que la colocará rápidamente en la cúspide de todos los progresos modernos.» Después de esto, comienza el estudio de canalización en los diversos ríos,

estudio muy digno de ser meditado, según los redactores de la *Revista Nueva*.

En *Vida Moderna* (Abril), D. Manuel Herrero y Espinosa aboga por la federación de los Estados iberoamericanos, para contrarrestar el peligro de absorción «por el coloso de la democracia, que ha comenzado su obra de expansión en el Norte de nuestro continente». Termina su artículo con los siguientes interesantes párrafos:

«La independencia absoluta, unos de otros, de los pueblos de la América española, fue la obra de su tiempo y la consagración de un hecho material que mantenía aislados y dispersos los distintos centros coloniales; pero hoy que la celeridad de las comunicaciones y los rápidos medios de transporte nos han hecho conocer mutuamente, sabemos que hay menos diferencias entre un chileno y un oriental, entre un argentino y un mejicano, que la que existe entre un catalán y un gallego, entre un lombardo y un toscano ó entre un bávaro y un prusiano.

»La estrechez de esta página no me permite dar toda la extensión de mi pensamiento—¡perdón!,—del pensamiento de Bolívar; pero, como una síntesis, apunto estas cuatro ideas que es necesario, que es urgente llevar á la práctica ya para pisar dignamente los umbrales del siglo xx: supresión de las aduanas para los productos que se cambien entre sí los pueblos de Hispano-América; adopción de una moneda única, el franco, que es la moneda de nuestra raza; creación de una dieta federal encargada de las relaciones internacionales, y adopción de un pabellón común que anuncie al mundo la creación de los Estados Unidos de Sud-América.

»¿Sueños? ¡Oh! Dios no puede permitir que se ponga el sol en los dominios de esta hermosa lengua española, en la que tantas cosas nobles se han dicho, en la que tantos seres desvalidos han aprendido el dogma de la inmortalidad cristiana, y en cuyas tradiciones han bebido nuestros competidores para saber cómo se vive por el ideal y cómo se muere por la gloria.»

HISPANUS

EL VIOLÍN ESPAÑOL

EN EL COSMOPOLITISMO DEL ARTE MUSICAL CONTEMPORÁNEO

Cuando empezó el siglo XIX era voz común entre la gente del arte, en nuestra Península y en una parte de la de Italia, que el primer ejecutante de piezas musicales en el violín era el rey de España Carlos IV. Lo ingrato de su caída y lo ingrato del resto de su ostracismo en Roma han sido causa de que á la posteridad su nombre no haya llegado enaltecido por la mágica aureola del arte. En la capilla de Palacio había reunido las primeras celebridades españolas del violín en su época; pues si el extremeño Narciso Villar había osado imponer, é impuso, la supremacía de su habilidad en Roma, y el vallisoletano Romualdo Pérez en París, y fray Martín Sunyer en Montserrat, Bonifacio Riesgo en Zaragoza, Antonio Rafal en Tarragona, y en Burgos el lucense Juan del Castillo mantenían sobresalientes reputaciones, con todo, en la capilla del real Palacio de Madrid, el vascongado Vicente Ongay y el catalán Jaime de Rosquellas empuñaban el cetro de su profesión, que sólo entre sí se disputaban, y Domingo Rodil, José de Zayas, Ramón Palandarias y Felipe de los Ríos no les andaban muy á la zaga. La opinión común de todos éstos era que el rey, en destreza de ejecución, á todos aventajaba.

En realidad, un verdadero genio en la particularidad de este instrumento no se presentó en la esfera práctica del

arte hasta que en Cremona nació Stradivarius para construirlo, y en Génova Paganini para hacerlo vibrar bajo la pulsación irresistible de sumas facultades. En la música de sala había ya alcanzado la superioridad indiscutible sobre todos los instrumentos de cuerda, tecla y madera. Sin la sonoridad del órgano, le aventajaba en la escala infinita gradual de sus vibraciones, y la crítica común de los hombres doctos le había erigido en el solio imperial de la armonía. Sus elementos constitutivos le decoraban de todas las condiciones de la perfección, no pudiéndose atribuir superioridad de unos y otros entre sí, sino contribuyendo en partes á esta perfección, así en lo puramente material de su organismo, su caja sonora, sus cuerdas tirantes y el tenue difumino de la cerda del arco, como en la mecánica de la ejecución el punto de apoyo, el pulso que ataca y el dedo que pisa. Sus registros contenían todos los tonos, y cada tono, en su máxima extensión, toda la varia fuerza ó suavidad del sonido, de modo que, en divisiones casi imperceptibles de tiempo, las vibraciones se sucedían con vertiginosa y casi imperceptible rapidez en él, modulando el infinito claro-oscuro de sus perpetuas y fascinadoras melodías.

Paganini apareció en Italia (1784-1840) cuando el mundo señorial de los *dilettanti* con más empeño se aferraba á sostener el imperio del piano-forte sobre todo otro instrumento de los hasta entonces preconizados en el sumo predicamento de la elegancia y del arte. En realidad, puede decirse que su nombre llenó por completo todo el ambiente artístico del alto mundo filarmónico de Europa en el casi medio siglo que vivió en un perpetuo triunfo bajo la avasalladora admiración de su genio, y el aura triunfal que le ceñía y la noble emulación que su mérito reconocido despertó por todas partes, fueron acicates poderosos bajo los que todas las Academias del bello arte, todos los Conservatorios que se constituyeron en aulas superiores de la juventud, y hasta todas las sociedades domésticas en que la música formaba la parte principal de sus honestas recreaciones, dieron al dominio del violín una importancia tan

preeminente como acusa la progresión de nombres ilustres que en su manejo y profesión se destacó desde entonces por todas partes, determinando un número considerable de ellos en la luminosa constelación donde confunden su grandeza, casi de un orden igual, los inspirados compositores, maestros en concebir y dictar en notas escritas las más secretas combinaciones del ritmo y de la armonía, y los que, ya con la propia voz, ya con el acorde instrumento, completan en su interpretación los prodigios ocultos hasta para los mismos que elevaron su mente á la concepción de las más bellas inspiraciones del compás y del número.

Antes de la fundación del Real Conservatorio de Madrid y de la libre organización de los teatros, la profesión de la música en todos sus instrumentos estaba adherida en España á las capillas reales y de algunas casas grandes, que las sustentaron hasta el primer tercio del siglo XIX, y á las de las iglesias catedrales y monasterios más opulentos, pues ni aun el propio teatro de la Opera facilitaba la aparición de ningún nombre especial sobresaliente, como no fuese en el canto. La función de la música en el teatro no era más que un simple mecanismo, que podría hasta llamarse subalterno. La sinfonía no solía interesar. En las obras de canto, ora fuese clásico, ora popular, no cautivaba la atención del público sino la voz peregrina del ejecutante clásico ó del cómico, árbitro absoluto del acompañamiento y del auditorio, sobre quien no tenía que atender más que á hacerle reír y divertirse; y en el baile la única seducción consistía en el talle gentil de la Terpsícore, ó en el paso ó el quiebro provocativo. Pocas más prerrogativas alcanzaba la música en el salón del mundo aristocrático; sólo en el templo cristiano imponía la emoción y el ambiente de su grandiosa solemnidad. No es atrevido afirmar que el mismo Nicolo Paganini, sin el ambiente pontifical de las capillas de San Pedro, acaso, acaso no habría podido desplegar, como desde ellas lo hizo bajo la protección de los Papas, las alas de su genio en la particularidad del instrumento á que tuvo el

secreto de arrancar las armonías que hasta entonces no habían herido jamás oído humano.

Después de las guerras napoleónicas, Fernando VII, que dominaba á la perfección el piano-forte, y que á todos los embajadores que España tenía acreditados en Roma y las demás cortes de Italia, en Viena, en Berlín y otras capitales de Alemania y en Londres, los ponía á contribución perpetua de cuantas mejores producciones musicales salían en ellas, sobre todo de los grandes maestros del arte clásico; luego que los reyes padres se deshicieron en la ciudad de los Pontífices del menor de sus hijos, el infante D. Francisco de Paula Antonio, y que éste llegó de su lento viaje por Viena y diversas ciudades de Francia, tuvo ya el concurso de éste para sus íntimos divertimientos musicales en Palacio. El infante D. Francisco de Paula Antonio se había perfeccionado en la proscripción en el violín, cuya predilección había heredado del rey Carlos IV; además cantaba, y á aquellos recreos domésticos frecuentemente fueron invitados algunos profesores de los de la capilla, principalmente los violinistas Juan Balado, que se consideraba como el primer violín de España, y D. Juan Guillermo Ortega, á quien el rey Fernando VII había otorgado la gracia de violinista de cámara, juntamente con la de primer violín de la real capilla. Por estas recreaciones pasaron, aunque no con la misma frecuencia, Lucas Guenéé, Manuel Carriles, Francisco Bacharela, Pablo Nadal, Juan Oliver, Manuel Salvatierra, y sobre todo Juan Díez, cuyo mérito lo elevó al profesorado del Conservatorio. También de estas sesiones salieron premios para pensionados en el extranjero, y París admiró entre éstos al gaditano D. Carlos Isla, que en aquella ciudad murió en 1821, antes de cumplir los diez y ocho años de su edad, malogrando con su muerte prematura las esperanzas que había hecho concebir la precocidad de sus facultades en el dominio del clásico instrumento. También alcanzó en París la muerte algunos años más tarde, en 1838, á otro sobresaliente violinista de Cádiz, Felipe Libón, que alcanzó el honor de la más íntima fa-

miliaridad en el arte con los más reputados violinistas europeos de su tiempo, y á quien siempre distinguió Paganini con particular estimación.

De la inclinación de los augustos miembros de nuestra Casa Real al culto de la música, no sólo tenemos las más lejanas remembranzas en monarcas y príncipes de todas las Coronas antiguas peninsulares (Castilla, Aragón y Navarra), sino que desde la unión de estos Estados en los Reyes Católicos, y el advenimiento de la dinastía de los Austrias, estas tradiciones se ensanchan y multiplican, llegando á su mayor esplendor en el siglo de nuestras mayores grandezas nacionales; en el siglo de Felipe II, en el que la música teórica y práctica se estudiaba con universal prestigio en nuestras Universidades maestras; en el siglo en que no sólo el monarca, sino los principales señores, sostenían capillas numerosísimas, y pagadas con un esplendor casi fabuloso, en sus casas señoriales y en sus fundaciones eclesiásticas. El nervio de toda esta parte del progreso artístico en Europa partía, á prestarle vitalidad por todo el mundo, de Madrid, donde ya pensionados de antemano, ó en busca de muníficas pensiones, concurrían, principalmente de los Estados de Flandes y de Italia, y de algunas partes de Alemania y Holanda, las capacidades de mayor graduación, así en el ejercicio de la voz como en el de los instrumentos, además de los que sin cesar sacaban sus títulos académicos de las aulas de Salamanca y Alcalá de Henares, y de los exámenes y concursos frecuentes de todos nuestros grandes monasterios. Durante el reinado de la casa de Borbón, la reina doña María Bárbara de Braganza, mujer del rey D. Fernando VI, componía preciosas obras, no sólo místicas, sino para el sarao y el canto; Carlos IV, como se ha dicho, se deleitaba en su consumada posesión del violín; la reina de Etruria, María Luisa, su hija, era una verdadera notabilidad al piano, así como el rey Fernando VII, su hermano. De otro de los hijos de Carlos IV y María Luisa, el infante D. Francisco de Paula Antonio, ya se han notado las habilidades en el violín y en el

canto. La reina gobernadora D.^a María Cristina de Borbón, cuarta mujer de Fernando VII, cantaba, del mismo modo, con una afinación exquisita, y ella misma presidía la instrucción musical de sus augustas hijas, la reina D.^a Isabel II y la infanta D.^a María Luisa Fernanda, duquesa de Montpensier, que no fueron menos aventajadas, así en el canto como en el piano. El rey D. Francisco de Asís heredó en este último instrumento todas las aptitudes de su padre. El infante D. Gabriel cantaba con preciosa voz de tenor. Y si el anciano Saldoni apellidó, así á la reina Isabel como al rey D. Francisco de Asís, «más bien padres que protectores de los artistas», entre sus hijas, la infanta D.^a María Isabel Francisca, la condesa viuda de Girgenti, habría alcanzado en la música, si su alta jerarquía no hubiera sido un obstáculo para ello, una de las más envidiables graduaciones, por la copia de las primorosas aptitudes que posee para la ejecución y el refinamiento de su gusto exquisito y de su profunda educación musical, que la constituye en la mayor maestra de los maestros del arte. Sólo ha existido una excepción, por cierto muy original, en esta augusta familia: la del rey D. Alfonso XII, que con gracejo decía que le gustaba más el batir de un tambor que la más dulce melodía de Schubert.

Al mediar el siglo XIX el violín español aún no había salido de las soñolencias de la infancia. Un estadista distinguido, que bajo el régimen de Fernando VII había sido su ministro de Estado, y que, habiendo alcanzado muy larga vida, todavía en la reforma de nuestras Instituciones constitucionales, á la muerte de aquel rey, fue procurador á Cortes de 1834 á 1836, y senador vitalicio desde 1845, D. Juan Gualberto González (1777-1857), desde 1817 había tenido en su casa un cuarteto de instrumentos de cuerda, en el que él tocaba la parte del segundo violín. De esta clase de aficionados había muchos en toda España; y en los primeros años de la vida del que esto escribe, en Ronda, una entonces aislada ciudad en el corazón de la serranía que lleva su nombre, obsequiábase en su casa

paterna á los forasteros distinguidos de su amistad que de las poblaciones capitales de aquella parte de Andalucía concurrían á la entonces renombrada feria del 20 de Mayo, cuyos vuelos seculares cortó más tarde la modernísima y animada de Sevilla, con otro quinteto, en que mi padre, D. José Pérez de Guzmán y Cobos, tocaba la flauta; mi hermana, D.^a María Josefa, el arpa; los violines primero y segundo, los hermanos profesores D. José y D. Francisco Junio, y la viola otro profesor, de apellido Sánchez, en cuyas agradables sesiones también pasaban por los atriles más piezas de música artística europea que de aires populares, ya locales, ya nacionales. No era sólo, por lo tanto, el piano el que ya ejercía el monopolio de la música de sala. Se cultivaban otros instrumentos de cuerda, que no era la borracha guitarra del Fígaro y del mesón, y el violín ocupaba el papel principal, que tenía conquistado en la orquesta y en el concierto. Tal vez en Madrid Eduardo Ficher empuñaba el cetro del clásico instrumento, cuando el genio de él, Paganini, bajaba al sepulcro; cuando en 1843 el pensionado de S. M. F., Vicente Tito Massoni, nos llegaba de Lisboa á hacernos conocer en la sala del teatro del Príncipe el *Gran concierto* de violín, de Beriot, y cuando, por último, el 21 de Mayo de 1836 nacía en Potes, en la provincia de Santander, JESÚS MONASTERIO, y el 10 de Marzo de 1840, en Pamplona, capital de Navarra, MARTÍN ó PABLO SARASATE, como él se firma; pero estos dos últimos nombres venían al torrente de la vida contemporánea en el momento en que el uno había de ser llamado, por la autoridad y el prestigio de su genio, á presidir aquella gran evolución, que haciendo reflejar sobre el arte musical en España el rayo de la luz espléndida con que el espíritu común cosmopolita del arte europeo había de venir á ejercer una poderosa influencia de nueva vida en el espíritu aletargado de la inspiración nacional; y el otro, con el arrebató que por dondequiera producía la cautivadora presión de su potente genio, había de llevar al espíritu común cosmopolita del arte europeo la influencia de nuestro profun-

do espíritu original. Monasterio y Sarasate llegaron á producir en el progreso de nuestro espíritu artístico musical dos movimientos que, aunque contrarios, realizándose á la vez simultáneos y uniformes, el uno de fuera á dentro, el otro de dentro á fuera, han sido los propulsores gigantescos de todo el renacimiento artístico-musical en que nos encontramos.

Aunque los biógrafos de Monasterio y de Sarasate, dispensando mayor honor á los elementos didácticos de fuera que perfeccionaron su educación musical, que á sus facultades ingénitas que son las que envuelven el germen del genio, decanten el magisterio ejercido sobre el primero en el Conservatorio de Bruselas por Beriot, y sobre el segundo en el Conservatorio de París por Alard, todo el fundamento de sus respectivas cualidades superiores con que se han encumbrado á la cima del arte que profesan, fue y es esencialmente nacional y español, como es esencialmente de su patria, Hungría, todo el fundamento orgánico de las cualidades artísticas del decano vivo de los grandes concertistas del violín en Europa, José Joachim, que en tantas cosas tiene una vida parecida con la de nuestros Monasterio y Sarasate, bien que nacido en Kittsée seis años antes que el primero de estos dos insignes artistas españoles. También á Joachim se le pondera el perfeccionamiento de su educación profesional en Leipzig, bajo el magisterio de David y de Kaupmann, cuando, en realidad, toda la base de su educación la debió al Conservatorio imperial y real de Viena, en que comenzó su carrera. Ni en nuestros Monasterio y Sarasate, ni en el húngaro Joachim, son de menospreciar estos principios que afianzaron en ellos el espíritu nacional hacia su respectiva cuna que á todos los individualiza: por eso, cuando su Musa artística respectiva pasa de su interpretación y ejecución á su concepción y creación propias, Monasterio escribe con estro inmortal su *Adiós á la Alhambra*, Sarasate sus *Zortzicos* vascongados, y Joachim su *Gran concierto húngaro*.

Cuando nuestro Monasterio, al amparo de un Mecenas tan noble como entusiasta, el casi desconocido santanderino D. Ba-

silio de Montoya, fue arrancado de las montañas natales cántabras, en que la orfandad en que había quedado por la temprana muerte de su padre, y donde estuvo en peligro de ahogar de todo punto en su aurora su genio y su carrera, y de un salto pasó á las aulas de Bruselas, tuvo aquí, en efecto, por maestros: á Beriot, en la mecánica del violín; á Lemmens, en los principios de la armonía; á Fétis, en los del contrapunto, y al entusiasta por España, cuya lengua habla y escribe, Francisco Augusto Gevaert, en los de la composición. Pero ¿era ya, por ventura, Monasterio, cuando apareció en las aulas de Bruselas, á pesar de su juvenil edad, ni un alumno ni un artista intonso? Su maravillosa precocidad se reveló desde la infancia, cuando acompañando por los campos nativos de Potes á su buen padre, que solazaba sus paseos solitarios con el gusto del violín, ora se enternecía bajo la impresión melódica de los sonos que aquél le arrancaba, ora le cogía el músico instrumento, pretendiendo con impotente instinto arrancar él también al violín los acordes que ya le enamoraban y cuyo manual mecanismo se empeñaba en adivinar.—*Como una reliquia santa*—suele decir Monasterio—*conservo aquel violín de mi padre, de mi cuna y de mi instintiva inclinación. El juguete de mi infancia que en él conservo, contiene todos los gérmenes de mis afectos humanos y constituye el más grato laurel de mi carrera.*—En aquel humilde instrumento, el obscuro primer violín de la capilla catedral de Palencia, D. Juan de Ortega Zapata, le dió las primeras lecciones de ejecución. Con aquel humilde instrumento pisó en 1843, de siete años de edad, las grandiosas estancias de Palacio, para hacerse oír en su admirable precocidad de las dos augustas y jóvenes huérfanas del trono que en ellas moraban, la reina niña D.^a Isabel II y su hermana la princesa D.^a María Luisa Fernanda, que le colmaron de agasajos y caricias. Con aquel humilde instrumento fue solicitado por el regente del Reino, duque de la Victoria, para que pasase á recrear los salones de la duquesa, su esposa, que trató de hacer trocar aquel violín-reliquia por el que es-

pléndidamente le regaló, de los que habían pertenecido al real aficionado del solio, Carlos IV; y con aquel humilde instrumento, en fin, volvió en Madrid mismo á recibir las lecciones de su no olvidado maestro de Palencia, Ortega Zapata, cuando á éste cupo en gracia pasar del rango de primer violín de la Catedral palentina al de primer violín de la capilla de Su Majestad en el regio alcázar de la corte. En jira triunfal de admiración y aplausos corrió por entonces también *el niño Jesús Monasterio* algunas grandes ciudades de la Península, con aquel humilde violín siempre consigo, y sin más repuesto artístico que los escasos elementos de su educación artística en Potes, junto á su padre, en Palencia y en Madrid; pero si aquel humilde violín y estos humildes elementos de su educación musical bastaron en edad tan temprana para revelar la superioridad del genio que en él existía, ¿ha de atribuirse su posterior y magistral valer artístico á las lecciones de Beriot, de Lemmens, de Fétis y de Gevaert, en Bruselas? El brillante lo es siempre en sí antes y después que el pulimentador lo entalle, y el brillante Monasterio era, aun antes de pisar las aulas del primer Conservatorio de Bélgica, piedra preciosa del arte nacional, al que él después ha consagrado patrióticamente todos sus resplandores.

En estos raros paralelismos del genio, los principios artísticos de Monasterio son casi los mismos que los principios artísticos de nuestro Sarasate y del decano de los concertistas de violín en Europa, el húngaro José Joachim, sin otras diferencias esenciales que las de tiempo y lugar. Monasterio, hijo de un miembro de la magistratura española, siguió, mientras éste vivió, los pasos de la carrera de su padre, recibiendo con ellos los influjos de su primera educación en Potes, en Palencia y en Madrid, donde se da á conocer á los siete años de su edad. Joachim, hijo de un mercader israelita, se educa en Viena; pero á los doce años deserta del Imperio austro-húngaro, y se hace admirar en su brillante precocidad en Leipzig, antes de tomar las lecciones de David y de Kaupmann. Por último: Sa-

rasate, hijo del músico mayor de un regimiento, tiene en su infancia la casi continua movilidad á que á la sazón estaba sometida toda institución militar, y aunque nacido en Pamplona en 1840, cinco años más tarde se hallaba en Santiago de Galicia, donde el primer violín de la capilla de aquella gran metropolitana, D. José Curtier, se empleaba en descubrir y despertar el inmenso genio artístico de aquel niño. Su precocidad excesiva le atrajo la afición de toda la oficialidad del regimiento. Se inauguraron unas funciones de teatro, y se le invitó á presentarse en él con su violín. Acudió, en efecto: entusiasmó hasta el delirio; las damas lo hicieron llevar á sus palcos, le mimaron, le besaron, le cargaron de dijes, y la condesa de Espoz y Mina lo pensionó, como á Monasterio Montoya, para costear su educación musical. En realidad, el maestro violinista Manuel Rodríguez, bajo cuya instrucción fue puesto, no era ningún dios del arte; pero aun sin ser ninguna de aquellas reputaciones que en el extranjero suelen formarse hasta de los que no pasan del rango de discretas medianías, Rodríguez tuvo comprensión suficiente para hacer presentar á su joven alumno en Aranjuez á la reina madre, D.^a María Cristina de Borbón, y condecorado con esta distinción, para hacerlo aparecer en el proscenio del teatro del Circo, y después en el del teatro Real.

Indudablemente, Sarasate explotó su precocidad, que le valió nombradía, aplausos y recursos; pero cuando en 1866 se inscribió en el Conservatorio de París bajo las disciplinas de Alard, contaba ya veintiséis años y llevaba la aureola de una brillante aunque incipiente reputación. La capacidad ya estaba medida y graduada á la altura del genio. Sus éxitos sucesivos, y casi puede decirse incomparables, consagraron inmediatamente, y consagran más cada día, el acierto de esta primera calificación. En la cumbre de los concertistas del violín en la actualidad se encuentran Crickboom y Marsick, el belga Ysaye y el rumano Jorge Enesco, Kuberlick y Jacobo Thibaud, el ruso Alejandro Petschikoff y el sajón Haus Heermann, César Thomson, de Lieja, y el milanés Ariodante Goggi y el geno-

vés Corsanego, y con F. Touche, que es sin duda uno de los más brillantes, entre el coro de las hermosas artistas Eva Rolland, Bianca Martini y La-Tua. Otros dos españoles (prescindiendo del maestro Andrés Goñi, que sigue imponiendo su reconocida superioridad en San Sebastián, Valencia y Lisboa), Alberto Geloso, nacido en Madrid en 1863, y el valenciano Benetó, llegan jóvenes á la palestra con el milanés Gastón Leoncavallo y los genoveses La-Rosa y Gillardini, ambiciosos de conquistar la corona del honor y del mérito. ¡Nada digamos de Enrique Fernández Arbós, el pensionado de la infanta doña Isabel, ilustre en todos los círculos supremos del arte en Alemania, en Bélgica, en Italia y en la Gran Bretaña! Pero entre tanto nombre culminante, si se exceptúa al septagenario Joachim, á quien decora la primacía de la edad, á nuestro Sarasate, por voz universal, pertenece la primacía reconocida que dictó desde tan joven aquella primera calificación de que por ningún otro ha podido todavía ser postergado.

Si en grados de capacidad se igualan nuestros dos grandes violinistas europeos Monasterio y Sarasate, ni son iguales en las dotes técnicas de la interpretación y de la ejecución, ni en la dirección de su espíritu y de su carrera. Las dotes técnicas de estos dos colosos del violín corresponden en cada uno de ellos á aquella dirección que desde un principio en su vida artística diseña las líneas en que cada uno forma su carácter individual. La niñez sedentaria de Monasterio, desde la casa paterna, refleja en la tendencia sedentaria de su espíritu quieto y reposado: así siempre tendió á la regularidad de las posiciones constituidas, lo que necesariamente desde luego tuvo que conducirle á las disciplinas del magisterio. Sarasate posee, como herencia de su infancia, el cosmopolitismo del genio. El soldado va donde va su regimiento: muchas veces no le es lícito dormir varias noches seguidas bajo un mismo techo ó bajo una misma lona. El hijo del músico mayor del regimiento de Aragón siente en sus venas el impulso de esta continua y casi vertiginosa movilidad. Con estos dos rasgos basta para apre-

ciar el destino que ha incumbido á cada uno de los dos en el influjo que han ejercido, Monasterio para traer á su patria el espíritu moderno del exterior, y Sarasate para difundir por todo el orbe civilizado, que de triunfo en triunfo ha recorrido, el espíritu original de su patria, con la eterna poesía que vieren las inspiraciones propias de cada localidad. No es decir esto que en España no se haya estado siempre al corriente, al menos en los altos círculos del arte, del espíritu predominante en las grandes corrientes y entre los grandes nombres de cada una de las escuelas del extranjero, ni que en el extranjero, recíprocamente, se haya carecido en ningún tiempo de la noticia de la producción artística nacional. Carlos IV, que no era más que un culto aficionado, tocaba al violín algunas piezas de la *Armida*, de Gluck, y cuando las hubo dominado, decía á Vicente Ongay:—*¿Qué te parece que debo estudiar ahora: la EFIGENIA ó el ALCESTES?*» Pero realmente, hasta que el violín de Sarasate los ha idealizado, no se han impuesto despotícamente á los aplausos de la Europa culta, en las grandes salas que pueden apellidarse los templos majestuosos del arte, los *zortzicos* del país vascongado, las *jotas* de Aragón, la *muñeira* de Galicia, las *sevillanas* y *peteneras* de Andalucía, y algunas composiciones de concierto de nuestros más ilustres maestros vivos del último renacimiento, entre las obras de Mendelshon y de Beethoven, de Raff y de Wieniaski, de Rossini y Bazzini, de Mackenzie y de Saint-Saens y de las de Goltermann, de Greig, de Dunkler, de Ernst, que ha hecho oír en sus últimos conciertos.

No renunció Monasterio, en el primer vuelo de su carrera artística, á las lisonjas del aplauso de los grandes públicos europeos, que estimulan al genio y crean la reputación inmortal. Ya laureado con los premios de honor del Conservatorio de Bruselas, había obtenido en Madrid título de violinista honorario de la Capilla Real, cuando admitió las proposiciones que se le hicieron para tomar parte en las temporadas anuales de 1854 á 1857 en los grandes conciertos de las salas de Lon-

dres, Dublin y Edimburgo. En este último año obtuvo plaza de número en la orquesta de nuestra Capilla Real, y título de profesor de violín en nuestro Real Conservatorio; mas desde 1861 emprendió otra serie de viajes artísticos por Bélgica, Holanda y Alemania, y como Joachim, en 1848, puso término á su reputación definitiva en los conciertos del Fewendhaus de Leipzig, en los conciertos del Gewendhaus de Leipzig, Monasterio, en esta época, selló para siempre el alto concepto universal que lo calificó de inimitable en la suprema elegancia de su ejecución y en la pureza y suavidad de sonidos, su cualidad más característica, en que hasta aquí no ha tenido ni tendrá semejantes. Meyerbeer, en Berlín, le dispensó el honor de acompañarle al piano, extasiado de la gallardía de aquel arco que en la mano de Monasterio es un cetro; y así como á Joachim sirvióle en 1850 la palanca de Listz para que se le ofreciera la dirección de los conciertos de la corte de Weimar, el no menos célebre compositor Lassen, presentando en Weimar á Monasterio al Gran Duque, también fue la palanca para que en 1862 se le brindara con la plaza de primer violín de cámara y con la dirección de los conciertos que antes habían ocupado Laub y Joachim. El mismo ofrecimiento se le hizo después en Bruselas, para suceder al que había sido su maestro, Beriot; mas Monasterio pensaba entonces más en su patria que en sí mismo: decidido á ser aquí el motor del renacimiento artístico moderno, renunció á uno y otro honor, para venir á Madrid á fundar aquel mismo año la *Sociedad de Cuartetos*, en que primero se auxilió de Pérez, Lestán y Castellanos, y después de Pérez y Mirecki. Las sucesivas evoluciones de los dos magisterios á que le llamaron su cátedra del Conservatorio y la dirección sucesiva, en 1863, de la *Sociedad de Cuartetos* fundada por él; en 1864, de la orquesta de los *Conciertos clásicos* que dió la *Asociación de Socorros mutuos de Artistas*, y en 1869, de la orquesta de los conciertos de la *Sociedad de Conciertos* que dos años antes había fundado el ilustre Barbieri, ocuparon ya toda su vida, dando un corte definitivo en su carrera á la

movilidad de las expediciones artísticas cosmopolitas por las grandes naciones de Europa.

Su magisterio en el Conservatorio fue una completa renovación hasta de los métodos de enseñanza. Con el espíritu del reformismo moderno, que sin salir del círculo de la eterna estética, del sentimiento y de la ejecución clásica, había traído de sus escuelas de Bruselas y de sus viajes por Europa, compuso aquellos veinte *Estudios para violín*, que en Bélgica le publicó su maestro Gevaert, honrando su edición con un prólogo, y estos *Estudios* fueron declarados simultáneamente de texto, así en el Conservatorio de Madrid como en el de Bruselas. De este magisterio ha emanado toda la generación brillantemente batalladora de nuestro último renacimiento artístico. Aquel magisterio se constituyó además en una vena siempre afluyente de protección y de paternidad, y orgulloso del mérito de los que educaba, como de sus propios hijos, proveía luego hasta á su colocación, con instancias semejantes á la que con Barbieri hizo en favor del ya laureado maestro Marqués, en aquella carta que Monasterio le escribió el 18 de Enero de 1867, cuando Barbieri hacía selección de capacidades para constituir su *Sociedad de Conciertos*, y en la que le decía: «*Queridísimo Paco*: te recomiendo al dador, mi discípulo Marqués, que es de los *de punta*, para que, sin andar en repulgos ni melindres, me lo coloques entre los violines primeros de tu orquesta. En cualquiera de las más grandes puede ser el primero. No te doy las gracias, por ser tú quien tendrás que dármelas por tal adquisición. Tu apasionado de veras, JESÚS.»

¿Quién, como Monasterio, abrió el camino de la notoriedad gloriosa, barajando sus obras en sus conciertos con las de los nombres de mayor autoridad del mundo artístico del clasicismo antiguo y del mundo artístico del individualismo moderno, al citado Marqués, á Chapí, á Ledesma, á Espino, á Zubiaurre, á Juarranz, á Bretón, á Obiols, á Carreras, á Casamitjana, á García y á tantos otros, que á impulsos suyos se

han hecho populares en España, y á impulsos suyos han atravesado la frontera?

Propulsor principal en nuestra patria de la comunicación restauradora del nuevo espíritu del arte en Europa, no sólo hizo familiarizar en medio de la eterna apatía del espíritu español todos los nombres y todas las obras brillantes de los compositores clásicos que llenan el mundo de su fama, sino todos los nombres y todas las obras brillantes de los que han impuesto á sus producciones ese sello especial de cada particular individualismo á que se ha dado la denominación de *modernismo*, así en la música como en las demás artes. Para imponerlos hasta á los intransigentes del oficio, tuvo que reñir duras batallas, y hay una carta suya del 25 de Diciembre de 1888, dirigida á Barbieri, acerca de la ejecución de una obra de Rubinstein en uno de sus conciertos, que es la prueba más concluyente de aquella oposición que se hacía á la introducción del *modernismo* en España, y de la fe con que Monasterio defendía su fecunda iniciativa. En el espíritu de Monasterio, su amistad por Barbieri era un culto, en que tanto como un cordial compañerismo en el arte, influía una sincera admiración al maestro de más entraña nacional que España jamás ha tenido. La presencia de Barbieri, dondequiera que Monasterio funcionaba, era la suprema consagración de sus éxitos, y en su correspondencia con aquél se multiplican los billetes y tarjetas respaldadas, como los siguientes:

«1863 (sin día ni mes). Querido Paco: En nombre de la benemérita *Sociedad de Cuartetos*, tengo el gusto de incluirte el adjunto billete, esperando que honrarás todas nuestras sesiones con tu asistencia. Si así lo hicieras, Dios te lo premie; y si no, te lo demande.—*El niño Jesús*.» «1869, 7 de Abril. Espero no dejarás de favorecerme asistiendo á nuestros conciertos, y confío en que serás indulgente y benévolo con el pobre director, que se ve obligado á ocupar el mismo puesto en el que tan legítimos triunfos y tan envidiable gloria has sabido conquistar con tu talento.» Otra tarjeta de 1869, sin día ni

mes: «Querido Paco: Espero que entre el *meeting* republicano y el *Quinteto* de Mozart, optarás por este último: de lo contrario, no te volveré á mirar más á la cara.» «1876, Mayo (sin día). Jesús de Monasterio te ruega te sirvas asistir á la comida con que tendrá el gusto de obsequiar á todos sus comprofesores de la *Sociedad de Cuartetos*, el sábado 13 del corriente, á las tres de la tarde, en el *Café de la Perla*.» «1886, 11 Marzo. Le envía butacas para el teatro del Príncipe Alfonso, para él y para su señora, suponiendo «que querréis asistir á la última *corrida* de la temporada, en que se *lidiarán* tres hermosísimos *bichos*, todos ellos de la antigua y acreditada *ganadería* de Mozart.»

Con tales relaciones entre Monasterio y Barbieri, en la temporada de 1888 ocurre entre los dos este lance. La *Sociedad de Conciertos* había ejecutado la *Sonata* de Rubinstein, anunciada en el programa. Apenas preludiada la obra, Barbieri se levanta de la butaca que ocupaba, en forma que todo el público se apercibiese del acto que cometía, y se sale de la sala. La función termina, y Barbieri no pasa, como tiene por costumbre, á felicitar á sus comprofesores, que se quejan amargamente del desaire. Monasterio, que ha penetrado la intención de Barbieri, censura su intransigencia con el maestro compositor, y le disculpa en la del desaire á los ejecutantes. Pero aquella noche coinciden los dos en los salones de una gran dama, y Monasterio, deliberadamente, pasa junto á Barbieri, á quien dice:—*Cuando escribas una SONATA como la de Rubinstein, hablaremos*.—Barbieri disimula; mas al retirarse á su casa, coge la pluma y escribe á Monasterio una carta de las suyas. Monasterio no se violenta por su lectura, y le contesta:—«Reconozco tu sobrada competencia para apreciar debidamente cuantas obras interprete la *Sociedad de Cuartetos*, y además tu perfecto derecho á juzgarlas con arreglo á tus arraigadas convicciones en materias de nuestro arte. Pero me duele, por lo mismo que soy verdadero amigo tuyo y estimo en lo mucho que vale tu personalidad artística, la manera

como expresas, ya de palabra, ya por medio de significativos gestos, tu desagrado respecto de obras renombradas, cuyos autores gozan de notoria reputación en el mundo musical. Se trata de una persona como tú, que tiene tanta ilustración y ejerce tanta influencia en los círculos del arte. He tenido que romper, por esto, muchas veces lanzas en tu defensa. La razón es muy sencilla. Oigo las frecuentes críticas que de ti hacen hasta tus mismos amigos, por tu manera poco benévola de tratar á ciertos respetados maestros, y creo que no te favorecen. Además, á todos mis consocios ha causado algunas veces mal efecto verte abandonar el asiento en el salón por no oír las obras de determinados autores; y aunque comprendemos que tu esquivez sólo á éstos va dirigida, todos nos sentimos desairados de semejante desvío por tu parte. Para mí no hay ofensa. Conozco bien las vehemencias de tu carácter, y además te estimo mucho, mucho, para conservar siempre y á todo trance nuestra amistad inquebrantable. »

De este pasajero episodio de las relaciones de Monasterio con Barbieri no hay que deducir más que lo que antes se ha afirmado; esto es, que á Monasterio hay que considerarlo como el principal propulsor de la introducción en España del nuevo espíritu del arte moderno, esencialmente individualista en su concepción, en su expresión, en su sentimiento; que la introducción de este espíritu exterior en España ha sido uno de los elementos generadores del renacimiento artístico en que nos hallamos, y que para su introducción Monasterio tuvo que vencer con su solicitud, su fe y su constancia, esas poderosas resistencias que entre nosotros mantienen siempre vivas todos los tradicionalismos.

Esta obra de renovación no ha quedado ahogada entre nosotros; y sofocada por esa muralla de la China que los ingratos Pirineos y las ingratas márgenes de los dos mares que absolutamente nos aislan en medio del activo y palpitante movimiento humano oponen tenazmente á la expansión del espíritu y del genio nacional, sin la acción simultánea y gloriosa de

Sarasate, cuya eficacia difusiva y cosmopolita no hay rincón del mundo civilizado en que no se haya hecho y haga sentir en los treinta y siete años que arrastra de perpetua peregrinación artística, llevando como único amuleto de su imposición personal y del genio nacional que le acompaña el fascinador caduceo de su diáfano violín. La admiración que por dondequiera que pasa esmalta de flores y premios su camino, le atribuye todas las perfecciones de la superioridad; y, en efecto, es el gigante, porque es el genio. Los demás grandes concertistas de violín que con él comparten el honor de la más alta nombradía, en sus facultades sobresalientes dejan siempre entrever el influjo de una escuela. En vano á Sarasate se le apellida el discípulo de Alard: Sarasate tiene por sí mismo tal personalidad, que Sarasate sólo es él, y nada, en su arte suprema, refleja sino su inmensa personalidad. Ha trafagado mil veces todas las naciones de Europa, de las que conoce el habla, los sentimientos y las costumbres. Nada se le ha pegado de parte alguna. Él conserva en medio de su agitación cosmopolita los rasgos de su cuna navarra al pie de los altares de San Fermín. Lo que en él sale fuera de la fisonomía local del país en que se mecía su cuna es lo que engrandece su espíritu español. Jamás faltará un solo año á las fiestas del santo patrón de los afectos nativos. Todas las riquezas que á los pies del artista han puesto como tributos de admiración todos los soberanos del trono que imperan sobre la culta Europa, él las ha depositado dádovoso al pie de aquel altar y en el amado dintel de aquella patria que le arrulló en la infancia los alados ensueños de su gloria; pero hasta el *zortzico*, que en las maravillas de su violín mezcla con los acordes académicos de los compositores más afamados de todo el mundo, es un aire local y una producción española. También tiene su historia, en que toma parte el padre de la música española del siglo XIX, el célebre Barbieri.

A mediados de Junio de 1886, Sarasate, en una de sus expediciones, se hallaba en Madrid. Quería que Barbieri le escribiera el *Zortzico*, y le parecía una chinchorrería el deman-

dárselo. El día 19 escribió una carta, en que decía á Barbieri: «Queridísimo maestro: Tocamos esta noche dos interesantes cuartetos. ¿Quiere usted oírlos? Sería para mí un verdadero placer y una gran satisfacción. Su amigo y admirador, *Pablo Sarasate*.—A las nueve y media y sin frac; casa de Lhardy.» Entre las felicitaciones calurosas de la audición magistral, Sarasate le reveló su empeño, al que al punto Barbieri asintió. «A mediados de Agosto siguiente, Barbieri se hallaba en el hotel Ezcurrea, de San Sebastián, y Sarasate en Bilbao. Barbieri se había reservado el cumplimiento de su empeño, hasta poder escribir su obra bajo la inspiración inmediata del ambiente local. Lo escribió, en efecto; lo ensayó al piano, y, satisfecho de su obra, se la envió á Sarasate. La alegría del sublime violinista al recibirla tiene una sinceridad casi infantil. En nada se refleja ésta como en la carta en que envió á Barbieri el acuse de su llegada y la emoción de su gratitud. Así le decía con fecha del 24 de Agosto, en Bilbao:—«¡Viva Barbieri! ¡Viva todo lo bonito que ha hecho, que no es poco decir! ¡Viva su gracia, su gran sangre, su poesía y tanta cosa buena que tiene, que ya es demasiado para un solo hombre! Me he puesto más finchado que un portugués al recibir el *Zortzico*, y trataré de no estropearlo! ¡Esto es lo que yo quería! Se despide con un millón de gracias y otros tantos abrazos, su gran admirador y amigo—(dentro de un pentagrama con clave de sol y notas musicales)—SA... RA... SA... TE.» Este *Zortzico* es el que, interpretado al violín por el gran maestro en sus provincias nativas, produce el delirio de sus nobles conterráneos navarros y vascongados. Este *Zortzico*, y su *Jota* aragonesa, y su *Muñeira* de Galicia, y sus *Sevillanas* y sus *Peteneras* de Andalucía, con las grandes piezas españolas de concierto de Monasterio, de Chapí, de Bretón, de Marqués, con las que el violín prodigioso de Sarasate ha inundado por dondequiera que ha ido, con el espíritu original de su patria española, el mundo culto del arte, en donde se levanta el trono de su genio.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

CRÓNICA LITERARIA

Antonio Azorín, por J. Martínez Ruiz.

Decir que *Antonio Azorín*, de Martínez Ruiz, es un libro interesante, no sería la palabra apropiada. En libros de su género—*Antonio Azorín* es una novela, la historia de ciertos lances que le ocurren á un sujeto imaginario, aunque se aparte dicho libro de la ordenación clásica de la novela—el interés se compone de emoción y curiosidad, y suele despertarse más vivo é intenso ante el espectáculo de hechos y aventuras que ante el análisis de las interioridades psicológicas de los personajes.

El interés en literatura es, en la mayoría de los casos, interés dramático, interés unido á una acción ó dependiente de ella. Y en el libro de Martínez Ruiz apenas hay acción: es una novela en que no pasa nada. Desde este punto de vista no se le puede llamar interesante.

Esto mismo aquilata el valor del libro de Martínez Ruiz, si se considera el partido que el autor ha sacado de la escasa materia dramática de esta obra. Puede decirse que en ella todo es arte, presentación, procedimiento, habilidad para comunicar á escenas y estados de alma que en sí son pequeños, fragmentarios, ajenos á toda finalidad superior, el poder sugestivo de la emoción, el encanto de las descripciones, que descubren tras las apariencias de las cosas algo de su esencia ó de su razón interior, y el atractivo de un estilo excelente que en ningún momento se desvía de los dictados del buen gusto.

Pero además de estos méritos de ejecución y de forma, tiene

Antonio Azorín otro carácter—no diré mérito,—que hace que este libro, si no interesante en el sentido á que antes se alude, y que es el sentido en que ordinariamente se habla de interés tratándose de novelas, sea sumamente curioso y en alto grado sugestivo. Refleja la obra del Sr. Martínez Ruiz dos hechos sociales que con diferente generalidad se observan en nuestra época: la disgregación ó diseminación de la vida por falta de principios de unidad, y la aspiración del pensamiento á sobreponerse á la acción en vez de ser auxiliar, ó á lo sumo compañero, de ella.

Digo que es diferente el grado de generalidad de estos hechos, porque el segundo se limita sin duda á una corta minoría, á los llamados intelectuales, y aun á parte de ellos, mientras que el primero aparece mucho más extendido, aunque también sea más visible, en las clases que en mayor proporción participan de la cultura.

Ese fraccionamiento de la vida es un fenómeno en extremo complejo; pero con todo, fácil es advertir que se debe al naufragio ó á la debilitación de los principios directores de la conducta y de la inteligencia. Vivimos en una época de minuciosidad y de detalle; asistimos al triunfo del hecho, del fenómeno, y así se da el contraste de que mientras en todo aquello que depende de la observación de casos concretos y fenómenos particulares, de la averiguación de sus inmediatas leyes de producción y funcionamiento y de sus aplicaciones, el saber moderno aventaja inmensamente al antiguo, en cambio en lo general, en todas las vastas concepciones con que el hombre ha tratado de explicarse la razón de ser del universo, el origen y causas de las cosas, la existencia de un orden superior al mundo visible, los fines de las sociedades humanas y de los individuos, ese mismo saber, tan rico, profundo y minucioso en los detalles, ha añadido muy poco ó nada á las grandes creaciones religiosas y filosóficas del pasado.

La decadencia de los principios, que antes eran norte de la vida, quita á ésta el espíritu de unidad y la deja entregada á

las impresiones fugaces de cada momento y á los impulsos del azar. Ha perdido la brújula, se ha borrado la senda delante de sus ojos, y, falta de guía, va de un lado á otro y no se atreve á perseguir más que objetivos muy cercanos y pasajeros.

A esa desestima de los principios religiosos, metafísicos, morales, se une el desarrollo creciente del espíritu analítico, que quiere escudriñar todo al pormenor y revisar las particularidades más menudas de las cosas. Así, con ese paciente é incansable trabajo de microscopio, se ha ido reuniendo el acervo inmenso de observaciones, de hechos registrados, de datos reunidos que forma la herencia del siglo XIX; pero esa misma abundancia de pormenores parece sumergir en su inmensidad y ocultar debajo de su variedad las líneas generales. Construir una metafísica, indagar una filosofía de la historia, y hasta escribir una historia universal, se juzgan empresas cuya época ha pasado. Estamos en la época de los especialistas y de las monografías. Se sabe demasiado para que la multiplicidad de los conocimientos parciales permita abarcar á un hombre la varia y extensa esfera de conocimientos que abarcaban los antiguos filósofos, y al mismo tiempo se sabe demasiado poco para poder inducir de aquel maremágnum de datos sueltos una ordenación firme y segura de conjunto.

Al perder la fe en los principios, en lo general, el hombre ha caído en una nueva superstición, tal vez tan engañosa, en la superstición del hecho, de la experimentación, olvidando que vivimos en un mundo de apariencias en que no podemos discernir la parte que han puesto nuestros sentidos y la que ha puesto la verdadera y misteriosa realidad de las cosas, si es que esa realidad existe fuera de nuestra representación. Y ese culto de lo particular, de lo positivo y de lo inmediato, que domina en la ciencia y en la práctica de la vida, ha pasado también al arte, y es natural que la literatura lo refleje, y en particular la novela, que es el género predominante en esta época y el más abierto á todas las influencias del ambiente social.

La evolución de la novela ha seguido los mismos pasos que

la de la historia. Al principio, la historia no pretende contarlo todo. Quiere referir los hechos memorables; recordar las hazañas de los grandes personajes; habla de dioses, de príncipes, de guerreros y sabios. Mas luego le llega su día al estado llano; se hace también en el campo de la historia la revolución democrática é igualitaria, y todos aquellos grandilocuentes relatos, todas aquellas figuras majestuosas de tragedia, quedan relegados á segundo término; el coro se adelanta, la plebe invade la escena, y lo que busca con preferencia el historiador son los datos de la historia interna. Poco á poco va despertando la curiosidad, no ya la vida pública, sino hasta la privada de los hombres del pasado, y se quiere averiguar, y se averigua en parte ó en todo, cómo vivían, qué comían, qué vestidos y calzado usaban, en qué albergue moraban, qué tributos pagaban, en qué entretenimientos esparcían su ánimo el egipcio contemporáneo de los Ramsés, el griego de la época de Pericles, el romano de la República ó el Imperio, el barón y el villano de los estados medioevales de la Europa cristiana. La historia se va apartando así de su papel primero de archivo de los grandes hechos humanos, de depósito de ejemplos memorables y maestra de la vida. Porque si bien hay lección, y á veces lección más provechosa y fecunda que la que pudieran ofrecer los grandes hechos, en el espectáculo de la vida de las muchedumbres pasadas, no persigue ya exclusivamente la historia aquellos sucesos de que se desprende una enseñanza aprovechable; quiere saberlo todo, averiguarlo todo, lo frívolo y lo grave, lo nimio y lo importante; busca el saber por el saber; averigua incansable las vidas ajenas de los que fueron, como el curioso y entrometido las de aquellos que con él conviven. La historia, que fue antes reservado de personajes distinguidos, tiene hoy puesto á la puerta: *entrada libre*. El vulgo entra en ella en tropel, y como es el más numeroso, es quien más la ocupa.

Lo mismo sucede en la novela. También fue en sus principios relato de lances peregrinos dignos de recordación; de aventuras prodigiosas, de ejemplos por algún concepto nota-

bles. Cuando no la vida completa de sus héroes, relataba los sucesos principales de ella, el momento dramático que esas vidas tuvieron; mas luego, á la teoría de la importancia del asunto ha sucedido la teoría subjetiva de la indiferencia de éste, de que el toque está en que el novelista preste poesía á los hechos más comunes y los avalore con la agudeza de su observación. Y así, la vida del más prosaico burgués, y no ya su vida entera, sino cualquiera de las jornadas de ella, resulta materia novelesca.

Antonio Azorín no es un burgués prosaico, es un pensador, un artista; pero lo que le ocurre en el libro de Martínez Ruiz es nimio, común, indiferente. No le ocurre nada de particular, sino que filosofa sobre todo. Asistimos á su pensar más que á su vivir. ¿Vive Antonio Azorín? ¿Le interesa algo? ¿Persigue algún fin?

Mejor que otro alguno pudiera contestar con el axioma cartesiano, para dar razón de su existencia. Parece que Azorín existe para escudriñar en las cosas, para observar curiosamente los fenómenos que *su mundo*, la realidad que le rodea, chica ó grande, le ofrece.

Ese rasgo del personaje nos lleva al segundo de los caracteres que antes señalábamos en la novela: la aspiración del pensamiento á suplantar á la acción, no á dirigirla, sino á reducirla al *mínimum* y á ocupar su puesto. Fenómeno es éste excepcional, por de contado, y que sólo puede darse, en su forma típica, en un corto número de personas muy inteligentes, en las cuales llega como á hipertrofiarse la inteligencia y á convertirse en objeto y fin único de la vida. Sin embargo, esa inversión de la relación natural que media entre el pensamiento y la vida, se produce también con caracteres de generalidad, aunque sea en forma menos aguda, en aquellos pueblos indolentes cuyos individuos se entregan con facilidad á una pereza soñadora; los individuos de las clases inferiores que participan de esta tendencia á la meditación ociosa, aunque no se den cuenta exacta de aquel predominio de la represen-

tación sobre la voluntad, de la vida interior sobre la exterior, de él participan también en algún grado, si bien en ellos el excedente de actividad mental sin útil empleo suele traducirse en divagaciones imaginativas, y no en agudo análisis intelectual de las cosas. No discurrirán como Azorín; se limitarán á un difuso soñar.

Guarda relación, en sus orígenes al menos, este fenómeno con el otro antes citado del fraccionamiento de la vida. La ruina de los principios ha despojado de finalidad á la vida ó la ha dejado sólo aquellas finalidades inmediatas que no trascienden de su diario horizonte, y al mismo tiempo el espíritu analítico ha contribuído á la hipertrofia del pensamiento. El papel de espectador de la vida seduce á muchos, como si él bastara para colocarlos fuera del alcance de las miserias que afligen á los hombres. Pero el espectáculo es demasiado triste, fomenta demasiado el tedio. Así se llega á ese exceso del pensar solitario, por placer, por entretenimiento, sin fin alguno de utilidad, que pára en un vicio mental, en una especie de borrachera, en un opio sin opio, en una delectación oculta, que se torna amarga y casi vergonzosa, y en que se disipa la verdadera fuerza creadora del pensador y del artista.

Azorín no ha llegado aún á este extremo, pero está ya atacado del abuso del pensamiento, de la que en este caso podría llamarse *funesta manía* de pensar, usando la frase célebre achacada á los doctores de la Universidad de Cervera. El lector á quien se le alcancen los síntomas de tal enfermedad, no puede menos de observarlos con alguna alarma en el simpático protagonista del libro de Martínez Ruiz.

Vivo contraste con la figura de Azorín forman otros personajes de la obra, en particular Verdú. Verdú ha sido un excelente poeta, un gran orador, un buen abogado. Estuvo á las puertas de la celebridad y del encumbramiento; pero en esa hora precisa que decide del destino de los hombres, enfermedades y desgracias de familia le cerraron el paso. Y cuando se ve próximo á la muerte, exclama lleno de desesperación:

«Mi vida ha fracasado; podía haber sido algo y no he sido nada». ¡Ser algo! Se ve que Verdú es de la antigua escuela, que ha luchado, que ha aspirado. Sarrio es otro personaje notable del libro. Este es un epicúreo, un epicúreo sin pretensiones, un satisfecho de la vida, cuyo optimismo sólo vacila el día que descubre que el *Diccionario general de Cocina*, su Biblia, es tan falaz, tan engañoso como cualquier libro de filosofía, puesto que no dice la verdad respecto al tiempo que tarda en cocerse un conejo de monte.

Otros varios personajes, innominados algunos, que no hacen más que asomarse ó cruzar por las páginas del libro, podrían citarse como ejemplos, ya de la variedad que ha dado Martínez Ruiz á su obra, ya de la perfección que ha sabido comunicar á cada detalle. En cada escena suelta la ejecución es excelente, magistral á veces; pero el conjunto carece de unidad, y sus partes diversas sólo están enlazadas por la presencia de Azorín.

No creo yo que lleguen á prevalecer, ni siquiera á ser frecuentes en la novela, libros como el de Martínez Ruiz. Como las obras análogas de Anatolio France, v. gr., los varios sucesivos volúmenes de la *Histoire contemporaine*, *Les opinions de M. Jérôme Cognard* y otros libros semejantes del ilustre escritor francés, serán siempre algo anormal dentro de la novela, un medio de dramatizar la actualidad y de agrupar en un libro crónicas de periódico; pero no prevalecerán sin duda sobre las novelas de acción, sobre las novelas con argumento, con peripecias, con intriga grande ó pequeña, con algún conflicto y algún desenlace. Aquellos otros libros como el de Martínez Ruiz, como los de France (no hablo de los que son verdaderas novelas, por ejemplo, *Thais* y *Le Lys rouge*), no parecen destinados á la popularidad, sino á deleitar á un público de refinados, de inteligentes, de *amateurs*, lo cual desde cierto punto de vista puede redundar en su elogio, aunque el arte grande y fecundo debe aspirar á ser gustado de todos, simples y discretos, sabios é ignorantes.

No sólo sobresale Martínez Ruiz en la presentación de los personajes que en su libro se mueven y en el análisis psicológico de ellos. La descripción de la Naturaleza exterior, del paisaje, es de una intensidad extraordinaria: sobria en palabras y en imágenes, pero tan certeras y expresivas unas y otras, que producen una impresión cuasi sensible. No es, pues, obra de un místico que desdeñe las apariencias fugaces de las cosas, sino de un curioso que ve el mundo como un espectáculo, y que tiene ojos para lo sensible y penetración psicológica para lo espiritual.

Al terminar este libro encantador, que tan varias impresiones sugiere, hay que aplaudir en justicia al literato; pero no se puede menos de hacer reservas sobre el juicio que el novelista merezca. Posee Martínez Ruiz las facultades descriptivas, sabe crear personajes, representar intensamente escenas, evocar con vívida pintura los lugares. Pero la composición de estos elementos, la inventiva de la fábula, el arte combinatorio, no queda demostrado en *Antonio Azorín*, quizás por la índole misma de este libro.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—POLÍTICA PEDAGÓGICA: La ficción de la igualdad.—BELLAS ARTES: La arquitectura doméstica moderna.—LITERATURA: Autores y editores.—Rasgos de Alejandro Dumas.—Influencia de la literatura española en la literatura europea.—PSICOFÍSICA: El gusto de vivir.—HISTORIOLOGÍA: La teoría del héroe en Carlyle y en Nietzsche.—HERÁLDICA: La partícula nobiliaria.

POLÍTICA PEDAGÓGICA

LA FICCIÓN DE LA IGUALDAD.—La doctrina legal de la igualdad de todos los seres, obligados á los mismos deberes é investidos de los mismos derechos, ¿es justa y conveniente? ¿Tiene algún fundamento serio este dogma de la sociedad moderna? Tales son las preguntas que el Dr. Toulouse formula en la *Revue Bleue*.

Mirando á nuestro alrededor, sólo observamos desigualdades, lo mismo en lo físico que en lo moral. Tómese un atributo cualquiera del hombre: la estatura, la forma del rostro, la fuerza física ó la intelectual, y en seguida se notarán las diferencias existentes entre los individuos. Claro es que de ese conjunto de diferencias se extrae un tipo medio; pero ese tipo está muy distante del tipo ideal, como nota Bertillon, y no representa siquiera los caracteres esenciales de la especie.

El tipo medio no deja, sin embargo, de ser útil para ciertas investigaciones, pues hace resaltar las diferencias individuales y permite medirlas. El tipo medio en todas sus partes no

existe en la naturaleza, pues todos los individuos son desemejantes. Lo importante es saber si las diferencias son insignificantes y despreciables en la práctica. Ahora bien: no hay que perder de vista la importancia social de cada una de estas desigualdades.

La resistencia á las enfermedades no es menos variable. Hay quienes no pueden soportar una existencia poco activa, sin exponerse á todo género de desórdenes: en unos, el ácido úrico provoca accesos de gota; en otros, el azúcar circulante en los tejidos causa la diabetes; en otros, la grasa perturba las funciones del corazón. Así se han podido agrupar las desviaciones del tipo más común en variedades más ó menos bien establecidas, que son las diátesis escrofulosa, artrítica, herpética, etc. Cada uno de nosotros tiene, por otra parte, un temperamento morboso claramente caracterizado, ó por lo menos órganos débiles que responden fácilmente á las excitaciones patógenas: éste no podía exponerse al frío sin despertar una angina, y aquél no podía retrasar su almuerzo sin provocar una jaqueca; los órganos tienen fiel memoria patológica.

La desigualdad fisiológica aparece desde el nacimiento, y en muchos casos se halla en germen antes de que nazca el individuo. La duración de la vida, resultante de todas las aptitudes biológicas, varía de 1 á 100. Y si todas estas desigualdades materiales son grandes, no lo son menos las desigualdades psíquicas.

La ley, sin embargo, desde la declaración de los derechos del hombre, nos hace á todos iguales. La igualdad política es una ficción útil, pues sin ella los desheredados de la inteligencia y de la fortuna no podrían hacer oír sus justas reclamaciones. Pero, fuera de esto, la ficción igualitaria debe ser combatida cuando tiende á introducirse abusivamente en las leyes y en las costumbres. En tal caso se convierte en un principio peligroso, cuyo resultado es la opresión de los débiles.

No hay medio en que la ficción igualitaria sea más peligrosa que la escuela, donde se considera á los niños como

organismos semejantes, capaces todos de desarrollarse de la misma manera. Los alumnos de una misma clase representan momentos fisiológicos muy desemejantes, y es irracional imponerles los mismos ejercicios intelectuales. Los médicos han notado que muchos de los menos retrasados estaban atacados de males cuya curación favorecía su actividad escolar. Algunos tienen perturbaciones de la audición, que se reflejan en la atención; otros sufren perturbaciones generales que determinan una pereza psíquica invencible; otros, en fin, por padecer males más profundos, no pueden ser instruídos sino por educadores especiales. Los maestros se quejan de estos alumnos, causa de indisciplina y de retraso, y piden que se les desembarace de ellos; en Alemania y en Inglaterra se han creado *clases de atrasados*, dirigidas por médicos, y en Francia se ha pedido su creación.

Otro defecto de la educación escolar y profesional es la tendencia á uniformar las inteligencias y las aptitudes. En lugar de favorecer las iniciativas y el desarrollo de los caracteres, la educación tiene por objeto dar á todos un mismo molde de pensamiento y de actividad. En la vida profesional aparece el mismo prejuicio: se impone al joven una carrera para satisfacer el gusto de los padres, y no porque convenga á las aptitudes y tendencias naturales del hijo.

Las mismas tristes consecuencias que para la educación tiene la ficción igualitaria para el servicio militar y para la penalidad. Se impone á todos los soldados el mismo esfuerzo en la marcha ó en la carrera, sin proporcionarlo á la fuerza de resistencia de cada cual, y se tiene el espantoso desarrollo de la tuberculosis en los cuarteles; se impone la misma pena á los que cometen determinado delito, y la profilaxis del crimen desaparece.

De temer es que el prejuicio de la igualdad de los hombres no se desarraigue fácilmente; pero importa que todos los pensadores se preocupen del daño que semejante doctrina está causando, para evitarlo en lo posible.

BELLAS ARTES

LA ARQUITECTURA DOMÉSTICA MODERNA.—No existe hoy casa de pretensiones—dice Ricardo Continelli—donde no pueda estudiarse un curso completo de historia del mobiliario, desde el recibimiento gótico hasta el tocador modernista, pasando por el gabinete Luis XV, el salón Luis XVI, el comedor Enrique II y el despacho Imperio. Si se deja la elección de muebles al tapicero, se forma un resumen incoherente de todos los estilos y de todas las épocas; y si se trata de un inteligente, á quien los anticuarios no se la pueden pegar, el cuarto resulta más caótico todavía, aunque los muebles no sean de imitación.

Cierto que de las cosas antiguas se desprende un encanto que seduce á todas las almas delicadas; pero ¿á cuántos es dado reconstituir, no ya una casa, sino una sola habitación del pasado, en la que toda nota discordante ó anacrónica sería ridícula? ¿Quiénes pueden gozar de ello? ¿No debe ser el principal cuidado de nuestros artistas hallar un tipo de habitación acomodada á las necesidades del hombre actual, más bien que empeñarse en reconstituciones difíciles y casi siempre anacrónicas?

Nuestros ebanistas parecen incapaces de hallar un simple ornamento típico que distinga su estilo, teniendo por canon lo informe y lo asimétrico. Hoy no tenemos más que fabricantes de muebles; para distinguir nuestra época no hay más que la máquina de escribir, y en nuestros días el problema del mobiliario se plantea del modo siguiente: dadas varias habitaciones cubiertas de papel ordinario si es soportable, ó espantoso si es modernista, poner á lo largo de las paredes los muebles más hermosos posible, teniendo cuidado de prescindir, por su fealdad y su incomodidad, de todas las creaciones del *modern style*.

El arte de la casa no puede, sin embargo, vivir sin obede-

cer á una estética general preconcebida. Los muebles extraños, inventados todos los días y reproducidos en seguida por revistas especiales, no enriquecen en nada nuestro patrimonio ornamental ni ayudan en nada á la creación de un arte moderno del mobiliario. Algunos arquitectos inteligentes han comprendido la inutilidad de los esfuerzos intentados en ese sentido, y rompiendo con la rutina de la moda, han procurado establecer el fundamento psicológico del arte de la casa. Hobe en Bélgica, y Baillie Scott en Inglaterra, han proclamado la sencillez como base de sus concepciones artísticas, y el éxito obtenido demuestra el acierto de sus procedimientos.

Nada de maderas talladas á guisa de osamentas retorcidas, sino líneas robustas sin pesadez, que recuerdan el estilo de transición de Luis XIII á Luis XIV: tal es el arte de Hobe. En cuanto á Baillie Scott, no se limita á la ornamentación, sino que trastorna la distribución de la casa: su casa de campo se compone de un vasto *hall* central, que reemplaza á todas las piezas de recepción, y en torno del cual se agrupan las que pueden llamarse habitaciones reservadas, sala de estudio, alcobas y comedor; éste se halla separado del *hall* por un simple cortinaje, y no contiene más que los muebles necesarios para las comidas; la decoración de las alcobas y del despacho es más íntima que la de la pieza central. La sencillez brilla en todas partes.

Hay que agradecer á estos arquitectos el que hayan hallado las huellas perdidas de la buena diosa Simplicitas. El día en que nuestros ricos hombres renuncien á construir castillos Renacimiento de yeso, y rueguen á sus arquitectos que trabajen con arreglo al nuevo rito, se quedarán sorprendidos de haber expulsado de sus nuevas casas el aburrimiento con que hasta ahora tropezamos al abrir cada puerta; porque el aburrimiento es el hijo primogénito de lo vulgar, de lo impropio, de lo convencionalmente suntuoso.

LITERATURA

AUTORES Y EDITORES.—Así se titula un artículo que publica en la *Rassegna internazionale* Carlos Dadone.

Llegar á conquistar un poquito de notoriedad á toda costa, estampando su nombre y apellido en la cubierta de un libro ó al final de cualquier artículo: esa es la meta ideal de tantas inteligencias medias que tienen tiempo y dinero que perder, y he ahí el libro de versos ó de prosa publicado á expensas del autor; y he ahí el periódico, nacido ayer y que morirá mañana, publicado á expensas de cuatro ilusos que gastan alegremente los cuartos del papá; y he ahí las estanterías del librero llenas de libros invendidos, y la crisis de la novela, que no saben diagnosticar los ingenuos, y que es producto de la enorme plétora de enormes vaciedades que diariamente aparecen en libros condenados á permanecer intonsos; y el público, en fin, que no es tan ignaro como parece, sino que entre tantos escritores y tal balumba de productos no acierta á orientarse, ni cree en nadie, ni compra nada, escarmentado por los engaños de que ha sido víctima.

Esta lacrimosa historia la saben como nadie los editores, que todos los días ven llegar á su despacho decenas y decenas de manuscritos, que bastarían á volverlos locos si los leyeran; afortunadamente para ellos, nunca les falta un amigo competente que los lee y que los envía casi siempre al diablo; pero el editor, con su especial olfato, descubre entre aquellos autores al que está dispuesto á pagar por sí mismo la edición, y astutamente le escribe diciéndole que la casa editorial admite su obra, pero que los tiempos son difíciles y no puede asegurarse el éxito; por lo cual, si el autor les ayudara á cubrir los gastos, la casa *lanzaría* la obra, y en compensación le darían el 50 ó el 60 por 100 de los productos de la venta. El autor se sacrifica; paga 400 ó 500 pesetas por su propia publicación; vende

dos ó tres docenas de ejemplares, cuando las vende; tiene la satisfacción de ver estampado su elogio en algunos periódicos, y se cree un grande hombre ó cosa así. Claro es que estos editores desacreditan los libros; pero ¿cómo evitarlo? Hay tantos, que si uno rehusa, habrá ciento que acepten el lanzar un libro que les pagan.

¡Qué tipos de escritores dilettanti! Primerizos que ofrecen al editor las primicias de su ingenio, renunciando á toda propiedad, sin compensación alguna; profesores que pagan 1.000 y 1.500 liras por la publicación de obras mastodónticas que nadie ha de leer; abogados versificadores, señoritas bocetistas, estudiantes noveleros, empleados comediógrafos y toda la falange pagatoria, que no sacará ni el 5 por 100 del dinero empleado, sin contar las humillaciones recibidas, el ridículo digerido y la desilusión fatal del fracaso.

Hay á veces entre la multitud algún autor tímido cuya obra resulta ser un buen trabajo y hasta una obra maestra; el revisor lo hace notar así al editor; éste, desconfiado, pregunta de quién es. ¿Cómo? ¿De un desconocido? Si quiere publicidad, que la pague. Y como el autor suele ser pobre, no se hace nada, y la obra maestra queda inédita.

Hay tipos dignos de historia: caras beatas que cantan las propias glorias para conmover al editor y que mandan por kilos los periódicos en que están narradas sus proezas; otros, capaces de escribir indiferentemente un artículo político, una oda, una novela ó un artículo financiero, que envían al editor un montón de manuscritos para que elija; y luego las señoras y señoritas, que envían espantosas colecciones de versos con cartas sollozantes y recomendaciones de insignes literatos, tanto más lisonjeras cuanto más joven y bella es la poetisa.

Y no se crea que las poetisas ganen en vanidad á los poetas, aunque éstos parezcan al pronto más serios; son, en general, más fatuos, y los hay dignos del manicomio. Uno de ellos había escrito sus versos en un cuaderno de escuela, y en el frontispicio había estampado lo siguiente:

ESCUELA DE LA VIDA. VÍA DEL PARNASO. CUADERNO PARA MATAR EL TIEMPO,
POR FULANO DE TAL, ALUMNO DE LA ESCUELA POÉTICA.
CLASE DE LAS MUSAS, DIRIGIDA POR LA MAESTRA IDEA.

El desgraciado era un herrero que había dejado el oficio y que vivía en la más extremada miseria con su mujer y dos hijas; su familia gestionaba hacerle ingresar en un manicomio.

*
* *

RASGOS DE ALEJANDRO DUMAS.—En 1864, después de una ausencia de cuatro años, regresó á París Alejandro Dumas, siendo recibido por sus amigos con la cordialidad de siempre. Apurado de dinero, como de costumbre, se puso inmediatamente á trabajar y dió al teatro de la Gaîté un drama extraído de su novela *Los Mohicanos de París*. El drama fue juzgado por la censura, y se prohibieron las representaciones. Dumas tomó la pluma y escribió la siguiente carta al emperador Napoleón III:

«Señor: En 1830 había, y hay todavía hoy, tres hombres al frente de la literatura francesa: Víctor Hugo, Lamartine y yo.—Víctor Hugo está proscrito. Lamartine está arruinado. A mí no me pueden proscribir como á Hugo, porque ni en mis escritos, ni en mi vida, ni en mis palabras, hay nada que se preste á la proscripción; pero pueden arruinarme como á Lamartine, y en efecto, me arruinan.

»No sé qué malevolencia anima á la censura contra mí. He escrito y publicado 1.200 volúmenes. No me toca á mí apreciarlos literariamente. Traducidos en todas las lenguas, han ido tan lejos como el vapor los ha llevado. Aunque sea yo el menos digno de los tres, me han hecho en las cinco partes del mundo el más popular de los tres, acaso porque el primero es un pensador, el segundo un soñador, y yo no soy más que un vulgarizador. De esos 1.200 volúmenes, no hay uno que no se pueda dejar leer á un obrero del arrabal de San Antonio, el

más republicano, ó á una joven del arrabal de San Germán, el más púdico de nuestros arrabales.

»Pues bien, señor: á los ojos de la censura, yo soy el hombre más inmoral que existe. La censura ha suspendido sucesivamente desde hace doce años:

»*Isaac Laquedem*, vendido en 80.000 francos al *Constitucional*.—*La Torre de Nesles*, después de 800 representaciones; el veto ha durado siete años.—*Antony*, después de 350 representaciones; el veto ha durado seis años.—*La juventud de Luis XIV*, que no ha sido representado más que en el extranjero y que iba á ponerse en el Teatro Francés.—*La juventud de Luis XV*, recibido en el mismo teatro.

»Hoy la censura suspende *Los Mohicanos de París*, que iban á estrenarse el sábado próximo. Probablemente suspenderá también, bajo pretextos más ó menos especiosos, *Olimpia de Cléveris* y *Bálsamo*, que escribo en este momento. No me quejo por *Los Mohicanos* ni por los otros dramas; solamente hago notar á V. M. que durante los seis años de la restauración de Carlos X, y durante los diez y ocho del reinado de Luis Felipe, no he tenido ninguna suspensión; y añadido, siempre para V. M. sólo, que me parece injusto hacer perder más de medio millón á un solo autor dramático, cuando se alienta y se sostiene á tantas gentes que no merecen ese nombre.

»Apelo, pues, por primera y probablemente por última vez, al príncipe cuya mano he tenido el honor de estrechar en Arenenberg, en Ham y en el Elíseo, y que, habiéndome encontrado como prosélito adicto en el camino del destierro y en el de la cárcel, no me ha encontrado nunca como solicitante en el Imperio.—ALEJANDRO DUMAS.—París, 10 de Agosto de 1864.»

A consecuencia de esta carta, que tan bien retrata el carácter de Dumas, la censura autorizó la representación del drama, que obtuvo un éxito regular.

A pesar de su incesante trabajo, el famoso novelista andaba siempre á la cuarta pregunta, porque jamás supo vivir

con cuenta y daba todo cuanto tenía. «Cuando mi mano tiene algo—decía—lo tiene bien, excepto el dinero; el dinero es tan corredizo, que se me escapa siempre de entre los dedos.» La liberalidad era para él no sólo un placer, sino una necesidad; cuando su bolsa estaba vacía discurría cualquier medio de ejercer su generosidad.

En 1866, al regresar del ensayo de *Gabriel Lambert*, encontró en su cuarto á un dominico á quien había conocido en Nápoles, y que al final de la conversación le indicó que su convento era pobre, insinuando el deseo de que le ofreciese algo para él. Dumas se fué derecho á una copa colocada en el centro de su mesa de despacho, donde solía tener sus ahorros, pero la copa estaba vacía; pasó al gabinete inmediato, donde le esperaba Jallais, y le pidió dinero; pero éste tampoco lo tenía; entonces Dumas se acordó que tenía que cobrar en el *Grand Journal* el precio de su último artículo, *Arte de componer la ensalada*, y extendiendo un bono á favor del fraile se lo dió para que lo percibiera, quedándose tan satisfecho.

*
* *

INFLUENCIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA EN LA LITERATURA EUROPEA.—Tal ha sido el tema elegido para su discurso por el Sr. Pitollet, profesor de Letras y de Español, en el solemne acto de la distribución de premios del Liceo de Aurillac, en la pintoresca Auvernia, con ocasión del cual *L'Avenir du Cantal* dedica un caluroso y simpático artículo á España, mostrando las frecuentes y cordiales relaciones en que han vivido en todo tiempo auverneses y castellanos.

«No recuerdo—dice Sarran en dicho periódico—qué gran pensador ha escrito esta frase lapidaria: «Todo hombre tiene dos patrias: Francia en primer lugar, y luego la patria en que ha nacido». Parodiando esta frase, todo auvernés podría decir: «Todo cantalés tiene dos patrias: la Auvernia en primer lugar, y luego España». Las antiguas cartas de aquella región

prueban que desde los comienzos de la Edad Media los peregrinos auverneses han conocido *el camino de Santiago*, yendo con frecuencia á Compostela y estableciendo allí piadosas fundaciones; más tarde, cuando Jaime I, el ilustre hijo de Montpellier, emprendió la conquista de Valencia, vió gran número de caballeros de Auvernia y del Gevaudan unirse á los cruzados aragoneses para tomar parte en la gloriosa reconquista, obteniendo algunos de ellos por sus servicios, especialmente el señor de Tournemire, buena parte de las tierras tomadas á los moros en calidad de feudo. Desde entonces Auvernia y España no han cesado de mantener cordiales relaciones, y hoy mismo los inteligentes y audaces montañeses llevan á todos los puntos de la Península su industria y su comercio, manteniendo con su proverbial honradez el buen nombre de la «doulce France».

Pitollet, en su discurso, digno por muchos conceptos de ser recogido en estas páginas, no registra ninguna notable influencia de la literatura española en Europa hasta el reinado de los Reyes Católicos, pues la *Chanson de Rolland* habla de España en términos vagos; Dante parece ignorar que el castellano sea cosa distinta del provenzal; Petrarca no sabe nada de la literatura española, y las naciones del Norte desconocen su parentesco con los descendientes de los visigodos, hasta que más tarde Cristián II de Suecia lo invoca, lanzando aquel famoso grito á Carlos V: *Sumus et nos de gente gothorum*.

Tomada Granada en 1492, vencida Francia en Pavía y conquistado el Nuevo Mundo, el universo entero—dice Pitollet—tiembla al paso de aquellas bandas invencibles, celebradas por la voz del inmortal Bossuet. España se pone entonces material é intelectualmente á la cabeza de Europa, y la literatura española invade todos los países cultos, logrando universal aplauso. Antes de que *Don Quijote* acabara con los libros de caballería, Europa entera estaba engolfada en la lectura de los Amadises, é Inglaterra acoge con tal entusiasmo los romances y novelas caballerescas, que llega hasta olvidar completamen-

te su *folk lore* nacional, y el mismo rey Artús parece un extranjero en tierra inglesa. *La Diana*, de Montemayor, es traducida, como las obras de Guevara, á todas las lenguas, y Shakespeare funda sus *Dos hidalgos de Verona* en un episodio del mismo poema.

Pero donde la influencia de España ha sido sin duda más profunda y duradera, es en el género narrativo y burlesco de la literatura picaresca. Desde la incomparable *Celestina* hasta fines del siglo xvii, florece esta creación única, genuinamente española. Los licenciosos franceses del siglo de Luis XIV saborearon el opulento realismo sin las ferocidades modernas, y la graciosa crudeza sin obscenidades de aquellas joyas literarias como cualidades esenciales del arte nacional español, que vuelven á encontrarse en las creaciones de Murillo, de Velázquez y de Goya. La *Celestina* había sido traducida al francés en 1527; el *Lazarillo del Tormes* apareció en Francia en 1561; el *Guzmán de Alfarache* lo dió á conocer Chapuis en 1600; *El curioso impertinente*, de Cervantes, se imprime en París en 1608; Rosset traduce en 1615 las *Novelas ejemplares*, del mismo autor; *Marcos de Obregón* se publica en 1618; *El gran tacaño*, de Quevedo, en 1633. La boga de estas obras no se limita á Francia: desde el inglés Nash con su *Unfortunate Traveller*, y el holandés Brederoo con su *Spaensche Brabander*, hasta Grimmelshausen, Fielding y Smollet, la acción de la literatura picaresca española es eficacísima, y hasta en el siglo xix la sufren en diversos grados Walter Scott, Washington Irving y Hoffmann. ¿Y qué decir de las *Silvas*, de las *Jardines*, de las *Floras*, que por la misma época invaden Europa? Todos y todas son de procedencia española.

También en filosofía ha ejercido España innegable influencia sobre el extranjero, como lo prueban Valdés y Valera; y si no tienen los españoles un nombre que oponer á Bacon, Descartes, Leibnitz ó Kant, y son casi desconocidos los nombres del Brocense y de Vives, en cambio los espíritus selectos han bebido en las fuentes de Antonio Pérez, Saavedra Fajardo y

Baltasar Gracián, ídolo este último de Schopenhauer y probable inspirador del tipo de Vendredi del *Robinson Crusoe*, así como la semilla del jesuitismo, planta nacida en Loyola, se ha propagado por el mundo entero.

La decadencia política de España comienza con el naufragio de la Armada Invencible; pero el esplendor de su literatura continúa deslumbrando al mundo, y en el famoso salón de Rambouillet triunfa el elemento español, y prelados como Retz, generales como Condé y mujeres como las señoras de Sevigné y de la Fayette, siguieron el ejemplo de Brantome, entusiasmándose con la literatura y las cosas de España, que llegó al apogeo de su gloria literaria con sus famosísimas *comedias*, forma teatral compleja, mezcla de tragedia y de comedia y espejo fiel de la vida real.

¿Quién ignora las fuentes del *Cid*, de Corneille, ni del *Embustero*? ¿Quién puede fijar la materia española que hay en las comedias de Molière? *El médico á palos* sale de *El Acero de Madrid*, de Lope; *Don Juan* nace del *Burlador de Sevilla* y *El Convidado de piedra*, de Tirso de Molina; *La Escuela de los maridos* está en germen en otra obra de Hurtado de Mendoza; en *El Aturdido* se aprovecha de una comedia de Calderón; *La princesa de Elide* no es más que un arreglo de *El desdén con el desdén*, de Lope, y hasta el mismo *Tartufo* debe no poco á *El perro del hortelano*, de Lope. Y si pasamos á los dramaturgos de segunda fila, los Hardy, Mafret, Rotrou, Tomás Corneille, Scarron y Quinault, veremos que se nutren positivamente de España, como en Inglaterra Beaumont y Fletcher, Shyrley y Massinger, Middleton, Rowley y Haywood, explotan sin escrúpulo la rica mina española, confesando Fitzmaurice Kelly que las fuentes del drama inglés de la Restauración están en Lope, Calderón, Moreto y Rojas; como en Alemania se ha prolongado el teatro de Lope hasta el siglo XIX; como en Holanda y Bélgica son traducidos ó imitados los dramaturgos españoles por Hood, Vondel, Vos, Rodenburg y Rijn-dorp en la época más brillante de la literatura flamenca, y

como la misma Italia, desde Cicognini hasta Gozzi y Metastasio, han aprovechado los frutos del ingenio español. Todo esto sin hablar del *Quijote*, fuente de toda novela verdaderamente humana, en cuya obra han bebido todos los grandes espíritus alguna inspiración.

En el siglo XVIII, merced á las pinturas fantásticas de viajeros ineptos, gracias á los sarcasmos de Voltaire y á la ironía de Montesquieu, penetra en la literatura europea el tipo convencional y archifalso del español, holgazán como un asiático, jugador y tocador de guitarra, como la española es celosa, siempre con el abanico en la mano y con la navaja en la liga. Semejantes tipos, admitidos por el vulgo, han sido rechazados por grandes espíritus, como Beaumarchais en Francia, Lessing, Humboldt y Herder en Alemania; Fichte, en la primera redacción de sus célebres *Discursos á la nación alemana*, se inspira en la *Numancia*, de Cervantes, y los patriotas italianos aplauden al imitador de Quintana, Juan Berchet, precursor de Leopardi y de Manzoni. El romanticismo, por su parte, entra á saco en España, donde nace el *Don Juan*, de Byron, y los Schlegel y los Tieck sueñan con los castellanos, y los románticos alemanes queman su más puro incienso en honor de Calderón, cuya potencia lírica había hecho llorar á Gœthe, entusiasmando á Shelley, Schack y Schmidt, llegando á ser un culto en la señora Staël y produciendo la conversión al catolicismo de muchos protestantes después de la lectura de un poeta, de quien Schlegel afirma que resuelve el enigma de la vida, y á quien Verlaine coloca por encima de Shakespeare.

En Francia se ha tardado más tiempo en hacer justicia á España; pero en nuestros días, siguiendo el ejemplo del admirable romanista Gaston Paris, un grupo cada vez más numeroso de sabios hispanistas disputa á los alemanes el primer rango en los estudios españoles.

«Lejos de mí—acaba diciendo Pitollot—la idea ridícula de exaltar á España ciegamente, con detrimento de otros países más fuertes que ella y más conscientes de su misión civiliza-

dora y educadora. Las miserias de España yo las conozco y me entristecen como á nadie. Pero permitidme, señores, ponerlos en guardia contra esos espíritus superficiales y frívolos, siempre prontos á juzgar definitivamente y sin apelación en materias en que sólo el estudio perseverante, unido al contacto directo con el cuerpo del delito, permiten formular una sentencia valedera y de buena ley. No son ni los turistas á todo vapor ni los escritores de viajes á vista de pájaro, quienes tienen el derecho de juzgar á un pueblo tan complejo, tan poco homogéneo, tan etnológicamente desemejante como el pueblo español. Yo me he preguntado frecuentemente, al oírles hablar ó al leerlos, qué prodigioso mágico había transmitido á esas gentes la misteriosa lámpara de Aladino, gracias á la cual, con algunos meses de residencia en España, todo el secreto de la historia, todo el problema del arte, todo el enigma de las costumbres españolas, les han sido revelados definitivamente. Y ¡cuánto más grotescos todavía los que, no habiendo puesto jamás el pie en España, ó habiéndose aventurado cuando mucho hasta San Sebastián, donde han admirado el baño de la reina desde las terrazas de la Concha y han asistido sin comprenderla á una corrida de toros, calificada invariablemente de «bárbaro espectáculo», resuelven, incapaces de decir *buenos días* en español, con gestos altaneros, á lo capitán Fracassa, la triple cuestión del pasado, el presente y el porvenir de España!

» Vosotros, los que me escucháis, no sois afortunadamente de esa pasta, y por eso os digo con todo el fervor de convicción de que soy capaz: Aprended á conocer á vuestros vecinos, y aprenderéis á quererlos; pues su pensamiento es en su esencia hermano de vuestro pensamiento, y su civilización parienta de la vuestra. Inclinaos amorosamente hacia vuestra hermana latina; ayudadla á cultivar su espléndido jardín, en el que jardineros descuidados ó pérfidos han dejado crecer espinas y cardos, y así contribuiréis, unos por la acción comercial, otros por la literaria, á la resurrección de España; y

gracias á vosotros, los poetas de las edades futuras repetirán en alabanza de la vieja tierra ibérica el entusiasta apóstrofe de Claudiano:

*Quid dignum memorari tuis, Hispana terris
Vox humana valet?*

PSICOFÍSICA

EL GUSTO DE VIVIR.—Un libro de Metchnikoff acaba de poner el optimismo sobre el tapete. Hoy no nos entusiasmos ya con un Byron, un Leopardi ó un Schopenhauer, y el pesimismo sólo está de moda entre los jóvenes estetas. No por eso, sin embargo, es optimista nuestro tiempo. Hoy no se es nada, y hasta los filósofos mismos no se atreven á declararse espiritualistas ó materialistas. Lo que hoy se busca son hechos; se hace mucha psicología y muy poca filosofía. Pero cada vez que la filosofía se apoya en datos científicos tiene más bien carácter optimista. No podemos saber si lo que nos parece malo es finalmente malo, puesto que ignoramos su repercusión y sus efectos. Contentémonos con tratar de comprender cómo vivimos y de qué modo debemos arreglarnos para ser en esta vida lo más felices posible.

Metchnikoff parece basar su optimismo en la posibilidad que entrevé de prolongar la vida; pero, ¿para qué una existencia más larga, si no nos produce más que penas y dolores? ¿No sería mejor fórmula—dice Pablo Sollier en *La Renaissance latine*—«corta y buena»? Verdad es que Metchnikoff considera que el temor de la muerte es una de las más terribles y angustiosas preocupaciones del hombre, siendo realmente sorprendente que ese temor asedia sobre todo á los hombres para quienes la vida es una carga y que no tienen nada que esperar.

¿Por qué tienen apego á la vida seres que debieran detestarla, mientras que la aborrecen otros muchos á quienes todo les sonrío? He ahí un problema digno de estudio, que el Dr. Sollier aborda con valentía. Un novelista americano, Ma-

llock, lo había planteado así: «¿Vale la vida la pena de ser vivida?» Y su conclusión había sido: «Según quien la viva». El gran psicólogo William James, por su parte, dice: «No temáis la vida; creed que es digna de ser vivida, y que por vuestra fe llegará, en efecto, á ser digna de que la viváis». A lo que el aspirante al suicidio replica: «Dadnos, ante todo, la fe». Y eso, en efecto, es lo que James se olvida de darnos: el medio de creer que la vida es digna de vivirse.

Las razones morales, filosóficas ó religiosas no nos dan ni nos quitan el gusto de vivir. Hay algo más, y ese algo es lo que Sollier pretende descubrir. Para ello, basta observar al hombre normal, escudriñando entre sus tendencias, instintos y necesidades lo que le da el gusto de vivir; ó tomar al individuo atacado del *tædium vitæ*, y analizar lo que le falta para que ame la existencia. Este último camino es más breve y seguro, reduciéndose el problema á un simple estudio de fisiología y patología, siendo abundantes los materiales de observación.

El disgusto de la vida se encuentra, principalmente, en los melancólicos, en los hipocondríacos, en ciertos neurasténicos, en los obsesionados y en los histéricos; el fenómeno común á que todos estos estados se refieren, es una paralización más ó menos completa de las funciones orgánicas. He aquí un hombre herido por una violenta emoción: la pérdida de un sér querido, un hijo ó una esposa; pierde el sueño, carece de apetito, se enfría fácilmente, respira con menos amplitud, es insensible á lo que antes le interesaba, se siente fatigado, empequeñecido, incapaz de pensar ni de obrar: tal es el melancólico, que llega á creerse inútil y molesto, acabando por aborrecer la vida.

Entre los hipocondríacos, que se figuran estar atacados de enfermedades incurables, basándose en la interpretación de sensaciones anormales de origen nervioso, se observa el mismo asco á la vida y la misma tendencia al suicidio, no por lo que sufren, sino por el sentimiento de su impotencia contra el mal.

Más interesante todavía es el caso de ciertos obsesionados, en quienes se produce el fenómeno de la pérdida del sentimiento de su existencia personal; las excitaciones del exterior no penetran en ellos y son indiferentes á todo; les parece que no pueden ya salir de aquel estado de insensibilidad, y aborrecen la vida, no porque la vida les parezca desagradable, sino porque no pueden vivirla como quisieran. En el fondo son optimistas, comprendiendo que su tedio viene de ellos mismos y no de la vida exterior.

Muy distintos son los histéricos, para quienes «todo es igual», pareciéndoles que nunca han sentido nada; como su cerebro está embotado, ni pueden percibir actualmente las impresiones ni representárselas por el recuerdo, y no comprenden que los demás puedan sentir lo que ellos no sienten, ni se explican el placer de obrar, de pensar, de gozar de la vida. Por eso encuentran mala la vida, siendo indiferentes al principio al vivir, y concluyendo por aborrecer la existencia, aunque sin acariciar por eso ideas de suicidio, contentándose con no hacer nada para gozar de la vida.

En todos los casos se nota que la paralización de las funciones orgánicas produce la indiferencia, la incomprensión, luego el tedio, y por último la idea del suicidio. Hay que notar, sin embargo, que la paralización producida por una enfermedad infecciosa, por ejemplo, no causa ese disgusto de vivir, á menos de que el cerebro esté atacado. Concretando más, podremos decir que el disgusto de la vida proviene de la pérdida del sentimiento del funcionamiento orgánico, que sufre, por lo mismo, una paralización más ó menos marcada en relación con el grado de inhibición de los centros cerebrales bajo cuya dependencia están colocados nuestros órganos; y puntualizando más, puede añadirse que el disgusto de la vida no sólo proviene de la pérdida del sentimiento de nuestra actividad, sino del sentimiento de que esa actividad se encuentra disminuída y de que no somos ya capaces de adaptarnos á la existencia.

Si nos sentimos capaces de luchar contra los acontecimientos, contra las causas de destrucción que nos asedian, somos felices por vivir, amamos la vida. El sentimiento de nuestra actividad, la conciencia de nuestra fuerza, de nuestra energía cinética, y sobre todo de nuestra energía potencial, es lo que nos da el gusto de vivir; es preciso que sepamos que somos capaces de obrar si queremos, sin perjuicio de que no queramos. Por eso nada es tan estimulante, nada excita más en nosotros el gusto de la vida, que las circunstancias en que está en peligro. Son las leyes de la materia misma, el gran principio de la reacción igual á la acción, y el de la conservación de la energía, los que entonces intervienen, querámoslo ó no.

Se ama la vida mientras uno se siente organizado para vivirla; cuando eso no se siente, aun cuando sea sin motivo, se detesta la existencia. Y lo que hace que tantas personas, asaltadas por desgracias, dolores ó males que las deprimen, no se suiciden, es su organización cerebral, bastante sólida para reobrar contra tales tendencias.

Sabiendo ya en qué consiste el gusto de la vida, nada más fácil que buscar los medios de desarrollar este gusto y de enseñar á vivir con mayor placer. No hay que decir con William James: «Creed que la vida vale la pena de vivir, y así viviréis con gusto», sino: «Aumentad vuestra vitalidad, sentíos vivir, y amaréis la vida». La vida por sí no es aburrida; lo aburrido es vuestra vida, porque no sabéis vivirla, poniendo en juego los medios de que disponéis para hacerla grata, entrando en posesión de todas vuestras fuerzas físicas, intelectuales y morales.

Algunos dicen: «¿Y para qué sirvo yo? ¿Para qué vivir, si soy incapaz de grandes cosas?» ¡Y quién sabe! Aunque uno no existiera sino para estar á punto de salvar una existencia útil, eso solo valdría la pena de haber vivido hasta entonces, pues nadie sabe la repercusión que puede tener un acto insignificante, ni el papel que le está reservado en el universo. Olvidamos

demasiado que formamos parte de la vida universal, y que nuestra existencia personal no es independiente de la vida general. El hombre que para evitar los cuidados de la vida disminuye relativamente su actividad utilizable, aminorando su inteligencia con narcóticos químicos ó morales, ó tratando de matarse, es un cobarde á quien la sociedad tiene perfecto derecho de castigar.

Los medios de desarrollar el gusto de vivir son físicos y psíquicos. Entre los primeros debe emplearse todo lo que tienda á desarrollar la energía física: la higiene, el ejercicio, y sobre todo la buena alimentación, es lo que produce el *mens sana in corpore sano*; no hay optimismo sin buen estómago. En cuanto á los medios psíquicos, los hay positivos y negativos, todos encerrados en la fórmula ya enunciada: sentirse vivir para amar la vida, pensando en que el porvenir es fruto directo del presente.

No tengamos impaciencia. La vida es un negocio como otro cualquiera, y aunque quisiéramos cobrar en el acto los dividendos de nuestras acciones, debemos pensar que los hombres previsores atienden ante todo al fondo de reserva y no distribuyen dividendos hasta que el negocio está asegurado y en pleno funcionamiento. *Carpe diem*, decia Horacio; hoy más que nunca esa es la fórmula de la dicha.

HISTORIOLOGÍA

LA TEORÍA DEL HÉROE EN CARLYLE Y EN NIETZSCHE.—La democracia y la ciencia han destruído los ídolos, afirmando que nada hay grande y duradero más que la *especie*, á cuyas leyes el individuo se somete, quiera ó no quiera; las tradicionales teorías antropomórficas y antropocéntricas se han derrumbado, y hoy el hombre no es el alma de la tierra, ni la tierra centro del universo. La multitud recobra su papel, hasta hoy desconocido en el arte, y el individuo desaparece ante la grandeza de la especie.

Dos sonoras voces han protestado contra tal estado de cosas: una religiosa, con arranques y gritos que recuerdan á los antiguos profetas: la de Tomás Carlyle; otra eminentemente pagana, dulce y caliente á veces, como la de los poetas griegos, y rudamente templada otras, como la de los antiguos latinos: la de Federico Nietzsche.

Para Tomás Carlyle—dice en la *Nuova Antologia* José Ravenna—la historia de la humanidad se reduce á una serie de biografías de héroes, ó por lo menos los héroes son su alma, su fuego central, y á ellos debe la humanidad toda su luz y todo su bien. El héroe saca al hombre primitivo de su ignorancia, dirige sus instintos, conduce los pueblos á la victoria, les dicta leyes, eleva su alma con sus cantos poéticos, y les abre las puertas de la civilización ó de la gloria. Este modo de comprender la historia es clásico y popular; es casi una necesidad del espíritu el personificar una edad, un pueblo ó una época en un grande hombre.

Para nosotros mismos, con nuestro materialismo histórico, nuestro espíritu crítico y nuestra multiforme sociología, la historia humana sigue siendo la historia á lo Carlyle: Esparta está sintetizada en Licurgo; los israelitas, en Moisés; los atenienses victoriosos, en Pericles; Roma, luchando entre el paganismo y el cristianismo, en Constantino: ninguno se acuerda de los sufrimientos de los hebreos, ni de la vida sencilla de los espartanos, ni de las clases de ciudadanos de Atenas ni de Roma. Un hombre, un gran hombre, basta para iluminar las obscuras regiones de la historia.

Justa como práctica constante y necesaria del pensamiento, la teoría de Carlyle aparece mística por la misión atribuída á los héroes como *enviados de Dios*. Alma profundamente religiosa que no limitaba el concepto de religión al de una serie de dogmas y ritos, sino que lo comprendía como fe amplia y ardiente en lo prácticamente creído, no es extraño que Carlyle se inspirase en el concepto metafísico de Fichte, según el cual las cosas de este mundo no son sino la envoltura aparente de

la realidad esencial. El hombre es como una divina aparición, y el héroe es el arma de que se sirve la Providencia para realizar sus designios. Mientras para otros filósofos el héroe es el fruto maduro de una edad, para Carlyle es el germen de que esa edad ha de salir. De aquí su afirmación de que todos los héroes ó grandes hombres, Odin, Mahoma, Dante, Shakespeare, Cromwell, Lutero, etc., son «íntimamente de la misma estofa», aunque difieran por el lugar y el tiempo en que aparecen.

Todo pueblo en toda edad busca al héroe, y entre nosotros mismos el sufragio político, los partidos, el parlamentarismo, todo se reduce, en resumen, á escoger los mejores, los que todos obedecerán con alegría. Los siglos de decadencia sé ingenuan en charlatanerías críticas y científicas; pero las edades heroicas hablan con silencio heroico por la voz de los grandes hechos.

También Federico Nietzsche tiene amargas palabras contra la ciencia; pero mientras Carlyle la odia como la gran enemiga del sentimiento religioso, Nietzsche siente en ella «olor de charca con cuacuareo de ranas», y la desprecia. El héroe de Carlyle es generoso y altruísta; el superhombre de Nietzsche es eminentemente egoísta. Nada de sacrificio ni de resignación; todo lo que tienda al aumento del dominio es un bien; el superhombre es el que sabe mejor elevarse y mandar. Su fin se halla en sí mismo; la virtud, la verdad, el ideal, no existen fuera de él. La creación de Nietzsche es una figura esencialmente y crudamente aristocrática, despreciadora del vulgo y de lo que no sea él mismo; pues para el superhombre, tan vulgo es el criado que sirve á su amo, como el rey que tiene la servidumbre en el alma y que no sabe aprovechar su posición.

Carlyle y Nietzsche, partiendo de campos tan diversos y llegando á concepciones tan diferentes de los grandes hombres, coinciden en ser dos arrogantes campeones intransigentes del individualismo en unos tiempos en que todo parece preparado para el triunfo de la especie y de la multitud.

HERÁLDICA

LA PARTÍCULA NOBILIARIA.—Con motivo de la publicación por Miguel Breuil de un libro titulado *De la llamada partícula nobiliaria*, dedica Emilio Faguet en la *Revue Bleue* un artículo á lo que podría llamarse «Historia judicial y social de una ridiculez».

La famosa partícula *de* nunca ha probado nada ni significado nada, pues siempre han existido nobles que no la han usado, como los Molé, los Colbert, los Pasquier, los Damas y tantos otros, mientras que multitud de villanos se ponían un *de*, como los *du Bois*, *des Forêts*, *de l'Ecluse*, *du Puits*, etc. Se era noble cuando se figuraba en los registros de la nobleza y se tenían privilegios y exenciones concretamente enumerados en las antiguas leyes; cuando no se tenía nada de esto, aunque uno se llamara *de la Vau du Puits de la Combe*, se tendría un nombre bonito y sonoro, pero nada más.

El señor *de la Fontaine*, por ejemplo, se llamaba *de la Fontaine*, y no por eso era noble; por haberse dejado poner el título de Escudero en un documento, fue perseguido y condenado, y no le quedaron ganas de reincidir; lo mismo le pasaba á *de Beranger*; y *Sainte-Beuve*, aunque tenía derecho al *de*, no se lo ponía, porque, como él decía, «no siendo noble, he querido evitar que pareciese que quería echármelas de aristócrata».

La costumbre de los verdaderos nobles, de hacerse llamar por el nombre de sus feudos ó propiedades, que iban naturalmente precedidos de la partícula *de*, es lo que ha dado á esta preposición el valor de partícula nobiliaria. Tan poca importancia daban al empleo de la partícula los verdaderos nobles, que muchos la unían á sus nombres, y así los *d'Argenson* firmaban *Dargenson*, los *d'Aguesseau* *Daguesseau*, etc. Pero precisamente por este desprecio, los villanos se daban el gusto de llamarse por el nombre de una tierra ó de su pueblo originario, y de ahí que al cabo de algunas generaciones apare-

ciesen nuevas familias con apariencias de nobles sin serlo. Dos terceras partes de la actual nobleza francesa no tiene otros orígenes ni otros pergaminos.

La antigua monarquía no combatió nunca estas pretensiones: como la nobleza era cosa real, registrada y clasificada, nadie hacía caso de los falsos nobles. Al venir la Revolución, se abolió la verdadera nobleza, pero no la falsa; desaparecieron los títulos, pero no la partícula; porque lo que se quería suprimir eran los duques, condes y marqueses, no los nombres precedidos de preposición. Estos se suprimieron por sí mismos, y *des Aix* se convirtió en *Desaix*, y *d'Anton* en *Danton*. La famosa anécdota de Martainville es característica para conocer el espíritu de la época: «Acercaos, ciudadano de Martainville—dijo el presidente del Tribunal revolucionario.—Ciudadano, yo me llamo Martainville á secas; te olvidas de que estás ahí para acortarme y no para alargarme.—Bueno—replicó el presidente,—entonces no te acortarán ni te alargarán; que te ensanchen.»

El Imperio creó una nueva nobleza sin restablecer la antigua. La partícula permaneció silenciosa, y hubo madame Montmorency, madame Chevreuse, etc.; pero á poco reapareció: Ney se llamaba duque de Elchingen, Fouché duque de Otranto, y los nombres de la antigua nobleza reaparecieron. La Restauración devolvió á los nobles antiguos sus títulos, y conservó los nuevos, pero quitando á todos sus privilegios. Y, cosa rara, entonces que la nobleza valía menos y costaba más (un título de barón 4.000 francos, y uno de duque 18.000, mientras que bajo el Imperio sólo costaban 75 y 900 francos, respectivamente), todos querían ennoblecerse, habiéndose llegado á expedir 1.232 títulos en los quince años de la Restauración.

La partícula comenzó entonces á tener importancia, como distintivo, aunque dudoso, de hidalguía, y hasta el Gobierno se preocupó del caso, exigiendo real licencia para el uso del *de*. Bajo Luis Felipe, la nobleza de pretensión adquirió pro-

porciones espantosas, para los que se espantan de estas cosas, y multitud de familias se plantaron *de* ante sus apellidos. De aquí la reacción contra el abuso, que llegó á inspirar la ley de 28 de Mayo de 1858, castigando con multa de 500 á 10.000 francos á los que cambien, alteren ó modifiquen su nombre. La ley no se ha aplicado casi nunca, pero hoy se tiene menos apego á la partícula que en tiempos de Luis Felipe.

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Les accidents du travail dans les prisons, par Roger Roux.—París, 1903;
28 páginas.

En casi todos los países europeos hay á estas horas leyes relativas á los accidentes del trabajo de los obreros manuales. Pero al poco tiempo de promulgadas han surgido dudas tocante á la interpretación de las mismas, y con especialidad en lo que respecta á la extensión que ha de darse á los beneficios que ellas conceden á los trabajadores. De las más grandes de esas dudas es la que se refiere á los trabajadores de las prisiones, ya que éstos, ni suelen tener un patrono (sobre todo cuando trabajan por administración, pero tampoco, propiamente, cuando lo hacen por contrata) con el cual estipulan, como contratantes libres, las condiciones del trabajo, ni tienen derecho, por causa de éste, á un salario. Dígase ó no con toda claridad, lo cierto es que á los prisioneros se les considera como seres humanos de personalidad incompleta, *capitis-diminuida*; se les aplica, v. g., la interdicción civil, con todas las privaciones de derechos que la misma supone.

En el punto concreto de las indemnizaciones por accidentes sufridos en el trabajo manual ó industrial, sólo hay una ley especial que les ampara: la alemana de 1900. Las demás, generales, guardan silencio. Ahora, M. Roux, juez suplente del tribunal civil de Vesoul, quien ya antes había publicado un estudio muy recomendable acerca del trabajo de los presos, acaba de dar á luz un folleto con el propósito de demostrar que la ley francesa de 9 de Abril de 1898 sobre los accidentes

del trabajo es aplicable á los que ocurran en las prisiones, sin que sean obstáculos valederos al efecto las razones que, según algunos escritores y algunas sentencias judiciales, estorban la posibilidad de la extensión.

El problema no debe de presentarse perfectamente claro á los ojos de los mismos poderes públicos de la República francesa, por cuanto el ministro del Comercio ha nombrado hace poco una comisión encargada de «estudiar las dificultades relativas á la aplicación de la ley de 9 de Abril de 1898 á los accidentes del trabajo ocurridos en los establecimientos penitenciarios y en los establecimientos hospitalarios». Esta comisión estudiará seguramente el folleto de M. Roux, puesto que el citado ministro del Comercio ha mandado reproducir su parte documental para distribuirla entre los miembros de aquélla. Es un indicio recomendativo del trabajo. El hecho de haber juntado el ministro, al nombrar la comisión, los establecimientos penitenciarios y los de beneficencia, allana á los comisionados el camino para poder aceptar la solución propuesta por M. Roux, que es la afirmativa. En efecto: el principal motivo que ha impedido á la jurisprudencia de los Tribunales aplicar la ley de accidentes del trabajo á las prisiones, ha sido la dificultad con que se tropezaba al encontrarse con trabajadores que no contrataban libremente su trabajo ni percibían salario. Mas esto mismo acontece con los asilados de los establecimientos benéficos, á los cuales las gentes sienten poca repugnancia en aplicarles los beneficios de que se trata. Ya M. Roux pone de resalto la semejanza entre ambas especies de establecimientos.

P. DORADO

INDICE

| | Págs. |
|--|-------|
| <i>Ana</i> (novela), por Enrique Sienkiewicz..... | 5 |
| <i>León XIII, su diplomacia y sus encíclicas</i> , por Edmundo González-Blanco..... | 44 |
| <i>Nuestras mentiras convencionales.—La mentira social</i> , por Eloy L. André..... | 64 |
| <i>Los tímulos reales de la Capilla mayor en la Catedral de Toledo</i> , por Rodrigo Amador de los Ríos..... | 88 |
| <i>Grados antiguos en la Universidad de Salamanca</i> , por Ignacio Calvo..... | 116 |
| <i>Lecturas americanas</i> , por Hispanus..... | 133 |
| El violín español en el cosmopolitismo del arte musical contemporáneo, por Juan Pérez de Guzmán..... | 153 |
| <i>Crónica literaria.—Antonio Azorín</i> (por J. Martínez Ruiz), por E. Gómez de Baquero..... | 173 |
| <i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo..... | 181 |
| <i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado..... | 206 |